



CUANDO LOS  
**LECTORES**  
NOS SUSURRAN

ALEJANDRO E. PARADA

El autor es Licenciado en Bibliotecología y Documentación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se ha desempeñado como docente de grado en varias asignaturas y dicta cursos de postgrado en esta institución; además, es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), secretario de redacción de *Información. Cultura y Sociedad: Revista del Inibi* y Director de la Biblioteca de la Academia Argentina de Letras. Ha publicado, entre otras contribuciones, los libros siguientes: *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)* [1998], *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1779-1812* [2002], *El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1829* [2005], y *Bibliografía cervantina editada en la Argentina: una primera aproximación* [Academia Argentina de Letras, 2005]. También colaboró en la *Nueva Historia de la Nación Argentina*, con el trabajo "El Libro y sus ámbitos"



CUANDO LOS  
**LECTORES**  
NOS SUSURRAN



# CUANDO LOS LECTORES NOS SUSURRAN

LIBROS, LECTURAS, BIBLIOTECAS, SOCIEDAD  
Y PRÁCTICAS EDITORIALES EN LA ARGENTINA

ALEJANDRO E. PARADA



INIBI

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOTECOLÓGICAS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS • UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
Buenos Aires, 2007

DECANO

*Dr. Héctor Hugo Trincherro*

VICEDECANA

*Dra. Ana María Zubieta*

SECRETARIA ACADÉMICA

*Lic. Silvia Llomovatte*

SECRETARIA DE POSGRADO

*Lic. Claudio Guevara*

SECRETARIO DE HACIENDA Y  
ADMINISTRACIÓN

*Lic. Enrique Zylberberg*

SECRETARIA DE EXTENSIÓN UNIVER-  
SITARIA Y BIENESTAR ESTUDIANTIL

*Prof. Renée Girardi*

SECRETARIO GENERAL

*Lic. Francisco Jorge Gugliotta*

SUBSECRETARIO DE PUBLICACIONES

*Lic. Ruben Cálms*

COORDINADORA EDITORIAL

*Julia Zullo*

CONSEJO EDITOR

*A. Balazote*

*S. Romanos de Tiratel*

*M. M. García Negroni*

*S. Cella*

*M. Feldfeber*

*D. Villarroel*

*A. Garat*

*M. Bóbbola*

Composición y diagramación: *Graciela M. Giunti*

Diseño de tapa y contenidos: *Lautaro Parada*

© Facultad de Filosofía y Letras

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas • INIBI

Puán 480, 4to. Piso, Oficina 8. Tel: 54-11-4432-0606, int. 133

(C1406CQJ) Buenos Aires • Argentina

Correo electrónico: [inibi@filo.uba.ar](mailto:inibi@filo.uba.ar)

[http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi\\_nuevo/home.html](http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi_nuevo/home.html)

ISBN-10: 950-29-0969-0

ISBN-13: 978-950-29-0969-1

Queda hecho el depósito que establece la ley N° 11.723

Parada, Alejandro E.

Cuando los lectores nos susurran: libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina. – Buenos Aires : Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2007.

232 p. ; 20x14 cm. (Cuadernos de Bibliotecología; 21)

ISBN 950-29-0969-0

1. Historia del Libro. 2. Historia de la Lectura. I. Título. CDD 028.0982

TABLA  
DE CONTENIDO

	EL PRESENTE COMO PASADO DEL FUTURO Susana Romanos de Tiratel	9
	INTRODUCCIÓN	15
1	UMBRALES DE LA LECTURA Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830.	25
2	LECTORES CAUTIVOS ENTRE LA TRADICIÓN Y EL CAMBIO Libros y lectores durante los primeros años de la Revolución de Mayo (1810-1820).	55
3	METAMORFOSIS LECTORA Lugares y horizontes del libro y de la lectura en el Buenos de 1820 a 1829.	83
4	EXPANSIÓN DE LAS PRÁCTICAS DE LECTURA Cultura impresa y vida cotidiana en el Buenos Aires del Centenario (1910).	113

- 5 ASALTOS FINALES DE LA CULTURA IMPRESA 159  
Imágenes de la lectura y de las representaciones escritas e impresas en *Caras y Caretas* durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear (1922-1928).
- 6 ESPEJOS Y LABERINTOS EDITORIALES 205  
Dobles y sosias de Cervantes en la Argentina: algunas prácticas y representaciones editoriales del *Quijote*.

EL PRESENTE  
COMO PASADO  
DEL FUTURO

MUCHAS VECES me sucede cuando me sumerjo en la lectura de algo interesante y motivador, al menos para mí, que me disocio en dos planos: uno donde leo y trato de entender y retener el texto y otro donde divago por una zona de reflexiones y recuerdos más o menos cercanos y evocadores. Esto, justamente, me ha sucedido con la recopilación de trabajos de Alejandro E. Parada y, como pienso que casi nadie lee los prólogos, voy a darme algunos gustos con éste en particular.

A principios de septiembre de 2005 di una conferencia en el Seminario «Situación de las bibliotecas y promoción de la lectura», organizado por la Dirección General del Libro y Promoción de la Lectura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En razón del tema que me propuse desarrollar recurrí a dos fuentes de datos: *Consumo cultural de la Ciudad de Buenos Aires: encuesta noviembre 2004* (Buenos Aires (Ciudad), 2005) y, en menor medida, al *Estudio sobre hábitos de lectura: síntesis del Informe final* disponible en el sitio de la Cámara Argentina del Libro.

Respecto de los documentos mencionados debo advertir que ambos estudian una zona limitada de nuestro país,

en un caso, sólo la Ciudad de Buenos Aires, mientras que en el segundo se agrega el conurbano bonaerense y una franja de edad que, en el primero parte de los 18 años y en el otro de los 16. En los dos estudios, la muestra se limita a 600 encuestados y existe una variable fundamental no contemplada: el nivel de estudios alcanzado por la población bajo escrutinio. Dado que quería analizar la relación lectura con bibliotecas, me centré en los datos referidos a la frecuentación de estas últimas. De esas 600 personas, sólo el 4% va a la biblioteca en su tiempo libre (esto es, 24 encuestados) y el 10,5% lo hace esporádicamente (63 encuestados). Un problema detectado: la concurrencia a estos dispositivos culturales se asocia con el ocio y se equipara con otros consumos como el teatro o el cine; cuestión que no se sostiene cuando se analizan los tipos de bibliotecas que, en escala descendente de concurrencia, son: las universitarias (34%), las públicas de la Ciudad de Buenos Aires (16%), las privadas (3%) y las especializadas (2%). Para matizar algo más estos datos debemos combinar mayor frecuentación por edad: 18-35 años; nivel socio-económico, dividido en bajo, medio bajo, medio alto y alto: donde alto ocupa el rango superior con un 17%; género: mujeres 56%; actividades, fragmentadas en trabajar, estudiar, ama de casa, desocupados y jubilados: aquí estudiar predomina con un 21%, seguida por trabajar con un 7%.

Por lo tanto, lo primero que se destaca es un desplazamiento notorio del consumo cultural ocioso (aunque no sea del todo exacto, podríamos asimilarlo a las bibliotecas públicas, populares y de la ciudad, 9 y 5% respectivamente) hacia otro destinado a resolver problemas de estudio y de trabajo (universitarias: 45%, del congreso: 12% y nacionales: 9%).

En la encuesta sobre el consumo cultural en Buenos Aires, el 42% de las amas de casa, el 38% de los desocupados y el 44% de los jubilados leen libros frecuentemente ¿Cómo adquieren esos libros si sólo el 5% de los desocupados, el 1% de las amas de casa y el 0% de los jubilados frecuentan las bibliotecas? Podemos pensar que recurren frecuentemente a la compra o al préstamo informal, lo cual confirma la dificultad de esta población para apropiarse de las bibliotecas.

A esta altura los lectores se preguntarán hacia dónde apunto con todos estos datos, simplemente a demostrar que las encuestas son herramientas imperfectas y descaradas cuando se trata de reconstruir procesos complejos, así, al recurrir a estas fuentes para trazar un cuadro, aunque más no sea aproximado, de la relación entre las bibliotecas y la lectura surgieron muchos más interrogantes que respuestas. Dentro de cien años, quienes se dediquen a describir primero y a explicar después los entrecruzamientos e influencias mutuas entre los dispositivos culturales argentinos del siglo XX y principios del XXI ¿a qué documentos recurrirán? ¿con qué datos contarán? ¿cómo podrán corporizar a los lectores, separarlos de quienes prefieren otras prácticas culturales o reunirlos con otros que las comparten? Un Alejandro E. Parada del siglo XXII ¿recurrirá a las nóminas de las donaciones a bibliotecas y a sus registros de préstamos; a los catálogos de editores o libreros marcados por *alguien*; a las reseñas de libros y revistas; a las listas de lecturas recomendadas; a las encuestas de entidades culturales relacionadas con el “mundo del libro”; a fuentes impresas como diarios y revistas; a los relatos autobiográficos; a los intercambios epistolares (en gran parte irremisiblemente perdidos a partir de los

correos electrónicos); a los programas de las ferias del libro que transcriben frases más o menos ingeniosas pergeñadas por los escritores cuando se les pregunta el lugar y la significación que tienen en su vida la lectura y la escritura? Salvo que el panorama cambie mucho, las fuentes no parecen diferir demasiado de las que utilizó Parada en esta obra: son vestigios indirectos, elusivos, encandiladores, de dos actividades que han distinguido y diferenciado a la especie humana. Una vez más, el hombre común o el común de las gentes, aquellos que desde su anonimato construyen y perfeccionan las cuestiones cotidianas que sostienen la vida, quedará apenas adivinado, se convertirá en un minúsculo guijarro anónimo agregado a ciertas construcciones plausibles de una realidad proteica con múltiples facetas y manifestaciones.

De este modo, dónde quedarán todos mis recuerdos asociados con la lectura, con los libros, con los diarios y las revistas, con la escritura y los cuadernos de caligrafía, y no sólo los míos sino los de todos nosotros que hemos compartido un tiempo, un espacio y una cultura en el sentido más antropológico del término. Adónde irá a parar la imagen de mi padre leyendo, recortada contra la luz de la ventana en una actitud tan concentrada como placentera. Mi asombro infantil ante sus libros enormes donde, según él me contaba, un tal Winston Churchill relataba la Segunda Guerra Mundial o mi regocijo al escuchar su risa, una y otra vez, cuando leía su Quijote, sí el suyo, porque, para mí, le pertenecía a él y alguna vez, cuando yo fuera más grande, me prestaría no sólo el libro sino su forma de vivirlo y entenderlo. Mi alegría cuando, recién cumplidos los seis años, viajando en el colectivo hacia Barrancas de Belgrano con mi hermana mayor, me di cuenta

que ya sabía leer porque pude descifrar la portada de su libro de Geografía del secundario. Mi propia calma dentro del remolino de mi energía algo desenfrenada cuando leía, sentada en los escalones de la escalera del patio de mi casa, a mi aventurero Emilio Salgari, a mi profundo Jack London (me sorprendió mucho, años después, enterarme que ambos se habían suicidado), a mi Quijote abreviado y adaptado de la Colección Billiken que me redujo a la perplejidad ¿de qué se reiría mi padre? A mis historietas y a mis héroes: Patoruzito, Misterix y compañía. Y así podría seguir interminablemente con mis lecturas infantiles, adolescentes, adultas...

Por eso, cuando hablamos con personas que apenas conocemos y empezamos a intercambiar recuerdos comunes de aficiones compartidas, de lecturas y autores, propios de una edad diferente, recuperamos la frase repetida una y otra vez por el relator omnisciente del *Lord Jim* de Joseph Conrad: “es uno de los nuestros”. Reencontramos, ayudados unos por otros, complicidades, emociones, gustos comunes, los matizamos, apelando a una memoria generosa, con colores vivaces en algunas ocasiones, en otras pasteles como la dulce melancolía que nos produce volver a visitar zonas que creíamos olvidadas.

Si somos muchos quienes sentimos parecido cuando evocamos nuestras lecturas y el primer verso escrito con desgarrado amor adolescente, ¿por qué no ayudamos a los historiadores del futuro? ¿Cómo? Simplemente, al no desvalorizar nuestros testimonios, sabremos conservarlos y entregarlos generosamente; así, los diarios de lectura cuando los hayamos escrito; el registro de entrevistas en profundidad con la mayor cantidad de personas, hurgando en sus hábitos cotidianos. Si desprejuiciamos nuestras mentes

y desacralizamos el libro quizás podamos trazar un cuadro más completo y matizado; explicar, por ejemplo, por qué los hombres escriben más libros que las mujeres y por qué éstas leen más libros que ellos.

Superar porcentajes y números sin alma con el fin de desentrañar este presente enrevesado y desafiante para que, cuando se convierta en pasado, pueda ser reconstruido a su vez por alguien tan astuto y apasionado como nuestro autor de hoy, Alejandro E. Parada, que nos regala en este libro, —aguzando su oído para captar esas voces en sordina, esos susurros— nada más y nada menos que su lúcida mirada de los momentos de un pasado que alguna vez fue presente y, mucho antes, futuro.

Susana Romanos de Tiratel

Directora

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas

Facultad de Filosofía y Letras — UBA

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Buenos Aires (Ciudad). Secretaría de Cultura. Dirección General del Libro y Promoción de la Lectura. *Consumo cultural de la Ciudad de Buenos Aires: encuesta noviembre 2004*. <[http://www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/observatorio/documentos/encuesta\\_direccion\\_general\\_del\\_libro.doc](http://www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/observatorio/documentos/encuesta_direccion_general_del_libro.doc)> Consulta: 15 /08/05.

Cámara Argentina del Libro. *Estudio sobre hábitos de lectura: síntesis del informe final*. <<http://www.editores.org.ar/habitos.html>> Consulta: 15/08/05.

LOS SEIS ENSAYOS reunidos en este volumen abordan una nueva y vigorosa disciplina de los estudios culturales: la Historia de la Lectura. Específica y deliberadamente, el libro incluye sólo algunos aspectos de esta temática en la Argentina. La palabra “aspectos”, en dicho contexto, no es ociosa. Los trabajos no pretenden ser una historia estructurada y detallada de las prácticas lectoras; en cierto sentido, reflejan la evolución del autor en esta temática a lo largo de una década. En su conjunto poseen un marco teórico definido y delimitado por las tendencias modernas de la historiografía sobre la lectura; inmersos en el campo de la Nueva Historia Cultural, título del libro, ya clásico, editado y prologado por Lynn Hunt en 1989<sup>1</sup> y, posteriormente, influidos por los aportes de Peter Burke, Roger Chartier, Robert Darnton, Carlo Ginzburg, D. F. McKenzie y Armando Petrucci.

Escritos y publicados a partir de 1996 constituyen un panorama acotado, pero alentador, de la riqueza y variedad de las prácticas de la lectura en nuestro país. Todos poseen un sustrato común: la multiplicidad de los recursos a los que recurren los lectores para apoderarse de los textos. Pero la línea de continuidad de estos artículos, además,

abarca otra intencionalidad: la construcción de los modos y usos para acceder a los discursos textuales depende, en gran medida, del juego diagonal e interactivo entre bibliotecas y lectores, entre editoriales y librerías, entre individuos y espacios sociales, y entre cultura impresa y vida cotidiana.

Es complejo, por añadidura, seguir el origen teórico y epistemológico de este tipo de contribuciones. Empero, no cabe duda de que la Nueva Historia de la Cultura se encuentra influida por la antropología, la teoría literaria, la metodología de las ciencias sociales, la articulación de los discursos, las representaciones colectivas y anónimas, la microhistoria, y el cambio de la historia de las ideas a la historia de la apropiación de los lenguajes.

El libro intenta rescatar la difusa presencia de los lectores argentinos en distintos momentos del siglo XIX y XX. Las formas de llegar a la letra impresa no se caracterizan por ser unívocas y sencillas de circunscribir como una ecuación lógica pues, afortunadamente, poseen también elementos irracionales. Por el contrario, estas formas son polisemánticas, solapadas, abigarradas en textualidades semiocultas, disfrazadas en otras prácticas culturales y, sobre todo, impregnadas por sutiles representaciones que tejen un conjunto de infinitas dificultades. No obstante, los lectores siempre han tenido la habilidad de dejar sus rastros en casi todos los espacios de la vida. Esa “difusa presencia”, en muchas ocasiones, perdura con una tenaz y vital supervivencia. El laberinto de los lectores tiene su propio universo y, acaso, sus propias e inefables reglas. Sus modos de expresarse pueden ser directos (el catálogo de una librería señalado por un lector, los registros de préstamo de una biblioteca particular o pública, las creativas e

inesperadas anotaciones en los márgenes de los libros, las obras pedidas en los avisos de la prensa periódica, los impresos desaparecidos o hurtados, los relatos autobiográficos y los intercambios epistolares) pero, en general, apelan al lenguaje indirecto o simbólico. De modo tal que, para identificar esta desconocida “ínsula de los lectores”, es necesario un esfuerzo especial: el intento de descubrirlos en distintos espacios íntimamente vinculados entre sí. Tales dimensiones pueden abordar, como en este libro, algunos de los tópicos siguientes: la clasificación de las bibliotecas, los lugares sociales del libro, la cultura impresa en la sociedad y en la vida cotidiana, las imágenes de la escritura y de la lectura, las prácticas editoriales, entre otras muchas. Estos espacios interrelacionados constituyen el medio ambiente tipográfico donde se desarrolla la diversidad de la vida lectora. En esa especie de “biosfera tipográfica” se puede presentar la oportunidad de escuchar e interpretar las voces de los lectores aunque, en ocasiones, sean algunos susurros o un ominoso silencio más elocuente que el devenir del texto.

El primer ensayo, *Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830*, plantea una clasificación de los “horizontes impresos”; es decir, la identificación y descripción de los espacios, íntimos y colectivos, donde se manifiestan las prácticas de la lectura. Los libros y sus lectores suelen poseer dos características entrañables: tienden a ser poseídos y tienden a agruparse. Los lugares donde acontecen los modos y usos de los libros son aquellos que precisan los umbrales de la lectura. La apropiación de un texto mediante el acto de leer implica el orden y la posesión material del objeto libro. Es por ello que las bibliotecas constituyen una de las primeras antesalas donde se

presentan las distintas formas de la lectura. Definir taxonómicamente el mundo bibliotecario es aproximarse, en sus inicios, cuando las prácticas comienzan a ejercitarse mediante la aprehensión textual, al fenómeno de las representaciones de la cultura impresa. De este modo, a través del conocimiento de los distintos tipos de agrupamientos, también es posible identificar el empleo social y material de los libros. En este sentido, las bibliotecas, ubicadas en los umbrales de la lectura, son la síntesis y el medio natural donde circulan los lectores y sus lecturas.

En el segundo trabajo, *Libros y lectores durante los primeros años de la Revolución de Mayo (1810-1820)*, se estudia la lectura durante los primeros años independientes. Es una época signada por los acontecimientos políticos y por las Guerras de la Independencia. Sin embargo, se presenta un vínculo lector entre las circunstancias coyunturales y la elección de los libros. Las imágenes de la lectura se manifiestan en los diversos ámbitos privados y urbanos. El interés por las novedades adquiere cierto cosmopolitismo, pues en Buenos Aires también existe una fuerte presencia del fenómeno editorial europeo del momento: el auge de la “literatura napoleónica”. No obstante, tanto en las colecciones particulares como en la reciente Biblioteca Pública y en los avisos de las obras en venta, se observa una importante distribución de títulos característicos del período hispánico. Así, todo hace pensar que los lectores porteños son moradores de dos mundos, ya que en el momento de elegir sus libros se encuentran atrapados o “cautivos” entre la esfera de la tradición y la del cambio.

El tercer ensayo, *Lugares y horizontes del libro y de la lectura en el Buenos Aires de 1820 a 1829*, se basa y resume un aporte anterior<sup>2</sup>, e intenta analizar esta dinámica

tensión de las lecturas del Antiguo Régimen con aquellas que son representantes de las mutaciones en los hábitos de lectura, teniendo en cuenta la intensa relación que ahora existe entre la cultura impresa y el concepto de “espacio público moderno”<sup>3</sup>. El decenio, en buena medida, se caracteriza por el florecimiento del intercambio librero en Buenos Aires. El libro como objeto de comercio, gracias a su prominente importación marítima, se vende no solo en las incipientes librerías, sino que también inunda una gran variedad de lugares ocasionales de venta. Si bien este cambio es muy gradual, los años de 1820 a 1830 son decisivos en la articulación de una nueva y distinta “metamorfosis lectora”. Es interesante, entonces, observar a la cultura impresa profundamente imbricada con la política y el incremento de las actividades económicas. Aunque el concepto “metamorfosis lectora” sea, realmente, excesivo, constituye una expresión retórica y una metáfora para comprender la envergadura de esta extraordinaria difusión social de los libros y, en consecuencia, de sus prácticas y representaciones urbanas.

Ya en el siglo XX, los ensayos cuarto y quinto, *Cultura impresa y vida cotidiana en el Buenos Aires del Centenario* (1910) e *Imágenes de la lectura y de las representaciones escritas e impresas en Caras y Caretas durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear* (1922-1928), respectivamente, abordan la abrumadora expansión masiva de las prácticas de lectura. La sociedad y la ciudad, en ese siglo, se transforman en un lugar creador y generador de una multiplicidad de significados culturales, donde el empleo simbólico del lenguaje escrito e impreso articula una realidad tipográfica que se superpone coralmente a esa misma realidad. La vida y sus funciones rutinarias son un texto para ser leído<sup>4</sup>.

Consciente o inconscientemente, “cultos”, “iletrados”, o semialfabetizados están tocados e impelidos, salvando las posibilidades de acceder y de movilizarse entre las injusticias sociales, por esta segunda naturaleza humana pautaada por la escritura y la lectura. En esta instancia puede plantearse una pregunta ya varias veces realizada: en definitiva, si los libros son bienes culturales (objetos corpóreos inmanentes en sus codificación interna y trascendentes en su materialidad), ¿en qué medida y en qué grado no son elementos que cambian nuestro cotidiano acontecer? ¿Dónde termina, pues, el límite entre la realidad de lo leído y, acaso, la ficción del mundo real?

Durante varios períodos del siglo XX la Argentina se ha destacado por poseer una importante industria editorial. Hasta el momento hemos visto la construcción del ámbito de los lectores desde el orden clasificatorio de las bibliotecas y desde la difusión de la cultura impresa tanto en la intimidad como en la cotidianidad de los espacios públicos y urbanos. No obstante, hay otros factores que inciden en los modos y usos de la lectura. Uno de ellos es la política de “construcción” del libro como objeto por la que optan las editoriales. Elaborar un libro, decidir su composición, distribuir los espacios impresos y en blanco, seleccionar por razones morales o escatológicas ciertos pasajes, condensar algunos textos en desmedro de otros, decidir la inclusión o no de imágenes, entre otras muchas intervenciones, son decisiones editoriales que cambian al texto y, por ende, a las maneras de leer, modificando así a los lectores. En esta dirección apunta el último trabajo, *Dobles y sosias de Cervantes en la Argentina: algunas prácticas y representaciones editoriales del Quijote*.

Pero la totalidad de estos ensayos tienen un único sentido: pensar y girar en torno a la perspectiva de los lectores. No es necesario caer en el lugar común que cierra el ciclo de una obra con el acto de leer. Muchas veces el que se apropia de un texto lo hace en forma colateral o por intermedio de un mediador lector. Los analfabetos pueden conocer aspectos textuales a través de una lectura oral<sup>5</sup>. La lectura, tomando una expresión borgiana, es un laberinto con múltiples jardines que se bifurcan. En este sentido, ¿cuál es el sendero que se debe tomar? Es probable, aunque nada es seguro, que aquellos que leen o intentan hacerlo dejen ciertos mensajes en la disparidad creativa de sus prácticas. La Historia de Lectura es un intento por decodificar estos mensajes. En algunas ocasiones emergen las voces de aquellos que leyeron y se las ingeniaron para dejar sus marcas lectoras en los impresos, en otros casos sólo restan murmullos y susurros que apenas alcanzan a señalar un texto leído, aunque sean suficientes para clamar por una presencia; por último, en el páramo, el silencio sonoro de los que no pudieron transmitir sus anhelos lectores, pero que con su mutismo, signado por un inmenso vacío, nos señalan, una y otra vez, su existencia y pertinaz vocación para no caer en el olvido<sup>6</sup>.

- <sup>1</sup> Hunt, Lynn Avery, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press.
- <sup>2</sup> Parada, Alejandro E. 1998. *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. 174 p. (Cuadernos de Bibliotecología; no. 17) ISSN 0325-5883.
- <sup>3</sup> Guerra, François-Xavier y Annik Lempérière, et. al. 1998. *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica. 366 p.
- <sup>4</sup> Hunt, Lynn Avery, ed. 1989. *The New Cultural History*. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press. p. 13.
- <sup>5</sup> Frenk, Margit. 2005 [1997]. *Entre la voz y el silencio: la lectura en tiempos de Cervantes*. México: Fondo de Cultura Económica. 222 p. (Colección Lengua y Estudios Literarios).
- <sup>6</sup> En cuanto a la procedencia y primera versión de los ensayos incluidos en este volumen, el primero, *Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830*, apareció publicado en "Información, Cultura y Sociedad", (Revista del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. No. 9, 2003, pp. 75-94); el segundo, *Libros y lectores durante los primeros años de la Revolución de Mayo (1810-1820)*, se editó en el libro "Los días de Mayo" (Academia de Ciencias y Artes de San Isidro. Vol. 1, 1998, pp. [347]-363); el tercero, *Lugares y horizontes del libro y de la lectura en el Buenos Aires de 1820 a 1829*, se publicó en "Idea Viva" (No. 18, 2004, pp.

20-25); el cuarto, *Cultura impresa y vida cotidiana en el Buenos Aires del Centenario (1910)*, apareció publicado en “Los días del Centenario de Mayo” (Academia de Ciencias y Artes de San Isidro. Vol. 1, 2000, [277]-308); el quinto, *Imágenes de la lectura y de las representaciones escritas e impresas en Caras y Caretas durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear (1922-1928)*, se editó en “Los días de Marcelo T. de Alvear”, a cargo de la Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro (2006); y finalmente, el último trabajo con el cual se cierra la obra, *Dobles y sosias de Cervantes en la Argentina: algunas prácticas y representaciones editoriales del Quijote*, es una versión ampliada de la ponencia, con igual título, presentada al Congreso Internacional “El Quijote en Buenos Aires”, del 20 al 23 de septiembre de 2005, organizado por el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso (FFyL-UBA) y la Asociación de Cervantistas.

## AGRADECIMIENTOS

Merecen mi gratitud Susana Romanos de Tiratel, directora del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (FFyL-UBA); Alberto David Leiva, de la Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro; Jorge Emilio Gallardo, director de “Idea Viva”; Graciela M. Giunti, cuyo aliento ha sido indispensable para la realización de la obra; y Lautaro Parada, encargado del diseño gráfico del libro.



# 7

## UMBRALES DE LA LECTURA



TIPOLOGÍA  
DE LAS BIBLIOTECAS ARGENTINAS  
DESDE EL PERÍODO HISPÁNICO  
HASTA 1830

LAS BIBLIOTECAS, aunque se oculten tras la materialidad de sus diversos soportes, son entidades cambiantes: crecen y declinan como todos los seres vivos. Desde que el hombre elaboró esa segunda naturaleza que es la cultura, necesitó de un lugar donde conservar y esparcir el conocimiento que se acumulaba generación tras generación. La diversidad y la especialización del saber ocasionaron una gran variedad de bibliotecas que se clasificó según las demandas de los lectores. Las necesidades de la comunidad, en cierto sentido, fueron un punto de partida taxonómico para identificar a estas entidades de acuerdo con sus funciones específicas. La historia de la cultura es muy ilustrativa en esta materia. A lo largo de los siglos fueron surgiendo las bibliotecas nacionales, las universitarias, las públicas, las escolares, las especializadas, las especiales, etcétera.

La mayoría de los grandes repositorios, desde la Antigüedad hasta la Época Moderna, se establecieron sobre un principio bibliotecológico rector hasta hoy vigoroso e incólume: la imperiosa necesidad de conservar los registros allí depositados, cualesquiera sean sus soportes. La preservación, pues, se ha impuesto como un presupuesto bibliotecario que con el transcurso del tiempo adquiere

una mayor y más dramática trascendencia. Pero este principio, inherente a la constitución misma de los orígenes de las bibliotecas, siempre tuvo su contrapartida dialéctica: la diseminación del conocimiento (Thompson, 1977; Urquhart, 1981). De modo que no se puede pensar en términos bibliotecarios de manera unilateral, pues no existe difusión sin conservación.

Esta realidad, aunque siempre presente, se concretó definitivamente a través de varios procesos políticos y sociales, tales como el advenimiento de la democracia, la implantación de la educación pública, el incremento notable de la urbanización y la alfabetización masivas, y el surgimiento, para acompañar y sostener estos cambios profundos, de la biblioteca pública como un pilar de autoformación y de movilidad social.

Los lectores, principalmente a partir de la Edad Moderna, comenzaron a ejercer sus prácticas del mundo impreso a través del uso que hicieron de los libros depositados en distintos tipos de bibliotecas. En cierta medida, si bien estas instituciones responden a determinados requisitos comunitarios y temáticos, definidos por las personas que a ellas concurren, también se presenta una relación similar a la que aconteció (y acontece) entre conservación y diseminación: la tipología de las bibliotecas se imbrica dinámicamente en una rica y compleja relación, identificada entre sus funciones sociales y la manipulación que ejercen los lectores de los registros. La función y el uso son, entonces, elementos inseparables y solidarios entre sí, en tal grado que, en ocasiones, se transforman en uno y lo mismo, en una unidad polisémica de representación del universo impreso.

Dentro de este marco conceptual es importante formularse la pregunta siguiente: ¿es posible intentar, a partir de la literatura bibliotecológica existente, una primera clasificación de los distintos tipos de bibliotecas que funcionaron en la Argentina desde el período colonial hasta 1830?

La respuesta a esta interrogante no es sencilla pues la clasificación de las bibliotecas conlleva, en sí misma, un grado de complejidad que tiende a la dispersión y al incremento de los distintos tipos de bibliotecas. Por otra parte, el intento de dicha tipología constituye una posibilidad que permite estudiar, entre otros temas, los problemas de la periodización de nuestra historia bibliotecaria, la identificación historiográfica de la evolución de las ideas bibliotecológicas (Finó y Hourcade, 1952) y, lo que es más importante, el intento de abordar esta temática con una mirada centrada en las prácticas de los usuarios, siempre complejas y de escurridizo asedio. Se trata de una tipología exploratoria de la historia de las bibliotecas en la Argentina hasta la tercera década del siglo XIX, signada por las enmiendas y las sutilezas de los términos lingüísticos utilizados en la identificación de las colecciones bibliográficas.

Es importante señalar, además, que todo intento taxonómico consiste en una ficción parcial, cuya finalidad última es reducir la pluralidad de accesos del universo social y cultural a una visión unilateral. Las tipologías son divisiones artificiales basadas en una historicidad escurridiza y cambiante, que varía, irremediablemente, con los nuevos enfoques de cada época. No obstante, son las bases imprescindibles para comprender y ordenar, aunque sea

provisionalmente, un conjunto de elementos (en este caso las bibliotecas) que de otra manera escaparían a un conocimiento sistemático y panorámico del desarrollo bibliotecario en la Argentina. A esto debe agregarse que la mayoría de la bibliografía existente sobre la historia del libro y de las bibliotecas argentinas se caracteriza por su heterogeneidad y dispersión, de modo que toda contribución en materia de clasificación, además de presentar la literatura indispensable para abordar estos estudios, se transforma, de hecho, en una pequeña guía de trabajo. Por otra parte, muchos de los términos que expresan la presente taxonomía han sido empleados por numerosos especialistas en la historia de la cultura durante el período estudiado.

## HACIA UNA TIPOLOGÍA DE LAS BIBLIOTECAS ARGENTINAS

En primera instancia, los acervos más ricos e importantes del período hispánico: **las bibliotecas de instituciones o corporaciones religiosas**. Su detalle y enumeración excede, pues, el presente trabajo. Algunas de las bibliotecas de estas entidades (conventos, colegios, monasterios, misiones) fueron de gran importancia en la historia de nuestra cultura bibliotecaria. A modo ilustrativo citaremos las bibliotecas de los jesuitas, dominicos, mercedarios, agustinos y franciscanos, cuyas colecciones, esparcidas en el espacio colonial (Córdoba, Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza, Tucumán, Salta, Santiago del Estero), llegaron a sumar una cantidad de libros nada desdeñable (Furlong, 1925; Sarmiento, 1930; Cabrera, 1930; Catálogo, 1943; Furlong, 1944 y 1969; Draghi Lucero, 1949; Ferreyra Álvarez, 1950 y 1952; Robledo de Selassie, 1976; Lértora Mendoza, 1991; Llamosas, 1999; Colección Jesuítica, 1999; Aspell y Page, 2000; Index librorum, 2005).

Estos planteles, además, tuvieron una significativa capacidad de adaptación a las diferentes situaciones políticas que se presentaron a largo de su historia. Es así como, por citar sólo un ejemplo, las obras del Colegio Grande o de San Ignacio de Buenos Aires, por intermedio de la Junta de Temporalidades, sirvieron de base para formar la biblioteca del Real Colegio Convictorio de San Carlos de dicha ciudad, dando lugar, en este caso, a otro subtipo de elenco bibliográfico: bibliotecas originadas por la expulsión de los jesuitas (lo mismo sucedió con los primeros fondos de la Biblioteca Pública de Buenos Aires). Un acontecimiento nada extraño, pues a partir de la dispersión de las obras de esta orden se enriqueció, notablemente, tanto el patrimonio de las bibliotecas de otras congregaciones como el de las privadas (e incluso los ejemplares con que se formó la modesta biblioteca pública de Santa Fe). Empero, lo realmente interesante de estos acervos, que cubrían los préstamos dentro de cada institución, fue que a mediados del siglo XVIII comenzaron a satisfacer los requerimientos de muchos lectores particulares, convirtiéndose, en muchas ocasiones, en bibliotecas “cuasi públicas” (Rípodas Ardanz, 1999, 3: 249). De este modo, sus obras trascendieron la esfera religiosa para llegar a otras manos, aunque fueran las de un grupo pautado por una elite letrada.

Es sabida, por otra parte, la presencia de uno de los más conocidos tipos de “librerías” de la época estudiada: las **bibliotecas particulares o privadas**. Estas colecciones constituyen un universo aún no abordado sistemáticamente y cuya presencia se acrecienta año tras año gracias al hallazgo de nuevos inventarios en los archivos. A esto debe agregarse que muchos listados de libros identificados en los testamentos y que fueron motivo, en el momento de su

publicación, de análisis cuantitativos, en la actualidad, se interpretan cualitativamente tomando en cuenta las posibles prácticas de lectura de sus antiguos propietarios.

Resulta imposible, desde todo punto de vista, tan sólo enumerar una breve nómina de los poseedores de “librerías” particulares. Entre los más conocidos citaremos a Bernardo Monteagudo (Fregeiro, 1879), Agustín de Leiza (Rojas, 1918 y 1948), Manuel Estévez Cordero (Cano, 1926), Francisco de Ortega (Caillet-Bois, 1929), Santiago Liniers (Grenón, 1929), Manuel Belgrano (Belgrano, 1932; Gutiérrez, 2004), Benito González Rivadavia (Palcos, 1936), Gregorio Funes (Furlong, 1939), Juan Baltasar Maziel (Probst, 1940), Nicolás Videla del Pino (Biedma, 1944-45), Francisco Bernardo Xijón (Molina, 1948), Pedro Antonio Arias de Velázquez Saravia (Romero Sosa, 1949), José de San Martín (Zuretti, 1950 y Otero, 1961), Facundo de Prieto y Pulido (Levene, 1950; Parada, 2002), Juan de Vergara (Molina, 1950-51), Hernando de Horta (Cutolo, 1955), Fray Pedro Carranza (Cutolo, 1955 y Avellá Cháfer, 1990), Francisco Tomás de Ansotegui (Mariluz Urquijo, 1955), Pedro de Altolaguirre (Torre Revello, 1956), Hipólito Vieytes (Torre Revello, 1956), Valentín de Escobar y Becerra (Torre Revello, 1957), Miguel de Riglos (Molina, 1958), Bernardino Rivadavia (Piccirilli, 1960), Domingo Matheu (Lista de libros, 1960a), Manuel M. Alberti (Lista de libros, 1960b), Benito de Lué y Rodrigo Antonio de Orellana (Grenón, 1961), José Ignacio Gorriti (Romero Sosa, 1961), José Cabeza Enríquez (Torre Revello, 1965; Rípodas Ardanaz, 1982), Antonio José de Ayala (Torre Revello, 1965), Tomás Sainz de la Peña (Torre Revello, 1965), Manuel Moreno (Quiroga, 1972), Manuel Gallego (Mariluz Urquijo, 1974), Francisco Gutiérrez de

Escobar (Rípodas Ardanaz, 1974), Claudio Rospigliosi (Mariluz Urquijo, 1975), Francisco Pombo de Otero (Levaggi, 1980), Manuel de Azamor y Ramírez (Rípodas Ardanaz, 1982 y 1994), Mariano Izquierdo (Rípodas Ardanaz, 1984), Feliciano Pueyrredon (García Belsunce, 1997), José de San Martín y Tomás Godoy Cruz (García-Godoy, 1999), etcétera. A esta lista incompleta deben agregarse los nombres de las personas que realizaron las “Primeras donaciones de libros en la Biblioteca Pública de Buenos Aires” (1944).

Numerosos investigadores, además, han dedicado estudios panorámicos a varias bibliotecas particulares, tales como Luis G. Martínez Villada (1919), Guillermo Furlong (1944), Carlos A. Luque Colombres (1945), Atilio Cornejo (1946), Ramón Rosa Olmos (1955), Osvaldo Vicente Cutolo (1955), Federico Palma (1958), Jorge Comadrán Ruiz (1961), José Torre Revello (1965), Oscar F. Urquiza Almandoz (1972), Daisy Rípodas Ardanaz (1975), Alejandro E. Parada (1994 y 1997-98), Roberto Di Stefano (2001), Gregorio A. Caro Figueroa (2002), María Verónica Fernández Armesto (2005), entre otros.

No obstante, a pesar del marcado carácter privado de estos elencos de libros, gracias al empleo que se hizo de ellos, es posible señalar que dicha característica era parcial o, al menos, no total. El préstamo de obras —también denominado “redes de lectores” (Burke, 1995: 23)— entre familiares, amigos y conocidos, fue una actividad frecuente, dinámica e intensa. Es común encontrar, en los documentos levantados por los escribanos y sus amanuenses, todo tipo de referencias a obras tanto prestadas por el testador como a otras que no pertenecieron a su librería. Un notable ejemplo paradigmático de ello fue la verdadera

**biblioteca particular circulante** que instrumentó Facundo de Prieto y Pulido para beneficio de sus más íntimos y allegados, cuya circulación asentó escrupulosamente en un “Cuaderno de los libros que me han llevado prestados” (Levene, 1950; Parada, 2002: 77). Este caso no fue el único, ni mucho menos, pues también fue muy común, al parecer, con los ejemplares que fueron propiedad de Juan Baltasar Maziel.

Otro tipo de colección de libros, de acceso libre, se encuentra representado por la **biblioteca pública catedralicia**. El principal ejemplo de su “deseado” establecimiento fue la última voluntad de Manuel de Azamor y Ramírez, obispo de Buenos Aires entre 1788 y 1796, quien dispuso que sus libros fueran entregados a la Catedral de la ciudad “para que ... con ellos ... se forme y haga una librería pública” (Rípodas Ardanaz, 1982: 117). Debido a diversos avatares, lamentablemente, esta biblioteca catedralicia no pudo inaugurarse y, pocos años después, sus volúmenes pasaron a engrosar los estantes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En cuanto a las disposiciones de su manejo, aunque estaba destinada para el público lector, la finalidad última del obispo era muy sugestiva y definida: la colección de libros debía servir para “la utilidad y decoro” de la Iglesia, esto es, para engrandecer el prestigio de la Catedral (Rípodas Ardanaz, 1982: 117 y 122).

El anhelo bibliotecario del obispo Azamor y Ramírez ya se había materializado por ese entonces, pero de otra forma, a partir de la donación (en 1794) de la librería particular de Facundo de Prieto y Pulido al convento de la Merced (San Ramón) de la orden de los padres mercedarios en Buenos Aires, dando así a lugar a un nuevo tipo de establecimiento: la **biblioteca pública conventual**. El

acceso público de este importante legado, que aparentemente funcionó hasta por lo menos el año 1807 (Rípodas Ardanaz, 1982: 120-121, nota 273), fue autorizado por el virrey Arredondo. Se trata del principal antecedente de lectura pública en esta ciudad y, sin duda, su existencia influyó en la creación, poco tiempo después, de una entidad similar estatal. Aunque las intenciones del matrimonio Prieto y Pulido, pues su esposa también aparece como donante, estuvieron en cierto sentido menos vinculadas al ámbito religioso, ambos reconocieron, implícitamente, que los más capacitados y confiables para administrar su legado, en cuanto al modo de emplear los libros, eran los hombres vinculados con la Iglesia Católica. De modo que el manejo y la manipulación de las obras debían responder aún a pautas heredadas del orden hispánico imperante hasta entonces, donde, nuevamente, la Iglesia constituía una garantía para la preservación y diseminación del conocimiento.

También son muy significativos los antecedentes sobre la presencia de acervos bibliográficos (con acceso libre) impulsados desde la esfera de la administración de la Corona. Prueba de ello fue la apertura al público, en 1712, de la Biblioteca Real en España y, en el último tercio del siglo XVIII, la inauguración de las bibliotecas públicas de Santafé de Bogotá (1777) y de Quito (1792). Entretanto, en el Río de la Plata, el gobernador Bucareli señaló la necesidad de crear “bibliotecas francas” con los ejemplares que habían pertenecido a los planteles jesuíticos. (Bravo, 1872; Rípodas Ardanaz, 1999, 3: 249). Además, se sabe que en Santa Fe existió una pequeña biblioteca pública cuyo origen, igualmente, se debió a una parte de los bienes de la Compañía de Jesús (Furlong, 1944: 65).

Recién en el año 1810 se presentó el principal acontecimiento bibliotecario de la primera mitad del siglo XIX: el establecimiento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Lo realmente importante de este hecho fue que la misma se debió a una decisión gubernamental, es decir, nos encontramos ante la intencionalidad de la **biblioteca pública** como organismo impulsado y sostenido por el Estado —fuera del ámbito catedralicio y conventual— para la “educación” de los ciudadanos (Gaceta de Buenos Aires, 1910; Groussac, 1893; Lucero, 1910). Su definitiva inauguración en 1812, gracias a los aportes de numerosas donaciones de particulares (a los que debe sumarse el legado de Azamor y Ramírez y el arribo de ejemplares provenientes de los jesuitas de Córdoba), significó una ampliación de la variedad de los usuarios y, por extensión, de la riqueza de sus prácticas lectoras que apuntaron, por la complejidad de sus finalidades, tanto a la formación del individuo como a su entretenimiento. La Biblioteca Pública, en esta instancia, incursionó en un “ámbito de uso extensivo” (antes ceñido a un orden “intensivo”, debido al reducido número de habitantes que se apropiaban de los libros), pues trató de desacralizar el texto impreso extendiendo su ubicuidad social a todos los ciudadanos libres.

Las **bibliotecas de sociedades de extranjeros (bibliotecas societarias)** también desempeñaron un papel trascendente en las primeras décadas del siglo XIX. La mayoría se formó gracias a la iniciativa de entidades de origen muy diverso, tales como cámaras de comercio extranjeras y sociedades privadas. La más famosa, tanto por la cantidad como por la calidad de sus libros, fue la biblioteca circulante de la British Commercial Rooms (Sala o Cámara Comercial Británica) denominada British Subscription

Library que, al parecer, comenzó a funcionar en 1815 o en una fecha anterior. Su acervo, aunque no es seguro, superaba los 600 volúmenes y poseía, además, un bibliotecario. (Cinco años, 1962: 56-58; Sabor Riera, 1974, 1: 50; Arrieta, 1955: 48; Parada, 1998: 34; Hanon, 2005). Indudablemente, fueron bibliotecas de tipo “cerrado”, ceñidas a los socios o a los integrantes de cada sociedad; aunque con el transcurso del tiempo tuvieron una mayor flexibilidad, en líneas generales, representaron a grupos de elite vinculados con el comercio exterior.

Esta tipificación se enriquece con otros elencos bibliográficos, destinados, en la mayoría de los casos, a la educación: **las bibliotecas de institutos de enseñanza** (tanto del Estado como privadas). La organización de la enseñanza, de acuerdo con los nuevos intereses de la realidad política y social del momento, fue uno de los mayores problemas que debieron enfrentar los sucesivos gobiernos patrios. Entre las nuevas instituciones que se crearon, cuyos patrimonios contaban con modestas bibliotecas, merecen mencionarse la Academia de Matemáticas y Arte Militar (1816), cuyo archivo y plantel de libros estuvo a cargo del profesor Avelino Díaz; y el Colegio de la Unión del Sud (1818), creado por Juan Martín de Pueyrredón (denominado, en 1823, Colegio de Ciencias Morales). Una variante de este tipo de entidades estuvo representada por la Sociedad Filantrópica de Buenos Aires (1815), cuyo animador principal fue, entre otros, el padre Francisco de Paula Castañeda. La Sociedad desempeñó sus tareas en el Consulado y contó con “una mesa de lectura y biblioteca, enriquecida con donaciones” (Sabor Riera, 1974, 1: 52-54). Poco después, las reformas educativas de Bernardino Rivadavia, que propiciaron el arribo al país de ilustres personalidades

y de una interesante inmigración francesa y anglosajona, alentaron la apertura de algunos colegios secundarios de vida efímera que contaban con pequeñas bibliotecas en sus respectivos establecimientos. Un ejemplo ilustrativo de este caso fue la biblioteca que se formó en la “Academia Argentina”, dirigida por el escocés Gilbert Ramsay y por el inglés John David Hull (La Gaceta Mercantil, no. 1196, 15 nov. 1827; Cutolo, 1983, 6: 58). Las representaciones tipográficas, en esta clase de modestas librerías, se relacionaban con las prácticas de lectura en el ámbito pedagógico, donde los parámetros de apropiación estaban dados por la íntima relación enseñanza-aprendizaje.

Hacia mediados de la segunda década del siglo XIX apareció otro tipo de biblioteca cuyo acceso era rentado: **la biblioteca circulante**. Uno de los primeros en introducir esta agencia comercial, anterior a la de Marcos Sastre, fue Henry Hervé. Su conocida “biblioteca” (denominada English Circulating Library) funcionó desde 1826 hasta 1828, en la calle Chacabuco No. 61. Una de sus principales actividades, además de la circulación de ejemplares, fue la venta de libros, ya que todos estos establecimientos florecieron por el comercio librero. Los usuarios, en su mayor parte de ascendencia anglosajona, podían llevarse los libros a su hogar abonando una pequeña cifra por año (Parada, 1998: 34-36). Una variante de esta clase de “librerías circulantes” fueron los **gabinetes de lectura**, cuyas existencias bibliográficas también dependieron de las iniciativas particulares de un librero. Ya en 1829 Buenos Aires contaba con una casa de estas características: el gabinete de lectura de los hermanos Duportail. El mismo formaba parte de la librería de estos comerciantes. Un catálogo con 508 títulos divulgó, entre los habitantes de la ciudad, la importante

riqueza de sus anaqueles (Parada, 2005). Resulta complejo identificar a los lectores de estas bibliotecas, aunque, en líneas generales, además de abastecer a las comunidades extranjeras es posible que se nutrieran de usuarios provenientes de la burguesía comercial local, tal como aconteció en la ciudad de París en ese entonces (Parent-Lardeur, 1999).

Tampoco faltaron las curiosidades dentro de este sucinto panorama de diversas tipificaciones bibliotecarias. Un caso muy llamativo fue la **biblioteca particular por encargo** (o **bibliotecas ofrecidas por negociantes**), como las que proveyó la firma del estadounidense William Dana, quien en 1824 publicó un aviso en el cual decía:

“Las personas que deseen proveerse de Bibliotecas para uso particular [a] precios acomodados se servirán ocurrir á su casa, calle Reconquista, no. 76, adonde se franqueará un Catálogo de libros...” (La Gaceta Mercantil, no. 134, 16 de mar. 1824).

Este anuncio publicitario demuestra la importancia del comercio para formar colecciones de libros “a pedido o encargadas” por particulares, en especial, a Europa. Existía, pues, un conocimiento “comercial” de dicha tarea patrocinada por negociantes que sabían de las necesidades de sus clientes. Se trataba, sin duda alguna, de bibliotecas de uso exclusivamente privado y, por añadidura, circunscritas a la capacidad de compra de sus futuros propietarios.

En última instancia, es oportuno señalar un vocablo genérico (identificador de la presencia latente y feraz del libro) y que, indudablemente, no encuadra dentro de clasificación alguna: **las bibliotecas en potencia**. Esta denominación —acuñada por Daisy Rípodas Ardanaz (1989, XI-2: 467 y 1999, 3: 247)— señala, en “sentido lato”,

desde la existencia de “un volumen único hasta los varios millares” que se agrupaban en las bibliotecas de las instituciones religiosas. Es decir, la presencia del libro (y su facultad latente y creciente de convertirse en biblioteca potencial) tanto en las ciudades más privilegiadas (Córdoba y Buenos Aires) como en los lugares más apartados y humildes del actual territorio argentino. Este encabezamiento cubre un vastísimo campo de modos de ejercer la lectura, pues representa tanto al propietario de un modesto volumen (posiblemente de temática piadosa) como a las distintas y polifacéticas representaciones del libro dentro de las comunidades vinculadas con la Iglesia Católica. Por otra parte, a la expresión “bibliotecas en potencia” debe agregarse otra identificación complementaria y fundamental: “las bibliotecas en acto”, es decir, el conjunto de procedimientos con los cuales los lectores se apropiaban del contenido de los libros (Rípodas Ardanaz, 1989, XI-2: 483 y 1999, 3: 265).

#### DISCUSIÓN: UN DEBATE ABIERTO ENTRE EL ÁMBITO CUANTITATIVO Y EL CUALITATIVO

La complejidad y la ambivalencia fueron las características principales de los distintos tipos de bibliotecas en la Argentina de ese entonces. Sin embargo, dentro los límites semánticos de toda clasificación, es posible esbozar el cuadro siguiente que representa, provisionalmente, dicha taxonomía:

TIPO	ÁMBITO (PERTENENCIA)	ACCESO	USO DE LA COLECCIÓN	GESTIÓN	TIPO DE LECTURA
<i>Bibliotecas de instituciones religiosas</i>	corporaciones religiosas	cerrado restringido semipúblico	limitado	Iglesia	religiosa/formativa piadosa/espiritual
<i>Bibliotecas particulares</i>	privado/doméstico	cerrado restringido	limitado	personal (individuo)	profesional paraprofesional recreativa
<i>Biblioteca pública conventual/catedralicia</i>	convento catedral	público	extensivo	Iglesia	profesional paraprofesional recreativa
<i>Biblioteca pública</i>	Estado	público	extensivo	Estado	profesional paraprofesional recreativa
<i>Bibliotecas societarias (sociedades de extranjeros)</i>	sociedades privadas	cerrado	restrictivo	privada	paraprofesional recreativa
<i>Bibliotecas de institutos de enseñanza</i>	privado Estado	restringido semipúblico	limitado	privada estatal	enseñanza-aprendizaje
<i>Bibliotecas circulantes</i>	privado (comerciantes= librerías)	cerrado restringido	restrictivo	comercial privada	paraprofesional recreativa
<i>Bibliotecas particulares (ofrecidas por negociantes)</i>	encargo privado/doméstico	cerrado restringido	limitado	personal	profesional paraprofesional recreativa

Este cuadro de “Tipología de las bibliotecas argentinas” necesita de varias y puntuales aclaraciones. Sólo mencionaremos, en esta oportunidad, la que se considera más importante y que ya ha sido mencionada al comienzo del trabajo: todo intento de “enmarcar” (en este caso, de realizar un esquema clasificatorio) la variedad casi infinita de las diversas prácticas ante el universo de la cultura impresa constituye, inequívocamente, una falacia o, al menos, un intento más cercano a un orden deseado (la necesidad de incluir racionalidad concreta en la polivalencia social de los fenómenos históricos) que a una instancia real. El orden y la memoria tipológica, en este caso, sólo persiguen dos finalidades. En primer término, realizar una síntesis panorámica provisional y perfectible de los distintos tipos de bibliotecas existentes en la Argentina desde el período hispánico hasta 1830. Luego, en un segundo momento no menos significativo, presentar el resultado de dicho resumen a quienes se inician en esta clase de estudios.

Sin embargo, en muchas ocasiones, las finalidades no deben ser un obstáculo para señalar las limitaciones que muchas veces encubren. Pues este aparente e inofensivo esquema, que es una especie de “ficción controlada”, encubre, entre otros muchos puntos, los aspectos siguientes: desconoce la riqueza de recursos de los lectores para obtener los libros deseados más allá de los tipos de bibliotecas, tales como las redes informales de préstamos y la multitud de recursos recomendables (y de “los otros”) para obtener las obras (contrabando, préstamo, legado, herencia, hurto, copia manuscrita del ejemplar prestado); no toma en cuenta que las distintas clases de bibliotecas siempre tuvieron, en mayor o menor intensidad, “fugas o filtraciones” de textos hacia lectores a los cuales no estaban destinados,

en primera instancia, esos impresos (son muy conocidos los casos de circulación de libros fuera de las instituciones religiosas, ya sea por influencias políticas o propias de la burocracia administrativa, ya por relaciones de amistad, ya por tratarse de grupos de elite a los que no se les negaba un ejemplar por su lugar preponderante en la sociedad); también deja de lado, por otra parte, un hecho determinante: la imposibilidad de conocer (por falta de estudios y de fuentes documentales adecuadas) el uso de la colección y el tipo de lectura que hicieron las personas de los contenidos textuales que cayeron en sus manos, pues la riqueza de las representaciones culturales y de las prácticas lectoras son, de hecho, un mundo casi inaprensible, cuyo estudio se encuentra constantemente pautado por lo efímero y lo escurridizo; e ignora, además, la rica interacción que se estableció, en el último tercio del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, entre el ámbito privado y el ámbito público, donde éste, signado por un amplio movimiento cultural y político, fue proyectando a los ciudadanos hacia una modernidad que se alejaba de las posturas dominantes del Antiguo Régimen (Guerra y Lempérière, 1998).

A todo esto hay que agregar una última reflexión. Los estudios tipológicos nos aproximan, peligrosamente, a los estudios cuantitativos, a los datos que brindan las estadísticas, a las enumeraciones “contundentes” de los guarismos y de las listas nominales. Contribuciones, por cierto, fundamentales y sustanciosas, pero que hoy resultan insuficientes. De modo que es necesario tomar esta tipología de las bibliotecas argentinas bajo la luz de los nuevos aportes de la investigación cualitativa e interpretativa en las Ciencias Sociales (Norman y Lincoln, 2000).

La presente clasificación de los distintos tipos de bibliotecas existentes en el período estudiado manifiesta, indudablemente, la ubicua presencia del libro en el territorio de nuestra geografía. Una existencia, por otra parte, que no implica un acceso de “todos” al mundo de la lectura. El estudio de las prácticas escritas e impresas y, por ende, de la accesibilidad de los habitantes de esa época al universo de las representaciones tipográficas, lamentablemente, es un punto aún pendiente y que necesitará de numerosas investigaciones para arrojar cierta luz a muchos de sus aspectos más relevantes.

No obstante, es factible señalar un hecho: la preservación, tal como se ha observado en un principio, lleva implícito el germen de la información y del conocimiento. Todo material que se almacena con la finalidad de su cuidado tiende, en el corto o mediano plazo, a ser consultado por los usuarios. La “presión” sobre los documentos es directamente proporcional a su necesidad de manipulación. Nuestros antepasados en el universo de la cultura impresa no fueron ajenos a esta situación, pues forzaron y ampliaron la rígida taxonomía de las bibliotecas según sus necesidades de lectura.

El libro que fuera definido por Robert Escarpit (1968: 15) “como una máquina de leer” aparece, en esta instancia de clasificación transitoria, como un objeto definido por la mano y por las facultades cognitivas e interpretativas del hombre. Una entidad impresa para “servirse” de ella en su más amplia materialidad. Se trata de un momento bibliotecario que se definió por el constante asedio que hicieron los lectores para lograr el acceso al libro y a las bibliotecas.

Las características que definen la tipología de la civilización tipográfica presentan, además, una sutil y compleja paradoja. El uso de las bibliotecas trae como corolario, inequívocamente, su propia destrucción. La inefable necesidad de manejar los libros conspira, en una relación dialéctica trágica, contra su propia preservación. Pero esta tensión dramática forma parte de otro capítulo de la historia de las bibliotecas, ya que éstas, al igual que las generaciones de los hombres, nacen, se desarrollan, viven las presiones que ejercen las prácticas de los usuarios y, finalmente, se transforman en otros acervos bibliográficos distintos de los originales o mueren sin dejar rastro alguno. Sin embargo, al margen de toda reflexión teórica y taxonómica, los hombres y mujeres de estos territorios que podían acceder a la cultura impresa a través de las bibliotecas, estaban plenamente inmersos en los umbrales de la lectura.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arrieta, Rafael Alberto. 1955. La ciudad y los libros: excursión bibliográfica al pasado porteño. Buenos Aires: Librería del Colegio. 207 p.
- Aspell, Marcela y Carlos A. Page, comps. 2000. La Biblioteca Jesuítica de la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Avellá Cháfer, Francisco. 1990. La biblioteca del primer obispo de Buenos Aires: Fray Pedro de Carranza. En *Investigaciones y Ensayos*. No. 40, 235-238.

- Belgrano, Mario. 1932. Las donaciones de Belgrano a la Biblioteca Pública. En *La Revista Americana de Buenos Aires*. Año 9, no. 102, 115-120.
- Biedma, Juan Martín. 1944-45. Los bienes y la biblioteca del deán de la Catedral de Córdoba, doctor Nicolás Videla del Pino, al ser electo obispo del Paraguay. En *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. Vol. 29, 194-226.
- Bravo, Francisco Javier. 1872. Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el reinado de Carlos III. Madrid: Establ. Tip. de J. M. Pérez.
- Burke, Peter. 1998 [1995]. Los avatares de "El Cortesano": lecturas e interpretaciones de uno de los libros más influyentes del Renacimiento. Barcelona: Gedisa. 238 p.
- Cabrera, Pablo. 1930. La antigua biblioteca jesuítica de Córdoba. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año 11, no. 5-6, 176-216.
- Caillet-Bois, Ricardo. 1929. Inventario de la biblioteca perteneciente a don Francisco de Ortega. En su: Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución Francesa. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas. Apéndice no. 1, p. iii-xiii.
- Cano, Rafael. 1926. La primera biblioteca de la vieja Catamarca. En *Caras y Caretas*. Año 29, no. 1437. s/p.
- Caro Figueroa, Gregorio A. 2002. Salta: bibliotecas y archivos. Cerrillos, Salta: Los Tarcos. 303 p.
- Catálogo de la librería jesuítica. 1943. Introducción de Juan B. Echenique. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Biblioteca Mayor.
- Cinco años en Buenos Aires, por Un inglés. 1962. Pról. de Alejo B. González Garaño. Buenos Aires: Solar. Hachette. 192 p.

- Colección jesuítica en la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba: base de datos e información sobre la colección. 1999. Edición a cargo de Rosa Bestani. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Biblioteca Mayor. 1 CD.
- Comadrán Ruiz, Jorge. 1961. Bibliotecas cuyanas del siglo XVIII. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Biblioteca Central. 143 p.
- Cornejo, Atilio. 1946. Bibliotecas privadas de Salta en la época colonial. En *Boletín del Instituto de San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta*. Vol. 4, no. 16, 67-109.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1955. Bibliotecas jurídicas en el Buenos Aires del siglo XVII. En *Universidad*. No. 30, 105-183.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1968-1986. Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930). Buenos Aires: Elche, y otros. 7 vol.
- Di Stefano, Roberto. 2001. Religión y cultura: libros, bibliotecas y lecturas del clero secular rioplatense (1767-1840). En *Bulletin Hispanique*. No. 2, 511-541.
- Draghi Lucero, Juan. 1949. La biblioteca de los jesuitas de Mendoza durante la época colonial. En *Revista de Historia*. Año 1, no. 1, 95-165.
- Escarpit, Robert. 1968. La revolución del libro. Madrid, Unesco. 204 p.
- Fernández Armesto, María Verónica. 2005. Lectores y lecturas económicas en Buenos Aires a fines de la época colonial. En *Información, Cultura y Sociedad*. No. 13, 29-56.
- Ferreyra Álvarez, Avelino. 1950. Biblioteca del Convento de los RR. PP. Mercedarios de Córdoba: siglo XVI-XVII. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año 37, no. 3-4, 583-663.
- Ferreyra Álvarez, Avelino. 1952. Catálogo de la Biblioteca del Convento de la Merced de Córdoba (R.A.): obras de los siglos XVI, XVII y XVIII. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año 39, no. 2, 575-592.

- Finó, J. Frédéric y Luis A. Hourcade. 1952. Evolución de la Bibliotecología en la Argentina. En *Universidad*, Santa Fe. No. 25, 265-301.
- Fregeiro, C. L. 1879. Don Bernardo Monteagudo: ensayo biográfico. Buenos Aires: Igon Hermanos. p. 433-436.
- Furlong, Guillermo. 1925. Las bibliotecas jesuíticas en las reducciones del Paraguay y del Chaco. En *Estudios*. Vol. 29, 52-56 y 469-473.
- Furlong, Guillermo. 1939. Bio-bibliografía del Deán Funes. Córdoba: Instituto de Estudios Americanistas, Universidad Nacional de Córdoba. p. 383-387.
- Furlong, Guillermo. 1944. Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica. Buenos Aires: Huarpes. 180 p.
- Furlong, Guillermo. 1969. Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810; el trasplante cultural: Arte. Buenos Aires: TEA. p. 1-80.
- Gaceta de Buenos Aires* (1810-1821): reimpresión facsimilar. 1910. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana. Vol. 1, p. 384-386.
- García Belsunce, César A. 1997. Feliciano Pueyrredón. En *Investigaciones y Ensayos*. Vol. 47, 187-216.
- García-Godoy, Cristián. 1999. Las bibliotecas de San Martín y de Godoy Cruz: ¿Repositorios fundacionales de algunas de sus conductas históricas? En *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Tercera ép. No. 3, 33-49.
- Grenón, Juan Pedro. 1929. Altagracia. Córdoba. (Documentos históricos; 14).
- Grenón, Juan Pedro. 1961. Dos bibliotecas episcopales de la época de la revolución. En *Archivum*. Vol. 5, 263-274.
- Groussac, Paul. 1893. "Prefacio". En Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional seguido de una tabla alfabética de autores. Tomo primero. Ciencias y artes. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. p. v-XCIX.

- Guerra, François-Xavier y Annick Lempérière, et al. 1998. Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica. 366 p.
- Gutiérrez, José María. 2004. Recuperación de la donación de Manuel Belgrano a la Biblioteca Pública de Buenos Ayres. En *Anales del Instituto Nacional Belgraniano*. No. 11, 159-176.
- Hanon, Maxine. 2005. Diccionario de británicos en Buenos Aires. Buenos Aires: El autor. 891 p.
- Index librorum Bibliothecae Collegii Maximi Cordubensis Societatis Jesu: Anno 1757. Edición crítica, filológica y bibliográfica. 2005. Estudio crítico: Alfredo Frascini. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. 782 p.
- Lértora Mendoza, Celina. 1991. Biblioteca mercedaria colonial de la Provincia de Tucumán. En *Analecta mercedaria*. Año 10, 473-606.
- Levaggi, Abelardo. 1980. La biblioteca del doctor Francisco Pombo de Otero. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 8, 475-500.
- Levene, Ricardo. 1950. Fundación de una biblioteca pública en el convento de la Merced de Buenos Aires durante la época hispánica en 1794. En *Humanidades*. Vol. 32, 27-51.
- Lista de libros pertenecientes a Don Domingo Matheu. 1960a. En *Gobernantes de Mayo*. Buenos Aires: S.E.H.A Seminario de Estudios de Historia Argentina, Ediciones Humanismo. p. 347-350.
- Lista de libros pertenecientes al presbítero Manuel M. Alberti. 1960b. En *Gobernantes de Mayo*. Buenos Aires: S.E.H.A Seminario de Estudios de Historia Argentina, Ediciones Humanismo. p. 357-361.
- Llamosas, Esteban F. 1999. Notas sobre las obras jurídicas de la biblioteca cordobesa de la Compañía de Jesús en el siglo

- Lucero, Amador L. 1910. *Nuestras bibliotecas desde 1810*. Buenos Aires: Impr. Coni. 190 p.
- Luque Colombres, Carlos A. 1945. *Libros de derecho en bibliotecas particulares cordobesas: 1573-1810*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas. 78 p.
- Mariluz Urquijo, José María. 1955. La biblioteca de un oidor de la Real Audiencia de Buenos Aires. En *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*. Vol. 10, no. 44, 808-814.
- Mariluz Urquijo, José María. 1974. Inventario de la biblioteca del secretario del Virreinato Manuel Gallego. En su *Orígenes de la burocracia rioplatense: la secretaría del Virreinato*. Buenos Aires: Cabargón. p. 126-132.
- Mariluz Urquijo, José María. 1975. El asesor letrado del Virreinato del Río de la Plata. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 3. p. 191-193
- Martínez Villada, Luis G. 1919. Notas sobre la cultura cordobesa en la época colonial. En *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año. 6, no. 9-10, 162-199.
- Molina, Raúl A. 1948. La biblioteca de Francisco Bernardo Xijón. En su *Primeros médicos de la ciudad de la Santísima Trinidad*. Buenos Aires: Lancestremere. p. 101-156.
- Molina, Raúl A. 1950-51. Juan de Vergara, señor de vidas y haciendas en el Buenos Aires del siglo XVII. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Vol. 24-25. p. 71
- Molina, Raúl A. 1958. Miguel de Riglos, el hombre que llenó medio siglo de Buenos Aires y su biblioteca histórica. En *Historia*. No. 11, 20-44.
- Norman K. Denzin y Yvonna S. Lincoln, eds. 2000. *Handbook of Qualitative Research*. 2nd. ed. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Otero, José Pacífico. 1961. Catálogo de la biblioteca que poseía San Martín y regaló a la ciudad de Lima. En San Martín y su

- preocupación por la cultura. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano. p. 16-26.
- Palcos, Alberto. 1936. [La Biblioteca de Benito González Rivadavia]. En su *La visión de Rivadavia: ensayo sobre Rivadavia y su época hasta la caída del Triunvirato*. Buenos Aires: El Ateneo. p. 38-39.
- Palma, Federico. 1958. *Bibliotecas y librerías correntinas*. [Corrientes]: Asociación de Maestros de Corrientes. 54 p.
- Parada, Alejandro E. 1994. *Introducción a una bibliografía crítica sobre bibliotecas coloniales privadas: punto de partida para una relectura bibliotecaria de la historia de la bibliotecas argentinas*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. 98 p. [Inédito].  
(Existe, además, una importante bibliografía —también inédita— confeccionada por Horacio V. Zabala: *Bibliografía: apuntes para una historia del libro, la imprenta y las bibliotecas en el Río de la Plata*).
- Parada, Alejandro E. 1997-98. *Libros de medicina en bibliotecas particulares argentinas durante el período hispánico: primera parte*. En *Saber y Tiempo: revista de historia de la ciencia*. Vol 1, no. 4, [463]-488; segunda parte: listado preliminar. En *Saber y Tiempo: revista de historia de la ciencia*. Vol. 2, no. 5, [113]-133.
- Parada, Alejandro E. 1998. *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas. 174 p. (Cuadernos de Bibliotecología; 17).
- Parada, Alejandro E. 2002. *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1779-1812*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA; Ediciones Erre-jotapé. 200 p.

- Parada, Alejandro E. 2005. El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1829. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 192 p.
- Parent-Lardeur, Françoise. 1999. Lire à Paris au temps de Balzac: les cabinets de lecture à Paris: 1815-1830. 2e. éd rev. et augm. Paris: Ed. de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1999. 300 p.
- Piccirilli, Ricardo. 1960. Rivadavia y su tiempo. Buenos Aires: El Ateneo. 3 v.
- [Primeras donaciones de libros en la Biblioteca Pública de Buenos Aires: legados de particulares]. 1944. En *Revista de la Biblioteca Nacional*. Vol. 10, no. 30, 493-504; Vol. 11, no. 32, 495-503; etcétera.
- Probst, Juan. 1940. Juan Baltasar Maziel: el maestro de la generación de Mayo. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Didáctica. 484 p. (Trabajos de investigación y de tesis; 9).
- Quiroga, Marcial I. 1972. Los libros del doctor Manuel Moreno. En su Manuel Moreno. Buenos Aires: Eudeba. p. 213-220.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1974. Francisco Gutiérrez de Escobar: su biblioteca y sus escritos. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 2, 173-198.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1975. Bibliotecas privadas de funcionarios de la Real Audiencia de Charcas. Caracas: Academia Nacional de la Historia. p. 501-555. [Separata]
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1982. El obispo Azamor y Ramírez: tradición cristiana y modernidad. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. 278 p. (Colección del IV Centenario de Buenos Aires; 7).
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1984. La biblioteca de Mariano Izquierdo: un repositorio jurídico atípico en el Buenos Aires finocolonial. En *Revista de Historia del Derecho*. No. 12,

- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1989. Libros y lecturas en la época de la Ilustración. En *Historia general de España y América. América en el siglo XVIII. La Ilustración en América*. Madrid: Rialp. T. XI-2, p. 467-496.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1994. La biblioteca porteña del obispo Azamor y Ramírez: 1788-1796. Buenos Aires: PRHISCO-CONICET. 199 p.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1999. Libros, bibliotecas y lecturas. En *Academia Nacional de la Historia. Nueva Historia de la Nación Argentina: 3. Período español (1600-1810)*. Buenos Aires: Planeta. p. 247-279.
- Robledo de Selassie, Beatriz. 1976. Compañía de Jesús. Inventario y tasación de sus bienes en San Miguel de Tucumán al 29 de mayo de 1768. Por la Junta Real de Temporalidades. Tucumán: Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán. 82 p.
- Rojas, Ricardo. 1918. [Inventario de la biblioteca de don Agustín de Leiza]. En su *La Literatura Argentina: ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata: II. Los coloniales*. Buenos Aires: Coni. p. 24-25. (véase además: Rojas, Ricardo. 1948. *Historia de la Literatura Argentina: Los coloniales*. Buenos Aires: Losada. p. 40-42).
- Romero Sosa, Carlos Gregorio. 1949. Una desconocida biblioteca en la Salta del período hispánico. En *Estudios*. Vol. 82, no. 441, 440-443.
- Romero Sosa, Carlos Gregorio. 1961. La biblioteca de un congresista de 1816: notas acerca de los libros del Gral. D. José Ignacio Gorriti. En *Historia*. Año 6, no. 22, 116-124.
- Rosa Olmos, Ramón. 1955. Las bibliotecas catamarqueñas en los siglos XVII, XVIII y XIX. En *Arbol*. No. 1, 11-22.
- Sabor Riera, María Ángeles. 1974-1975. Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la

- Argentina en el siglo XIX. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Dirección de Bibliotecas. 2 v.
- Sarmiento, Nicanor. 1930. Historia del libro y de las bibliotecas argentinas. Buenos Aires: Impr. L. Veggia. 158 p.
- Thompson, James. 1977. A history of the principles of librarianship. London: Clive Bingley. 236 p.
- Torre Revello, José. 1956. La biblioteca de Hipólito Vieytes. En *Historia*. Año 2, no. 6, 72-89.
- Torre Revello, José. 1956. La biblioteca que poseía en Potosí Don Pedro de Altolaguirre (1799). En *Historia*. Año 1, no. 4, 153-162.
- Torre Revello, José. 1957. La biblioteca del deán Valentín de Escobar y Becerra. En *Historia*. Año. 3, no. 10, 36-55.
- Torre Revello, José. 1958. Una biblioteca catamarqueña de 1779. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Vol. 29, 506-515.
- Torre Revello, José. 1965. Bibliotecas en el Buenos Aires antiguo desde 1729 hasta la inauguración de la Biblioteca Pública en 1812. En *Revista de Historia de América*. No. 59, 1-148.
- Urquhart, Donald. 1981. The principles of librarianship. Bardsey, Leeds: Wood Garth. 98 p.
- Urquiza Almandoz, Oscar F. 1972. Libros y bibliotecas. En su *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica desde 1810 hasta 1820*. Buenos Aires: Eudeba. p. 171-234.
- Zuretti, Juan Carlos. 1950. El General San Martín y la cultura: ensayo conmemorativo. Buenos Aires: Instituto de Didáctica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 184 p.

# 2

## LECTORES CAUTIVOS ENTRE LA TRADICIÓN Y EL CAMBIO



LECTURA Y LECTORES  
DURANTE LOS PRIMEROS AÑOS  
DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO  
(1810-1820)

LA ELECCIÓN de una fecha, en este caso el decenio de 1810 a 1820, en las distintas representaciones de la lectura de una comunidad implica, de hecho, una periodización ficticia. Los fenómenos culturales y espirituales transcurren, en ocasiones, por sendas diferentes aunque inefablemente vinculados a los acontecimientos políticos. Los hombres que gestaron la Revolución de Mayo fueron individuos formados, intelectual y culturalmente, durante la dominación hispánica. Desde este punto de vista, en cierta medida, los porteños eran lectores que participaban de dos mundos. En sus lecturas convivieron la tradición y el cambio, lo conservador y lo revolucionario, la continuidad y la innovación, en una dinámica y rica relación. Es necesario, entonces, acercarnos a la cultura impresa bajo la concepción de pautas, inclinaciones o tendencias.

El fenómeno material de la lectura constituye un paulatino proceso de evolución de las ideas estéticas, de las estructuras sociales y económicas, de las prácticas bibliográficas, y de la sociología de los textos. Lo realmente importante, tal como lo sostiene Daisy Rípodas Ardanaz, es “que los hábitos de lectura no cambian de manera súbita”. Las lectores y sus lecturas cohabitan, mediante varios

vasos comunicantes y a través de curiosas interpolaciones, con complejas apropiaciones textuales, tanto antiguas como modernas. Los cambios en la Historia de la Lectura se imponen en procesos de larga duración, donde las obras que una vez contaron con el favor del público tienden a articularse con otras producciones discursivas.

El desarrollo, en materia de libros y lectores, que se manifiesta en la primera década independiente comenzó a mediados del siglo XVIII cuando Carlos III impulsó un conjunto de reformas administrativas, económicas y políticas, que culminaron con la llamada Ilustración española. Es una época donde el ejercicio de la razón adquiere un valor desconocido. El método, el pragmatismo, el utilitarismo, y una amplia visión global del mundo comienzan, lentamente, a imponerse. En un breve panorama es posible sintetizar el tipo de bibliografía que caracterizó la etapa que se extiende desde 1750 a 1820. En forma gradual, la preponderancia de títulos teológicos y jurídicos, en latín y español, comienza a ser desplazada por libros de política, economía, educación, artes y oficios, y por la aparición de obras literarias —en especial la novela epistolar— de nacionalidad francesa e inglesa. También se incrementa el gusto por la gramática, la retórica, la divulgación científica, el derecho natural y de gentes, los relatos de viajeros. A esto debe sumarse la aparición de los periódicos y las gacetas en la América española. Estas lecturas se acentuarán durante los años de 1800 a 1820 destacándose, en un primer momento, la presencia de obras sobre política, economía e historia —principalmente el extraordinario auge de la bibliografía relacionada con Napoleón— y por un notable aumento de la literatura.

Dentro de los límites donde se encuadra el presente trabajo sólo es posible realizar una arbitraria selección de los títulos que circulaban en la ciudad de Buenos Aires. Se señalarán algunos de los libros existentes en tres ámbitos distintos y que revisten un grado de novedad: las obras anunciadas en los avisos de la prensa, las donaciones realizadas por particulares para formar el fondo bibliográfico de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, y algunos de los impresos editados por las imprentas porteñas. Es posible así reconstruir e identificar, aunque en lineamientos muy generales, las lecturas de este período.

En cuanto al contexto social es importante señalar que no obstante las luchas políticas internas y externas, la gestión del Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón se caracterizó por un conjunto de iniciativas culturales. En efecto, Pueyrredón funda el Colegio de la Unión del Sud (1818), impulsa y anima el establecimiento de la Sociedad del Buen Gusto de Teatro (1817), fomenta el estudio de las lenguas vivas y apoya a la Biblioteca Pública, entre otras tareas. A partir de 1815 el fermento cultural, algo adormecido desde 1812, se materializa con el establecimiento de una serie de instituciones, tales como la Academia de Matemáticas y Arte Militar (1816) —bajo la dirección de Felipe Senillosa—, la Academia de Matemáticas del Consulado (1816) —a cargo de Manuel Herrera—, ambas fusionadas en 1817 en la Academia Nacional de Matemáticas y, finalmente, la Academia de Dibujo y la Academia Teórico-práctica de Jurisprudencia. A éstas se deben agregar algunas bibliotecas institucionales como la que funcionaba en la Sala o Cámara Comercial Británica (1815?), la existente en la Sociedad Filantrópica de Buenos Aires (1815), las que se establecieron en el Colegio de la Unión del Sud, y en varias de las academias mencionadas.

La importación de libros comenzó a incrementarse con la abundante entrada de barcos en cuyos cargamentos se encontraban una gran variedad de impresos, la mayoría de ellos provenientes de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Buenos Aires contaba, asimismo, con varias librerías precarias —aunque todavía los libros aparecen mezclados con todo tipo de mercancías, pues el negocio librero se desarrollará a partir de 1825—, entre ellas citaremos las de Mr. Dubois, Antonio Poroli, Carlos Pozo y Rocha, y Juan Bautista Castro; destacándose, también, en este rubro, la tienda de Miguel Ochagavía y las “casas” de Gálvez, Diego Barros, Gregorio Aracena, y José Galup. En cuanto a los talleres de impresión, además de la Imprenta de los Niños Expósitos, aparecen otros establecimientos, como el de Manuel José Gandarillas y Cía. (1815), cuyo propietario era el chileno Diego Antonio Barros y que posteriormente se denominó Benavente y Cía. (1817); la imprenta del Sol, que fuera importada de Londres por Vicente Pazos Kanki y de propiedad, posiblemente, de Sarratea; la imprenta de la Independencia (1817); la de Juan Nepomuceno Álvarez (1819); y la de Phoción (1820), de José María de los Santos Rubio.

A partir de 1810 se producen varias innovaciones en las prácticas lectoras. Los anuncios de libros e impresos en venta publicados en la prensa, tal como lo ha analizado detalladamente Oscar F. Urquiza Almandoz es su libro *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica*, nos brindan un grado de actualidad en las lecturas, pues no debemos olvidar que los planteles de las bibliotecas privadas se habían formado durante la dominación española. Entre los avisos más importantes citaremos los publicados por *La Prensa Argentina* bajo el epígrafe de “libros

franceses”, aparecidos en agosto y octubre de 1816; y el que publicó Gregorio Aracena en *La Crónica Argentina*, en el mismo año. En otras oportunidades, lamentablemente, no se identifican los autores ni los títulos de las obras, como en el anuncio auspiciado por Diego Barros en *El Censor* —enero de 1817—, en el que ofrece “un surtido numeroso de excelentes libros en francés y latín”.

La mayor novedad se presenta con la presencia de obras sobre historia y política contemporáneas. Los libros de Thomas Paine, *Historia concisa de los Estados Unidos, desde el descubrimiento de América hasta el año 1807* y *La independencia de la Costa Firme*, manifiestan el interés con el cual era seguido el autor de *Los derechos del hombre*, que tanto influyó en los movimientos republicanos americanos. La situación política en América y Europa llevó a que las obras —varias en su versión original— del publicista francés Dominique Dufour de Pradt fueran divulgadas por la prensa con amplia difusión, con títulos como *Los últimos seis meses de la América del Sud y del Brasil*, *Memorias de la revolución de España*, *De las colonias y de la revolución*, y *El congreso de Viena*. Otros títulos que se ofrecieron en los periódicos fueron los siguientes: *Histoire de la guerre d’Espagne et de Portugal de 1807 à 1814*, de Jean Sarrazin; *Constitution de l’Angleterre, ou état du gouvernement anglois comparé avec la forme républicaine et avec les autres monarchies de l’Europe*, de Jean Louis de Lolme; *Juzgados militares de España y sus Indias*, del jurista español Félix Colón de Larriategui, título que se encontraba en muchas de las bibliotecas de la época, como la de San Martín y Bernardino Rivadavia; *Bosquejo de la democracia*, de Robert Bisset, en la traducción de fray Camilo Henríquez; *The Principles of*

*moral and political-philosophy*, del teólogo inglés William Paley; *Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico*, de Lesage, seudónimo de Emmanuel Agustín Dieudonné Marius Joseph Las Cases; *L'antiquité dévoilée par ses usages...*, de Nicolas Antoine Boulanger (reelaborada por Holbach); *Ciencia de la legislación*, del jurisconsulto y economista italiano Gaetano Filangieri, en la traducción de Jaime Rubio; *Historia de la revolución de Francia formada sobre las auténticas que se han publicado en francés hasta el día*, de Francisco Grimaud de Velaunde; *Geografía universal descriptiva, histórica, industrial y comercial, de las cuatro partes del mundo*, de William Guthrie; *Historia del reino y del emperador Carlos V*, de William Robertson; *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, de Conyers Middleton, atribuida frecuentemente en los avisos a su traductor, el humanista español José Nicolás de Azara y Perera, obra de enorme difusión en Hispanoamérica, admirada por Sarmiento; *Diccionario español-francés y francés-español*, de Melchor Manuel Nuñez de Taboada; *Nuevo diccionario francés-español*, de Antonio Capmany Surís y de Montpalau; *Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española*, en su cuarta edición de 1803, “reducido á un tomo para su más fácil uso”, cuyo costo ascendía a treinta pesos; etcétera.

Tampoco faltaron las obras sobre instrucción militar, en un momento en el cual no estaba consolidada la independencia de los nuevos estados americanos, tal es el caso de *Principios esenciales para caballería*, de Jean François Le Mouton de Boisdeffre, en la traducción de Manuel de Aguirre. Deben también agregarse los ofrecimientos de obras de Jean Jacques Rousseau, Johann Gottlieb Heineccio [Heinecke], Lucrecio, Voltaire y las *Obras completas* de

Montesquieu. Las matemáticas, que adquirieron un renovado auge como consecuencia de la apertura de las academias, se encuentran representadas por las obras de Etienne Bezout, Bertrand Barrême, Syvestre François Lacroix, y por el aporte de Felipe Senillosa en la producción nacional. Una mención especial merece el *Viaje de Anacarsis el joven por la Grecia a mediados del siglo cuarto antes de la era vulgar*, de Jean Jacques Barthélemy, en la versión castellana de Pablo Sandino de Castro, uno de los mayores éxitos editoriales del siglo XIX, y en cuya traducción del inglés al español estaba trabajando Mariano Moreno en el momento de su muerte. Otra obra de gran popularidad fue *De la vida y acciones de Alejandro el Grande*, de Quinto Curcio Rufo, siempre presente en los anuncios y en varias “librerías” particulares.

En materia religiosa se presentó una agria polémica con la aparición de dos obras: *La venida del Mesías en Gloria y Majestad*, del jesuita chileno Manuel Lacunza y Díaz; y el impreso anónimo, editado en Londres en 1815, *Observaciones sobre los inconvenientes del celibato de los clérigos*. El conocimiento sistemático, tan propio de la ilustración, se encuentra representado por dos voluminosas obras: la *Enciclopedia metódica* y *L'esprit de l'encyclopédie ou choix des articles les plus agréables, les plus curieux et les plus piquants de ce grand dictionnaire*, de Remi Ollivier.

Pero el fenómeno editorial del momento, tanto en Europa como en Buenos Aires, fue la extraordinaria proliferación de obras relacionadas con Napoleón Bonaparte. En forma inequívoca la “bibliografía napoleónica” se impone, holgadamente, sobre otros intereses temáticos. Su auge mayor se ciñe al año 1816. Los avisos en la prensa periódica ofrecían a los porteños un abigarrado conjunto de obras,

la mayoría de las veces anunciadas en español no obstante su edición original francesa. Un ejemplo de esta literatura son los títulos siguientes: *Précis des journées des 15, 16, 17 et 18 juin 1815, ou fin de la vie politique de Napoléon Buonaparte* (Paris: A. Eymery, 1815), de Pierre François Félix Joseph Giraud; *Itinéraire de Buonaparte depuis son départ de Douvelent, le 29 mars, jusqu'à son embarquement à Fréjus, le 29 avril, avec quelque détails sur ses derniers moments à Fontainebleau et sa nouvelle existence à Porto-Ferrajo, pour servir de suite à la "Régence à Blois"* (Paris: Le Normant, 1814), de Jean Baptiste Germain Fabry; *Une année de la vie de l'empereur Napoléon, ou précis historique de tout ce qui s'est passé depuis le 1er. avril 1814 jusqu'au 20 mars 1815, relatif à Sa Majesté et aux braves qui l'ont accompagnée* (Paris: Eymery, 1815), del teniente de Guardia Imperial A. D. B. Monier; *Relation fidèle et détaillée de la dernière campagne de Buonaparte, terminée par la bataille de Mont-Saint-Jean, dite de Waterloo ou de la Belle-Alliance, par un témoin oculaire* (Paris: Dentu, 1815), atribuida a René Bourgeois o a F. Th. Delbare; *Relation impartiale du passage de la Bérésina, par l'armée française en 1812* (Paris: Barrois l'ainé, 1814), de Frédéric François Guillaume de Vaudoncourt, cuyas obras fueron muy estimadas por los estrategas de la época; *Histoire du cabinet des Tuileries depuis le 20 mars 1815, et la conspiration qu'a ramené Buonaparte en France...*(Paris: Chanson, 1815), probablemente de Joseph Lingay (también atribuida a Sébastien Guillié); *Relation circonstanciée de la campagne de Russie* (Paris, 1814), de Eugène Labaume; y además la *Relación inglesa de la batalla de Waterloo*, y la *Descripción histórica de la isla de Santa Elena*, entre otros libros similares. Es importante observar, pues así lo señala

la mención de imprenta, el significativo grado de actualidad de las obras, la mayoría de ellas impresas en 1814 y 1815, es decir, en un pie de igualdad con el mercado librero y los lectores europeos. Esta hegemonía bibliográfica también se presenta en la *Gaceta de Buenos Aires*, ya que la frecuencia de citas referidas a Bonaparte asciende a más de 180 entradas. Asimismo, el nuevo espíritu cosmopolita de la ciudad se adhirió a este “furor napoleónico”, y en la imprenta de Álvarez, en 1820, se imprimió la obra *Manuscrito llegado de Santa Helena a Inglaterra de un modo desconocido* (London: John Murray, 1817), en la traducción del francés al castellano de Pedro Feliciano de Sáenz de Cavia, cuya autoría fuera atribuida a Benjamin Constant, E. J. Sieves, Mme. de Staël, entre otros autores.

Finalmente, dentro de esta breve síntesis de libros en venta, señalaremos un tópico que esboza la proximidad del movimiento romántico. Nos referimos a la difusión de la novela como género literario predominante. Ya en el último tercio del siglo XVIII la ficción novelesca había tomado un renovado impulso. Buenos Aires no permaneció ajena a esta realidad. Es posible rastrear la presencia de varias novelas en los avisos, las que se incrementarán, notablemente, en el próximo decenio. Algunas de ellas son: *Pamela Andrews, o la virtud recompensada* y la *Historia del caballero Carlos Grandison*, ambas de Samuel Richardson, con tan notable alcance que se la anunciaba simplemente como “la Pamela”; *Los niños de la Abadía* (Madrid: Vega, 1808), de la escritora inglesa Regina Maria Roche, obra de un exagerado sentimentalismo y que rivalizó en popularidad con las novelas de Anne Radcliffe. Y otros dos títulos, que según un anuncio de *La Prensa Argentina* (mayo de 1816) eran “anheladas en este pueblo”:

*El cementerio de la Magdalena o la muerte de Luis XIV, de la reina y del delfín de Francia*, del escritor francés Jean Joseph Regnault-Warin; y las “Cartas de Milady Julieta y Milord de Ossery” (*Lettres de Milady Juliette Catesby à Milady Henriette Campley, son amie*) de Marie-Jeanne Laboras de Mézières, Madame Riccoboni), cuya relación sentimental con Milord d’Ossery alcanzó una amplia difusión en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX. En la actualidad ocupa un lugar destacado en los estudios de género y, al parecer, fue un exponente de la “novela femenina” que circulaba en Buenos Aires durante los primeros años de la Revolución de Mayo.

Tampoco faltaron algunos títulos curiosos y de entretenimiento, como el caso de *Anecdotes inédites de la fin du XVIIIe. siècle pour servir de suite aux anecdotes françaises...* (Paris: Monory, 1801), atribuida a Antoine Seriéys.

Un suceso trascendental, que se manifestó como un movimiento cultural y social sin precedentes, fue la inauguración de la Biblioteca Pública de Buenos Aires el 16 de marzo 1812. Gracias a las donaciones de libros efectuadas entre 1810 y 1822, aunque sea deductivamente, es posible inferir algunas de las lecturas de ese entonces. El movimiento que llevó al establecimiento de esta agencia social tuvo una característica descollante: la amplia y activa participación ciudadana para formar el acervo bibliográfico de la Biblioteca. Las páginas de la *Gaceta de Buenos Aires* y el libro de *Registro de Donaciones* de dicha institución dan prueba de ello. Los nombres de los primeros donantes hasta 1822 superan holgadamente el centenar. A título informativo, señalaremos los particulares que ofrecieron más de cinco libros. Ellos son: el presbítero Luis José

Chorroarín; Manuel Belgrano; Pedro Fernández, preceptor de latinidad de los “públicos Estudios”; fray Julián Perdriel; Julián Segundo de Agüero, cura del Sagrario de la Catedral; Juan María de Almagro, ex asesor del Virreinato; el comerciante don Tomás Balanzategui; el médico Miguel O’Gorman; Martín José de Altolaguirre, ex ministro de la Real Hacienda; Antonio Ortiz, librero; José Sánchez Alonso; José Isasi, comerciante; doña Martina de Lavardén y Arce; Benito María de Moxó y de Francolí, arzobispo de Charcas; Santiago Wilde, administrador de la lotería nacional; Saturnino Segurola, primer bibliotecario; José Martínez de Hoz, comerciante; José Gregorio Gómez, cura de San José, en la Banda Oriental; fray Cipriano Gil Negrete, maestro; Vicente Echevarría, conjuez de la Real Audiencia; José Roland, comerciante portugués; Santiago Mauricio, comerciante; Domingo Estanislao Belgrano, canónigo de la Iglesia Catedral; fray Juan de la Madre de Dios Salcedo, presidente del convento de betlemitas; José Miguel Díaz Vélez; Antonio Dorna; Miguel de Azcuéneaga, gobernador intendente; el doctor José Valentín Gómez; Antonio José de Escalada; Bartolomé Doroteo Muñoz, vicario general castrense del ejército de la Banda Oriental; y el religioso y bibliotecario don Dámaso Antonio Larrañaga.

Cabe destacar, entre estas personalidades, a aquellos que realizaron las donaciones de mayor volumen. Tales son los casos de Luis José Chorroarín, quien donó, en varias ocasiones, alrededor de 200 títulos; Manuel Belgrano, que ofreció la totalidad de su librería formada por más de 80 títulos en castellano, francés, inglés, latín, griego, e italiano, donde se destacan obras sobre historia, política, literatura y ciencias aplicadas; Juan María Almagro, quien entregó 23 títulos de temática jurídica; Miguel O’Gorman, con 21

obras, en su mayoría sobre medicina; Martina de Lavardén y Arce, con 24 títulos en varias lenguas, donde predominan los libros de derecho y algunos de ciencias aplicadas; Saturnino Segurola (28); José Martínez de Hoz (15); Vicente Echevarría (25), muchos de ellos jurídicos; Juan de la Madre de Dios Salcedo (24), con varias obras de temática religiosa y médica; José Miguel Díaz Vélez (15); Martín José de Altolaquirre, con 7 títulos sobre arte y ciencia militar; el librero Antonio Ortiz y José Isasi, con 11 y 9 libros respectivamente; Miguel de Azcuénaga y Antonio José de Escalada, ambos con 21; Bartolomé Doroteo Muñoz, con un significativo lote de libros, en su mayoría científicos, y por la donación, novedosa en esa época, de materiales tridimensionales (un microscopio, un termómetro capilar, etc.); y “el señor [José Antonio] Miralla, natural de Buenos Ayres, y residente en la Habana”, quien entregó 21 títulos, preferentemente de literatura grecolatina.

Al recorrer las páginas del *Registro de Donaciones* se observa la riqueza de los libros donados. Todas las materias se encuentran allí presentes: filosofía, religión, derecho, economía, pedagogía, política, ciencia y arte militar, matemáticas y geometría, astronomía, botánica, zoología, medicina y otras ciencias aplicadas, arte, arquitectura, literatura y teatro, historia, viajes, geografía y biografía. Lo que demuestra la difusión del libro en la ciudad de Buenos Aires en las postrimerías de la dominación española y en la primera década independiente. Es remarcable, por otra parte, la variedad de las profesiones de los donantes: religiosos, funcionarios, militares, abogados, médicos, hacendados, comerciantes, maestros, tanto nativos como peninsulares; tampoco falta la presencia de la mujer, representada por Martina de Lavardén y Arce. Además, es

importante reparar en la variedad de lenguas que se encuentran citadas en los legados de libros: francés, inglés, italiano, alemán, holandés, griego y latín. Un hecho significativo es el aporte de “algunos comerciantes ingleses”: la primera comunidad extranjera residente en Buenos Aires que donó un conjunto de volúmenes.

La mayoría de los donantes eran individuos con cierto grado de formación, mientras que los sectores poco alfabetizados o analfabetos, el grueso de la población, accedían a la lectura a través de intermediarios que oficiaban de lectores o por las lecturas públicas de hojas volantes, como las que se realizaban, por ejemplo, en la esquina de la Iglesia de San Ignacio. En muchos casos, tanto en los sectores “letrados” como en los “iletrados”, el contacto con el libro se ceñía a los usos de los catones de lectura y de los catecismos de doctrina cristiana. No debe subestimarse la importancia de la lectura pública de los reglamentos, bandos, órdenes del día, folletos y proclamas que, en muchas ocasiones, jugaron un papel fundamental para acceder al mundo de la cultura impresa por aquellos que carecían de libros.

La práctica de la lectura se desarrollaba en una gran cantidad de ámbitos: en la sociedad, en los espacios urbanos y en las plazas, en los avisos de las tiendas y mercerías, en la escritura funeraria, en las facturas y solicitudes comerciales, en la burocracia administrativa, en las infinitas representaciones culturales de la vida cotidiana, en las ejecuciones públicas, en los bandos vociferados por las calles, y en las tertulias, donde la lectura y la escritura eran la base de muchos pasatiempos. También en el hogar, en forma íntima y silenciosa, gracias a una modesta biblioteca particular o por un libro prestado, pero además en voz alta,

cuando se llevaba a cabo en el entorno familiar y con la participación de sus miembros. Son conocidas las lecturas colectivas y comentadas en varias tertulias de la época, como la de las obras de Pradt (el éxito del momento) en el salón de los Luca.

Los libros circulaban por otros “canales invisibles”, hoy de difícil recuperación e identificación. Eran intercambiados entre conocidos y amigos, se solicitaban en avisos publicados en la prensa, circulaban de mano en mano, y fueron afanosamente buscados, canjeados e incluso, robados. La lectura y la escritura de los propietarios de los libros, en muchas oportunidades, cohabitan con el texto impreso cuando éste, en un acto de apropiación, era enfáticamente subrayado, señalado, tildado o anotado en sus márgenes, tal como lo atestiguan numerosos ejemplares de aquella época hoy existentes en diversos repositorios. De modo tal que los modos y usos de la lectura se explayaban por la ciudad e iban adquiriendo las complejidades y sutilezas de la modernidad.

Por otra parte, las memorias, las autobiografías, los relatos de viaje y los diarios personales constituyen una fuente de primera mano para estudiar la presencia de la escritura y de la lectura en los espacios públicos. Muchas de estas crónicas, además de señalar los avatares estrictamente políticos, mencionan los hechos que hacen a la realidad de la vida cotidiana.

Un ejemplo de esto son las *Memorias curiosas* de Juan Manuel Beruti. En sus páginas, mixturado con todo tipo de sucesos, se vislumbra el mundo de la cultura impresa en la cotidianidad. Este cronista, el 21 de marzo de 1811, escribió en su *memorial* que en el café de Pedro José Marcó, “junto a la iglesia de la compañía”, se reunía “una sociedad

o junta de ciudadanos” (la *Sociedad Patriótica*, alentada por Bernardo de Monteagudo), en cuyo salón existía una tribuna donde cualquier individuo podía leer un discurso (“que lleva por escrito”) y que si se admitía lo propuesto se daba “a la imprenta”. Este caso ilustra el recorrido o el itinerario de un texto. En un primer momento, como escritura manuscrita en la intimidad (redacción del discurso); en segunda instancia, como exposición leída en un ámbito público; y en último caso, como texto impreso. Una travesía discursiva que establece la dialéctica inefable entre escritura y lectura, entre la circunstancia manuscrita y la tipográfica, y entre lo doméstico y la esfera comunitaria.

Los recintos de las iglesias fueron, desde la época colonial, espacios donde la escritura expuesta se transformaba en una apropiación lectora, tanto en forma silente, como susurrada o en voz alta. Los túmulos fúnebres, por ejemplo, contruidos con una arquitectura de magnificencia devota en los cruceros de las iglesias más importantes de Buenos Aires, casi siempre llevaban leyendas o inscripciones en los pilares que soportaban la estructura mortuoria. Estas frases, en muchas ocasiones, eran varias veces leídas y repetidas ante el público congregado en la nave principal, configurando, de este modo, un ámbito de lectura colectiva sacralizada. En otras oportunidades, súbitamente, el coro de una iglesia perdía su habitual solemnidad ritual para convertirse en una tribuna popular, donde la escritura y la lectura tomaban ribetes inusitados por su libertad creadora y gregaria. Tal fue lo que ocurrió en la parroquia de San Nicolás el 23 de agosto de 1812, cuando al finalizar una “función de acción de gracias dedicada a la Santísima Trinidad”, se procedió a arrojar desde el coro hacia la calle una gran variedad de volantes (“papeletas dibujadas

de colores”), con letreros que decían “Viva la patria y su independencia” y “Viva la América del Sur”, entre otras leyendas.

De modo que es necesario estudiar la difusión en el día a día de esta “literatura menuda” (bandos, proclamas, circulares, oraciones patrióticas, partes, oficios, dictámenes, manifiestos, prospectos, actas, discursos, reglamentos, exposiciones, avisos, letreros, papeletas, recibos, etc.), ya que la heterogénea variedad de documentos influyó y atravesó diagonalmente a la mayoría de los sectores sociales, creando así un conjunto de apropiaciones impresas comunes a todos.

Este universo de usos de lectura se manifestó, indudablemente, en la calidad y variedad de las obras donadas a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, con títulos como los siguientes: *Dictionnaire raisonné universel des arts et métiers...* (Lyon, 1801, 5 v.), de Philippe Macquer (editada por Pierre Jaubert); *Mémoires pour servir á l’histoire du Jacobinisme* (Hambourg, 1800, 5 v.), de Augustin Barruel; *Viaje de España* (Madrid, 1772-94, 18 v.), de Antonio Ponz; *Diccionario de medicina y cirugía* (Madrid, 1806-07, 6 v.), de Antonio Ballano, entre otros; *Diccionario universal de física* (Madrid, 1796-1802, 10 v.), de Mathurin Jacques Brisson; *Lecciones sobre retórica y las bellas letras* (Madrid, 1804, 3 v.), de Hugh Blair; *Considérations sur les êtres organisées* (Paris, 1804, 2 v.), de Jean Claude de La Métherie; *Description de l’art de fabriquer les canons* (Paris, 1794), de Gaspard Monge; *Oeuvres militaires* (Paris, 1803, 5 v.), de Jacques Antoine Hippolyte Guibert; *Des pierres tombées du ciel ou lithologie atmosphérique...* (Paris, 1803), de Joseph Izarn; *Tratado elemental de química* (Madrid, 1798), de Antoine Laurent Lavoisier; *Philosophie zoologique...* (Paris, 1809, 2 v.), de Jean Baptiste

Pierre Antoine de Monnet de Lamarck; *De la Séméiologie buccale, ou Exposé des signes qu'on trouve à la bouche, qui font connaître la cachexie...* (Paris, 1806), de Louis Laforge; *Cours élémentaire théorique et pratique de pharmacie clinique* (Paris, 1814, 3 v.), de Simon Morelot; *Histoire philosophique et politique des établissemens et du commerce des européens dans les deux Indes* (Genève, 1782, 10 v.), del historiador y publicista Guillaume Thomas Raynal; *Traité d'architecture pratique* (Paris, 1789), de Jean François Monroy; *Genera crustaceorum et insectorum* (Parisiis, 1806-09, 4 v.), de Pierre André Latreille; *Zoologie analytique, ou méthode naturelle de classification des animaux* (Paris, 1806), de André Marie Constant Dumeril; *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre* (Madrid, 1815), del literato y médico peruano José Hipólito Unanú; *Thoughts on Political Economy* (1820), del abogado norteamericano Daniel Raymond; etcétera.

Otro aspecto que constituye una presencia indirecta de las prácticas de lectura fueron los impresos producidos por las imprentas porteñas, ya que, indudablemente, eran ediciones que tenían en cuenta los intereses y los usos de los lectores en ese contexto. Una arbitraria selección de estos impresos se enlista a continuación: *Del contrato social o principios del derecho político*, de Jean Jacques Rousseau, traducido al castellano por Mariano Moreno “para instrucción de los jóvenes americanos” (1810); *El fanático por la música* (1812), obra del compositor Johann Simon Mayr; *Catón cristiano y catecismo de la doctrina cristiana dedicado al glorioso San Casiano Obispo* (1812); *Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos*, en la traducción de Manuel Belgrano (1813); *Explicación clara*

*y breve de los géneros de los nombres, pretéritos y supinos de los verbos*, dispuesta por Ignacio de Lara (1813); *El triunfo de la naturaleza: tragedia en cinco actos* (1814), del portugués Vicente Pedro Nolasco de Acuña [Velasco da Cunha], al parecer, en la traducción castellana de Luis Ambrosio Morante; *Instrucciones para la inoculación vacuna* (1813); *Cartas de Abelardo y Eloísa* (1815); *Estatuto provisional para la dirección y administración del Estado* (1815); *Tratado de las obligaciones del hombre*, de Juan de Escoiquiz (1816); *Ensayo de la Historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, del deán Gregorio Funes (1816-1817); *Bosquejo de la democracia*, de Robert Bisset, en la ya citada traducción de Camilo Henríquez (1816); *Gramática española o principios de la gramática general aplicada a la lengua castellana: primera parte*, por Felipe Senillosa (1817); *La Camila, ó la patriota de sud-américa* (1817), de Henríquez; *La Jornada de Marathon ó el triunfo de la libertad*, de Jean François Guèroult, traducida del francés por Bernardo Vélez Gutiérrez (1817); *Elementos de gramática y ortografía de la lengua nacional*, de Antonio José Valdés (1817); *Tratado elemental de aritmética dispuesta en XXIV lecciones*, de Senillosa (1818); *Carta crítica sobre la Historia de América del señor D. Juan Bautista Muñoz* (Madrid, 1797; Buenos Aires, 1818), de Francisco Iturri; *Manifestación histórica y política de la revolución de América y especialmente en la parte que corresponde al Perú y Río de la Plata* (1818), de José de la Riva Agüero; *Los últimos seis meses de la América del Sud y del Brasil*, de M. de Pradt, en la traducción de Pedro Feliciano Sáenz de Cavia (1818); *Constitución de las Provincias Unidas en Sud-América, sancionada y mandada publicar por el soberano congreso general constituyente en 22 de abril de 1819*

(1819); el compendio de aritmética titulado *El amigo de la juventud*, de Rufino Sánchez (1819); *Memoria sobre la dilatación del aire atmosférico*, de Joseph Redhead (1819); *Defensa del bello sexo — caracteres de la historia, genio, disposición, méritos, ocupaciones, costumbres e importancia del bello sexo en todas partes del mundo...*, recopiladas y traducidas por José Antonio Cantillón “para nuestras lectoras americanas” (1820); *Derechos y deberes del ciudadano*, del historiador y moralista francés Gabriel Bonnot de Mably (1820); etc.

Existe, pues, en los primeros años de la Independencia, una marcada necesidad por la literatura pedagógica y política en contraposición a los trabajos de creación, ya que muchos de estos impresos fueron libros de estudio o de lectura obligatoria. Su difusión se debió, en buena medida, a la aparición de las academias, al establecimiento del Colegio de la Unión del Sud, al rápido florecimiento del comercio y al proceso de urbanización.

El incremento de todo lo relacionado con el mundo del libro también se manifiesta en las páginas de la *Gaceta de Buenos Aires*, pues la venta y suscripción de libros, mapas, periódicos y otros impresos menores, totaliza alrededor de 90 menciones. El interés por los periódicos presenta ahora un nuevo matiz que implica un afán coleccionista o de bibliófilo. Una prueba de esta nueva situación es un aviso de la *Gaceta*, publicado el 20 de septiembre de 1820, en que se anuncia la venta de “una colección general de todos los periódicos oficiales, y particulares que se han publicado en Buenos Aires desde el virrey Cisneros hasta el día: mucha parte de ella está encuadernada”. Una mención especial, dentro de este tema, es el caso del presbítero Luis José Chorroarín, que además de ser un destacado donante,

entregó a la Biblioteca Pública una edición reciente del famoso *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, en cuatro volúmenes, del librero Jacques Charles Brunet, lo que demuestra la afición exquisita y refinada de su propietario por los libros raros, bellos y valiosos.

Los almanaques fueron otros impresos que gozaron de una gran aceptación por parte del público. Sus características —consulta rápida, fácil lectura y manipulación, precios accesibles— hicieron que estas modestas ediciones circularan ampliamente entre los diversos sectores sociales, demostrando que ciertos “folletos menores” tuvieron el don ubicuo de ser apropiados por amplias y heterogéneas comunidades de lectores. En varias ocasiones la imprenta de Gandarillas ofreció en venta los conocidos “almanakes” al costo “de un real cada uno; y en docenas a diez reales”, según un aviso de *La Prensa Argentina* de fines de octubre de 1815. A modo de ejemplo, mencionaremos a dos de ellos: el *Almanak o calendario y diario de quartos de luna, según el meridiano de Buenos-Ayres* (1817), y el *Almanak patriótico de Buenos-Ayres para el año décimo de Nuestra Libertad* (1819), este último de Bartolomé Doroteo Muñoz.

La proliferación notable de la prensa es otra de las características del momento. Los periódicos de la época —*Correo de Comercio*, *Gaceta de Buenos Aires*, *Mártir o Libre*, *El grito del Sud*, *El Redactor de la Asamblea*, *Los Amigos de la Patria*, *La Prensa Argentina*, *El Censor*, *La Crónica Argentina*, *El Independiente*, *El Abogado Nacional*, *El Americano*, etc.— cuentan con redactores y lectores como Pedro José Agrelo, Vicente Pazos Kanki, Camilo Enríquez, Bernardo de Monteagudo, Manuel Antonio de Castro, entre otros. Y si bien a lo largo de sus páginas las urgencias

políticas y la Guerra de la Independencia cubren gran parte del espacio gráfico, en cierta medida, una variedad de asuntos e imágenes culturales impregna sus columnas.

Dentro de este marco, no es extraño entonces que los lectores porteños manifiesten una creciente inclinación por los temas históricos y políticos durante los primeros años de la Revolución de la Mayo, fundamentalmente por aquellas obras de temática contemporánea, como en el caso paradigmático de la “literatura” sobre Napoleón. Sin embargo, el decenio venidero presentará un notable aumento, ya presente en el anterior, de la literatura, en especial, la francesa.

Así pues, aunque el ambiente político no era el ideal para el desarrollo del libro y sus ámbitos, el período de 1810 a 1820 señala el punto de partida —cosmopolita, complejo y heterogéneo— de una nueva etapa, propia de una ciudad abierta a las experiencias de la modernidad, cuyos habitantes “cultos e iletrados” podían acceder a distintas manifestaciones y representaciones de la lectura. Se trata de un decenio distinto a los precedentes, con características singulares, en el cual aún conviven las estructuras de la época hispánica con las novedades de los primeros tiempos de la Revolución. Los lectores porteños son hombres y mujeres cautivos de dos ambientes culturales. Viven en el límite difuso e indeterminado de la tradición y del cambio. Es una década, en cierto sentido, “bisagra”, de inflexión y de paulatina mutación de los gustos estéticos. Posteriormente, a partir de 1821, con sus luces y sombras, con sus voces y silencios, la ciudad de Buenos Aires comenzará un importante proceso de diversificación social de la cultura impresa que, rápidamente, se diferenciará de las prácticas de lectura del período hispánico.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arrieta, Rafael Alberto. 1955. La ciudad y los libros: excursión bibliográfica al pasado porteño. Buenos Aires: Librería del Colegio. 207 p.
- Beruti, Juan Manuel. 1960. Memorias curiosas. En Biblioteca de Mayo: Colección de obras y documentos para la Historia Argentina: Memorias – Autobiografías. – Diarios y Crónicas. Buenos Aires: Senado de la Nación. Tomo. 4.
- Biblioteca de Mayo: Colección de obras y documentos para la Historia Argentina: Periodismo. 1960. Buenos Aires: Senado de la Nación. T. 7-10.
- Buonocore, Domingo. 1974. Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Buenos Aires: Bowker. 260 p.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, dirs. 1998. Historia de la lectura en el mundo occidental. Madrid: Taurus. 585 p.
- Chartier, Roger. 1993. Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Madrid: Alianza. 314 p.
- Chartier, Roger. 1996. Escribir las prácticas. Buenos Aires: Manantial. 127 p.
- Chartier, Roger. 1999. El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona: Gedisa. 276 p.
- Cucuzza, Héctor Rubén, dir. 2002. Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina. Buenos Aires: Miño y Dávila. 344 p.
- Darnton, Robert. 2003 [1982]. Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen. Madrid-México: Turner; Fondo de Cultura Económica. 269 p. (Colección Noema; 31).
- Darnton, Robert. 2003. El coloquio de los lectores. México: FCE. 460 p.

- Echagüe, Juan Pablo. 1939. Libros y bibliotecas: influencia de las bibliotecas en el proceso histórico argentino. Buenos Aires: Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. 103 p.
- Fernández, Juan Rómulo. 1943. Historia del periodismo argentino. Buenos Aires: Librería Perlado. 405 p.
- Furlong, Guillermo. 1944. Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica. Buenos Aires: Huarpes. 180 p.
- Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*: reimpresión facsímil. 1910-1915. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana. 6 v. Índice general / Juan Ángel Farini. Buenos Aires: Museo Mitre, 1963.
- Guerra, François-Xavier y Annick Lempérière, et al. 1998. Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica. 366 p.
- Gutiérrez, José María. 2004. Recuperación de la donación de Manuel Belgrano a la Biblioteca Pública de Buenos Ayres. En *Anales del Instituto Nacional Belgraniano*. No. 11, 159-176.
- Gutiérrez, Juan María. 1915. Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. Buenos Aires: La Cultura Argentina. 645 p.
- Mangel, Alberto. 1999. Una historia de la lectura. Santa Fe de Bogotá: Grupo Editorial Norma. 477 p.
- McKenzie, D. F. 2005. Bibliografía y sociología de los textos. Traducción de Fernando Bouza. Madrid: Akal. 143 p. (Akal Universitaria. Serie Historia Moderna; 238).
- Martínez Martín, Jesús A. 1991. Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 404 p.
- Parada, Alejandro E. 2002. De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1779-

1812. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA; Ediciones Erre-jotapé. 200 p.
- Petrucci, Armando. 1999. Alfabetismo, escritura, sociedad. Barcelona: Gedisa. 319 p.
- Piccirilli, Ricardo. 1961. Los libros de Mayo durante la era de la independencia. En *Humanidades*. Vol. 38, 83-105.
- [Primeras donaciones de libros en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires]. 1944. En *Revista de la Biblioteca Nacional*. T. 10, no. 30, [493]-504; T. 11, no. 32, [495]-503; etc.
- La Revolución de Mayo a través de los impresos de la época; comp. A. E. Mallié. 1967. Buenos Aires: Comisión Nacional Ejecutiva del 150º Aniversario de la Revolución de Mayo. 6 v.
- Rípodas Ardanaz, Daisy 1989. Libros y lecturas en la época de la Ilustración. En *Historia general de España y América*. Madrid: Rialp. T. XI-2, 467-496.
- Rípodas Ardanaz, Daisy. 1996. Los ilustrados y el libro en el Río de la Plata (1750-1810). En *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*. No. 2, [41]-47.
- Romero Sosa, Carlos G. 1961. La biblioteca de un congresista de 1816; notas acerca de los libros del Gral D. José Ignacio Gorriti. En *Historia*. Año 6, no. 22, 116-124.
- Sabor Riera, María Ángeles. 1975-1975. Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Dirección de Bibliotecas. 2 v.
- Sarmiento, Nicanor. 1930. Historia del libro y de las bibliotecas argentinas. Buenos Aires: Impr. L. Veggia. 158 p.
- Torre Revello, José. 1940. El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 269, ccxxxviii, 19 p.

- Torre Revello, José. 1943. El café en el Buenos Aires antiguo. En *Logos*. Año 2, no. 4, 225-234.
- Torre Revello, José. 1965. Bibliotecas en el Buenos Aires antiguo desde 1729 hasta la inauguración de la Biblioteca Pública en 1812. En *Revista de Historia de América*. No. 59, 1-148.
- Ugarteche, Félix de. 1929. La imprenta argentina: sus orígenes y desarrollo. Buenos Aires: Tall. Gráf. R. Canals. 909 p.
- Urquiza Almandoz, Oscar F. 1972. La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica desde 1810 hasta 1820. Buenos Aires: Eudeba. 580 p.
- Zinny, Antonio. 1875. Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde el año 1780 hasta el de 1821: apéndice á la Gaceta de Buenos Aires. Buenos Aires: Impr. Americana. 476 p.



# 3

**METAMORFOSIS  
LECTORA**



LUGARES Y HORIZONTES  
DEL LIBRO  
Y DE LA LECTURA  
EN EL BUENOS AIRES  
DE 1820 A 1829

EL ESTUDIO del universo del libro constituye, sin duda, un campo de especial interés para los historiadores de la cultura del primer tercio del siglo XIX. El tema posee una variedad de aproximaciones inequívocamente sutiles y complejas.

Esta situación se debe a la confluencia de un conjunto de tópicos. En primer lugar, el cambio profundo que ha sufrido una disciplina como la Historia del Libro y las Bibliotecas, pues hoy es inconcebible su interpretación sin la incorporación de la Historia de la Lectura. En un segundo lugar, y ligado a lo anterior, el especial énfasis en el análisis de los usos y de las prácticas de los lectores en el momento de leer y de escribir. De modo tal que no es posible abordar un tema como el libro sin estudiar los modos de apropiación (cognitiva y material) que los hombres ejercieron y ejercen sobre el universo tipográfico.

Finalmente, un comentario ceñido a la moderna historiografía. Los lectores y sus lecturas se han convertido en un tema particularmente interesante para muchos historiadores, ya que ven en él la posibilidad de incursionar en áreas características de la microhistoria, y porque constituye una base ineludible para reconstruir muchos aspectos desconocidos de la vida cotidiana.

La antigua Historia del Libro y las Bibliotecas ha sufrido otros cambios profundos. Durante varias décadas, desde fines del siglo XIX hasta alrededor de 1970, su estudio se centraba en los aspectos cuantitativos. Los historiadores se basaban en fuentes tales como inventarios *post mortem* de librerías particulares, títulos de libros en venta ofrecidos en los avisos publicitarios de los periódicos, catálogos de libreros, editores e impresores, listados de obras impresas en determinados períodos, etc. De esta manera, la aproximación a la lectura era por inferencia indirecta. Esto significaba que la existencia de un libro en alguna de las fuentes citadas implicaba, sin duda, su posible lectura, aunque poco o nada pudiera deducirse de la real apropiación de la obra por parte de su propietario.

Estos aportes fueron de gran importancia para conocer ciertas tendencias relacionadas con la lectura y el movimiento social y comercial del libro. Sin embargo, nada decían sobre el modo y la factibilidad real de una lectura consumada, ni tampoco sobre la diversidad de prácticas que el lector ejerce sobre el libro.

Fue necesario implementar, pues, un asedio diferente para comprender, desde otros ámbitos, el polifacético mundo de los lectores. Sobre la base de los estudios cuantitativos, la llamada Escuela de los Annales en Francia comenzó una relectura del libro que rápidamente se extendió por el ámbito europeo y anglosajón. Autores como Roger Chartier, Robert Darnton, Peter Burke, Carlo Ginzburg y Armando Petrucci plantearon la necesidad de detenerse en las maneras sociales de apropiación del universo impreso por parte de los lectores.

Usos y modos que reflejan ciertas prácticas para vincularse íntimamente con las obras. La idea principal consiste

en analizar la relación lector-lectura desde una mirada dialéctica entre la esfera cuantitativa y la cualitativa centrándose, de modo especial, en los escasos vestigios que han quedado de las prácticas a las que fueron sometidos los libros en el momento de su lectura (prácticas que también involucran a la escritura).

Por lo tanto, se plantea un problema de compleja resolución, definido por el siguiente concepto: el libro poseído, tanto en una biblioteca como en un listado de obras en venta, no constituye, necesariamente, un libro leído. Los asientos bibliográficos del catálogo de una librería o el inventario que realizó un escribano al consignar los volúmenes de una biblioteca particular, nada ya pueden decirnos de los modos de la lectura de sus dueños. La intensidad y la variedad de las maneras de leer se definen, indudablemente, por los usos que la gente hizo de los impresos.

El presente trabajo, frente a este dilema, intenta trazar un panorama provisional sobre las “lecturas pasivas” (aquellas inferidas indirectamente) y “las activas” (aquellas que presentan vestigios de prácticas lectoras). No es suficiente, entonces, identificar las obras que se encontraban en el mercado porteño entre 1820 y 1829 sino además, en el estado de la moderna historiografía sobre la lectura, se hace imprescindible el rastreo de las técnicas de apropiación de los textos impresos. En esta instancia, la Historia de la Lectura moderna oscila y trata de conciliar, en forma interrelacionada, la confluencia laberíntica de la lectura pasiva con la activa.

## EL LIBRO Y SU CIRCULACIÓN: UN DELICADO EQUILIBRIO ENTRE EL MUNDO MERCANTIL Y EL ÁMBITO CULTURAL

El libro antes de ser un bien espiritual y cultural es, ante todo, una mercancía. No se trata de un producto manufacturado igual a otros, debido a su inefable carga subjetiva. No obstante, el primer rasgo que define a la cultura impresa es su palpable materialidad. Esta materialidad se encuentra pautada por dos aspectos: las manipulaciones lectoras del libro en tanto objeto y su capacidad concreta de ser un bien de consumo. La economía regula al libro aún antes que la lectura misma. La difusión de una obra y, por ende, su posibilidad de amplitud lectora, depende de su capacidad de venta y de ganancia.

El comercio marítimo, durante el período de 1820 a 1829, fue la principal fuente de ingreso de libros en la ciudad de Buenos Aires. El diario *La Gaceta Mercantil*, editado por la imprenta de Stephen Hallet, entre 1823 y 1852, constituye una cantera de información para la Historia del Libro y de la Lectura. Una de sus principales secciones, la “Marítima”, abordaba en detalle la entrada, salida, procedencia, cargamentos y destinatarios de las embarcaciones que llegaban a la ciudad. De este modo, se puede reconstruir el itinerario comercial de los libros identificando la cantidad de barcos que los importaron, su procedencia, los principales importadores y el número, aunque relativo, de los libros ingresados al puerto.

Los aportes cuantitativos, en este punto, son elocuentes. La mayoría de las naves que ingresaban al puerto de Buenos Aires, en cuyos listados de cargamentos declaraban la presencia de libros provenían, en el siguiente orden de importancia, de tres naciones: Francia, Inglaterra y Estados Unidos. La guerra con España y sus tensas consecuencias,

además del atraso de la industria del libro en la Península Ibérica en relación con otros países europeos, propiciaron esta situación. Rodolfo Ackermann, en Londres, se convirtió, tal como lo menciona Sarmiento en *Recuerdos de Provincia*, en uno de los editores con mayor presencia en las flamantes repúblicas sudamericanas.

No obstante, es necesario plantearse una pregunta de rigor: ¿es posible determinar la cantidad de ejemplares que entraron en Buenos Aires, por ejemplo, en el período de 1820 a 1829? Si bien las cifras que se pueden dar son relativas y poco confiables, al menos pueden aportar algunas conjeturas sobre este tema. Sabemos, gracias a la “sección marítima” de *La Gaceta Mercantil* que entre 1823 y 1828 se registró el ingreso de 123 barcos con alrededor de 400 cajones de libros. Lamentablemente, no se consignaban los títulos de los impresos; pero, en algunas ocasiones, se detallaba la cantidad de volúmenes que contenían los cajones. Aunque su tamaño variaba con frecuencia, es posible calcular una media de 180 a 200 unidades por cajón. Estos datos arrojan, muy estimativamente, una cantidad de más de 70.000 libros introducidos en el puerto de Buenos Aires. Se trata de una cifra aproximada, que no manifiesta exactamente la magnitud de la presencia del libro en la ciudad, pues la importación de libros también se hacía por otros canales tanto legales como ilegales, tales como los volúmenes no declarados en los manifiestos de cargamentos, los entrados de contrabando, los que arribaban por tierra desde diversos orígenes, los que traían aquellos que regresaban de Europa, etcétera. Como se observará más adelante, esta gran cantidad de libros pautará los usos de distribución de los impresos y la manera de apropiarse de ellos por parte de los lectores porteños.

Otro punto de interés se relaciona con los modos de manipular los libros en el momento de estibarlos. Existieron, al menos en las formas de ingreso al Río de la Plata, ocho maneras de embalar los materiales impresos. Estos, mezclados con todo tipo de mercancías en las sentinas de los barcos, se remitían en cajones, baúles, bultos, cajas, envoltorios, fardos, paquetes, cuarterolas. De modo tal que no existía una forma única de presentar la importación de libros, aunque predominó, holgadamente, el ingreso por cajón.

Por otra parte, la importación de impresos no implica un acto altruista. El universo del desarrollo del libro se encuentra íntimamente vinculado al incremento económico de su demanda, tal como lo demostró Robert Darn-ton cuando analizó el extraordinario éxito comercial de la edición y distribución en Europa de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert, uno de los mayores "negocios" libreros del Antiguo Régimen. Los barcos eran fletados, pues, desde el puerto de Buenos Aires por negociantes y consignatarios representados, en su gran mayoría, tanto por propietarios de importantes casas comerciales como por dueños de almacenes y tiendas de diversos ramos. El total de agentes involucrados en la importación de libros según La *Gaceta Mercantil*, para el período 1823-1828, fue de 72, destacándose entre ellos la firma Larrea Hermanos, Ramón Villanueva, José Reissig, Roquin-Meyer-Morel y Cía., Braulio Costa, Dana y Carman, Sebastián Lezica y hermanos, José Esnaola, y Domingo Navarro, entre otros muchos.

Una vez arribados los libros a la ciudad de Buenos Aires, el próximo paso consistía en su distribución para la venta. Los impresos se difundieron a través de dos vías: las

formales (librerías) y las informales (lugares ocasionales de venta). Es importante detenerse en estas dos maneras de canalizar el comercio librero. Ambas juegan un rol fundamental y recíproco. Las librerías, en líneas generales, no actuaron como librerías propiamente dichas. La mayoría, aun las importantes, eran tiendas y mercerías que vendían otros productos además de los impresos. Este concepto es fundamental, ya que el negocio librero especializado comienza a delinearse como tal en esta década. Nos encontramos, entonces, en una etapa de transición, donde comienzan a aparecer algunas librerías que tienden a vender libros en forma exclusiva.

Los *almanaques* de Juan José María Blondel para los años 1826 y 1829, constituyen la fuente de información más importante para identificar las librerías. El almanaque de 1826 cita seis librerías: la de Juan Manuel Ereyza [Ezeiza], en Potosí 57; la librería de la Independencia, de Larrea Hermanos, en Perú 60; las dos librerías-tiendas de Jaime Marcet, ubicadas en Potosí 28 y 61; la de Rafael Minvielle, en Potosí 46; y la de Michel Riesco, en Potosí, sin numeración. En la edición de 1829 la lista se ha enriquecido con dos nuevas librerías: la de Duportail Hermanos, en Potosí 46 y la de Luis Laty, en Chacabuco 12; se registran nuevamente las librerías de Ezeiza, de la Independencia y la de Minvielle; en cuanto a Marcet y Riesco, ya no se mencionan. Otras librerías que funcionaron contemporáneamente a las ya citadas fueron las de Pedro Osandavaras (1820-1825), la tienda de Miguel Ochagavia y la librería de Antonio Ortiz, entre otras de vida efímera.

No es posible determinar el grado de importancia de estas librerías ni la magnitud de sus ventas. Sin embargo, los avisos de los distintos periódicos que se publicaron en esos

años, así como la presencia del catálogo de alguna de ellas permite, al menos, identificar a las que tuvieron un desempeño más activo y dinámico. Entre todas, cuatro fueron las que se destacaron: la librería de Jaime Marcet, la de la Independencia, la de Juan Manuel Ezeiza y, principalmente, la librería de Teófilo Duportail.

La historia del catalán Jaime Marcet se destaca tanto por su febril actividad como por su trágico fin. Fue un comerciante inquieto y algo aventurero. Entró como dependiente en la librería de Osandavaras y, poco después, al morir aquél (acaso Marcet tuvo que ver con su muerte) se casó con Jacoba Osandavaras, hermana de su antiguo patrón. Su garbo y buen porte le propició la simpatía de la sociedad porteña, ganándose así la amistad de varios jóvenes de prestigio social. A partir de esta estructura Marcet comenzó a desplegar una agresiva difusión de sus tiendas librerías. Entre 1825 y 1827 ubicó alrededor de 77 avisos publicitarios en *La Gaceta Mercantil*, donde ofreció en venta 172 libros. Organizó suscripciones y rifas; además de libros, vendió periódicos y almanaques. Indudablemente, fue uno de los libreros más activos durante el gobierno de Rivadavia. No obstante, su final fue inesperado y brutal. Junto con Francisco Alzaga y Juan Pablo Arriaga, asesinó al tendero Francisco Álvarez, dando lugar a uno de los procesos criminales más sonados de la época. El 16 de septiembre de 1828 fue ahorcado en la actual Plaza de Mayo. La historia de este librero asesino fue narrada novelescamente por Eduardo Gutiérrez en *El asesinato de Álvarez*.

La Librería de la Independencia también se destacó por el caudal de sus iniciativas. Los avisos de la prensa periódica señalan el ofrecimiento, en sus páginas, de más de 110 títulos. Los hermanos Larrea (Ramón Manuel Feliciano y,

al parecer, el ex miembro de la Primera Junta, Juan Larrea) obraron, principalmente, como importadores y mayoristas de libros. Todo hace suponer su importancia como proveedores de materiales impresos al mercado librero de Buenos Aires. La firma prosperó en ese entonces, ya que tenía sucursales en Montevideo y París, ciudad esta última desde la cual fletó gran cantidad de obras en francés.

De todos los libreros ya mencionados, más o menos activos, es necesario destacar la Librería de Duportail hermanos. Teófilo Duportail adquirió el negocio a Antonio Gómez de Castro; se trataba de una librería con tradición en la ciudad, pues había pertenecido a Pedro Osandavara y, poco después, a Jaime Marcet. Gracias al catálogo impreso que publicó en 1829, se conoce en detalle la riqueza de sus existencias bibliográficas. El *Catálogo de la Librería de los Sres. Duportail Hermanos* (1829) totalizaba 508 títulos en venta, de los cuales 335 representaban obras en español, y el resto en francés. Los libros ofrecidos y la variedad temática de los mismos constituyen una fuente de primera mano para conocer las lecturas potenciales de aquellos que leían en Buenos Aires (Parada, 2005).

Las actividades de los libreros extranjeros fueron relevantes en la época y, directa o indirectamente, incidieron en las inclinaciones de los lectores. Otro ejemplo de ello fue la Librería de Luis Laty, quien en un aviso informaba a sus clientes que estaba en condiciones de “hacer venir de Europa las obras que se le designe con la mayor exactitud y brevedad posible” (La Gaceta Mercantil, 4 dic. 1828).

Pero a pesar de sus dinámicas actividades, las librerías no fueron los comercios que movieron la mayor cantidad de libros. Los lugares de venta ocasionales o eventuales las sobrepasaron holgadamente. Estos locales

estaban representados por almacenes, tiendas, mercerías, litografías, fondas, imprentas, casas de remate, viviendas particulares, etcétera. Al no existir una suficiente cantidad de librerías abocadas al comercio librero en forma exclusiva, los lugares ocasionales de venta de impresos desempeñaron un papel de primera importancia en la comercialización del libro. Además, tal como se ha observado, la existencia de un gran volumen de obras provenientes de las continuas importaciones favoreció, sin duda, la proliferación de este tipo de negocios. Para tener una idea somera de la relación existente entre las librerías y los lugares eventuales de venta, alcanza con exponer que en *La Gaceta Mercantil* se publicaron 339 avisos de libros en venta, de los cuales 106 corresponden a las primeras y 233 a los segundos, esto es, el doble.

Resulta imposible citar todos los lugares informales de venta de materiales impresos. No obstante, con mencionar los más relevantes, se puede tener un panorama de la cantidad de obras puestas a disposición del público lector porteño. Los seis lugares de venta que ofrecieron mayor cantidad de libros fueron, en una apretada síntesis, los siguientes: la litografía de Juan Bautista Douville y Mmle. Pillaut Laboissière (1.200 volúmenes en venta), la casa sita en Suipacha No. 7 (500 v.), la firma de los negociantes Dana y Carman (175 títulos), la famosa tienda de Mariano Lozano (110 t.), la Circulating Library (35 t.), y la tienda de Ramón Ugarte y Nuñez (30 t.). Estos datos son muy interesantes, pues confirman que el negocio del libro fue más amplio y fructífero en los lugares ocasionales que en las propias librerías. En esta instancia, nuevamente, se consolida la estrecha relación que existió entre el comercio marítimo y el libro como bien comercial con importantes

márgenes de ganancia. Las lecturas, inmersas en un contexto económico y social determinado, muchas veces están pautadas por las ganancias y las modas literarias; en otras ocasiones, por avatares azarosos de las inclinaciones mercantiles de los importadores.

Pero además, es necesario identificar el destino final de este pequeño (pero complejo) circuito de la cultura impresa. La mayor parte de los libros engrosaban los anaqueles de las “librerías” particulares; no obstante, la circulación también incluía, en menor grado, a las bibliotecas. Estas instituciones, aunque modestas, adquirieron libros en varias ocasiones. Dos bibliotecas de uso institucional o comercial se nutrieron del incipiente mercado librero: la biblioteca de la British Commercial Rooms (Sala o Cámara Comercial Británica) que ya contaba, a mediados de la década del diez, con más de medio millar de volúmenes; y la Biblioteca Circulante de Henry Hervé (English Circulating Library), especializada en obras en lengua inglesa. A éstas debe agregarse el Gabinete de Lectura de la Librería de los hermanos Duportail, que contó con el importante fondo bibliográfico de su acervo, tal como lo esboza el catálogo que editó en 1829. Otros eventuales compradores fueron la Biblioteca Pública de Buenos Aires, y las pequeñas colecciones de libros de algunas instituciones educativas de vida efímera, como la “Academia Argentina”, de los señores Gilbert Ramsay y John David Hull, que al anunciar su nivel pedagógico no dudaba en afirmar que poseía “una porción considerable de libros” (GM, 15 nov. 1827). De modo tal que el libro, tal como lo hemos visto, tenía la posibilidad de “movilizarse” a través de distintos tipos de bibliotecas: particulares, pública, de sociedades de extranjeros, de institutos de enseñanza, y de bibliotecas circulantes.

Incluso su comercio llegó a tener cierto grado de sofisticación, pues existieron comerciantes, como William Dana, que proveían de bibliotecas particulares por encargo.

## ITINERARIO PORTEÑO DEL LIBRO

Luego de pasar revista al circuito formal del libro en la ciudad de Buenos Aires, es posible reconstruir su circulación conjetural sobre la base de la pregunta siguiente: ¿cuál era el itinerario factible de una obra hasta llegar a las manos del lector? Tomemos un título cualquiera como ejemplo ilustrativo. Nuestro lector hipotético deseaba adquirir una de las obras más divulgadas en ese período: *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce* de Jean Jacques Barthélemy, presente en numerosas bibliotecas particulares del Río de la Plata (Mariano Moreno estaba traduciendo esta obra pocos días antes de morir). Su obtención requería varias etapas y una dosis importante de paciencia. En primer término, debía ser un individuo alfabetizado y con cierta pericia en la lectura. Si bien no existen estadísticas confiables, sin duda, la mayor presencia de lectores se concentraba en la zona céntrica y comercial de la ciudad. En esta instancia, la lengua en la cual estaba escrita la obra no era un obstáculo, ya que desde la década pasada existía una versión española de Pablo Sandino de Castro. De todos modos, la comunidad francesa en Buenos Aires, si bien no muy numerosa, era significativa. Nuestro hipotético lector, bien pudo formar parte de esa comunidad o dominar el francés.

En un segundo momento, una vez determinada la obra, el interesado debía dirigirse a uno de los tantos negociantes o consignatarios afincados en la plaza porteña. Tal

como hemos visto, uno de los más prominentes, por el volumen de sus importaciones, fue la firma de los hermanos Larrea. Estos registraban los pedidos de una gran variedad de comerciantes y de particulares, de ahí que los libros se vendieran en ámbitos aparentemente incompatibles como pulperías, tiendas, mercerías, etc. Una vez colmadas todas las solicitudes se cursaban a algún puerto europeo o estadounidense. También se daba el caso de que el pedido se hiciera por un intermediario, tanto un librero como el dueño de una tienda o un particular mayorista.

En una tercera etapa, luego de unos meses, se producía el arribo del barco con gran cantidad de mercancías, entre las que se encontraba el embarque de libros. Un aviso de *La Gaceta Mercantil* nos ilustra este caso cuando, el 12 de diciembre de 1825, se informa al público porteño que había entrado en el puerto el “bergantín francés Jean d’Arc”, proveniente de “Havre de Gracia”, y que había sido consignado por Larrea Hermanos. Entre las más variadas importaciones que había cursado esta firma comercial, dos se destacan especialmente, pues en el detalle de la “lista de entrada” se señalaba la existencia de dos cajones de libros tanto para Ramón Villanueva como para Lezica Hermanos.

Si nuestro potencial lector había encargado el libro de las aventuras de *Anacharsis* a Villanueva o Larrea, no tenía más que llegar hasta ellos y retirar su obra. Caso contrario, si la había pedido a un librero, debía concurrir a su librería y así cerrar el trato inicial abonando el resto de la seña o el total de precio convenido. No obstante, existían otras oportunidades. Los libros implicaban onerosos gastos y, las más de las veces, no estaban al alcance de muchos lectores. En estas instancias, la Biblioteca Circulante de Henry

Hervé, o el Gabinete de Lectura de Duportail Hermanos, brindaban la oportunidad de llegar al libro deseado mediante una pequeña erogación monetaria o, como en el caso de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, leerlo en forma gratuita.

Muchos libros de la época hoy se encuentran depositados en varios repositorios particulares o en acervos abiertos a los investigadores, como la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso, o en varias bibliotecas académicas. Resulta conmovedor, cuando se tiene una de estas obras en las manos, imaginar la reconstrucción de este fatigoso pero apasionante periplo que debía seguirse para obtener el libro que un lector deseaba. En otras oportunidades la emoción es aún mayor, pues muchos libros de ese entonces poseen marcas, subrayados y comentarios manuscritos en sus márgenes (*marginalia*), lo que confirma que fueron intensamente leídos y habitaron con vida propia en los afanes cotidianos de sus poseedores.

## LECTURAS POTENCIALES

Uno de los problemas que debe enfrentar la Historia de la Lectura tal como se ha esbozado en la introducción, se centra en un hecho puntual y definitorio: la mayoría de las lecturas debe inferirse, por extensión y potencialmente, a través de los catálogos de las librerías, de los ficheros de las bibliotecas públicas y privadas, de los avisos de libros en venta, y de los inventarios de bienes ante un fallecimiento. Esto significa que es posible puntualizar qué obras se podían adquirir en la década del veinte en Buenos Aires; pero, por otra parte, resulta imposible saber, a ciencia cierta, si esos títulos fueron comprados y leídos. La historia de los lectores gira, pues, alrededor de esta tensión pautada

por los estudios cuantitativos (identificación estadística de obras y autores en existencia) y los estudios cualitativos o interpretativos (análisis de las distintas prácticas y apropiaciones de los textos manuscritos e impresos).

No obstante, los datos que se poseen de las obras en venta constituyen, aunque sea por propiedad transitiva, un repertorio de primera mano para conocer las posibles lecturas de los porteños de entonces. Dentro de estos límites, en una apretada síntesis estadística, es posible señalar algunas de estas lecturas “conjeturales”.

Entre los autores citados con mayor frecuencia en el período estudiado, tanto en avisos como en catálogos, es necesario mencionar a los siguientes: Pierre Théophile Robert Dinocourt, Charles Paul de Kock, Jeremy Bentham, Walter Scott, Étienne Léon de Lamothe-Langon, Jacques Henri Bernardin de Saint-Pierre, Jean Jacques Rousseau, Voltaire, Miguel de Cervantes Saavedra, Charles Antoine Guillaume Pigault-Lebrun, Montesquieu, Alain René Lesage, Holbach, Fénelon, Emmanuel Las Cases, Stéphanie Félicité de Genlis, Dominique Dufour de Pradt, y otros muchos. Es significativo, además, consignar la nacionalidad de los escritores. De este modo, casi un 80 % de las obras ofrecidas correspondían a autores de tres nacionalidades: francesa, española, e inglesa. Resulta interesante, por otra parte, abordar las tendencias temáticas de los volúmenes ofrecidos en la plaza porteña. Durante la primera década revolucionaria, entre 1810 y 1819, la bibliografía que predominó, aparentemente, fue la histórica y la política (en especial los títulos sobre Napoleón). Luego, en el decenio siguiente, esta tendencia se orientó hacia los títulos literarios, en especial la literatura francesa y el surgimiento de la novela como un fenómeno

También se produjeron otros cambios de relieve. Las obras de temática religiosa, que habían ocupado las mayores preferencias, cedieron ante otras asignaturas, tales como las ciencias sociales, y las ciencias puras y aplicadas. Quizá el elemento que pautó estos cambios fue la extraordinaria apertura comercial de Buenos Aires, donde las comunidades extranjeras (anglosajones y franceses) jugaron un rol de cierto liderazgo en la importación de libros. La presencia de grandes cantidades de títulos trajo como colación otro elemento vital para el desarrollo de la lectura: la variedad temática de las obras ofrecidas y su actualidad con respecto a su aparición en Europa.

Aún resta un estudio detallado sobre la influencia de estos libros y su papel en el desarrollo del Romanticismo en el Río de la Plata. Pues en cierto sentido amplio, estas obras fueron precursoras de Esteban Echeverría.

#### UNA APROXIMACIÓN A LAS PRÁCTICAS DE LECTURA

Las prácticas de lectura se encuentran íntimamente relacionadas con las distintas estrategias que los lectores diseñan para obtener los libros, pues este complejo tejido de los modos de llegar a los textos constituye la base con la que se gestan las apropiaciones del mundo tipográfico. En cierta medida, cuanto más desarrolladas sean las estrategias para obtener una obra como objeto material, mayores serán sus posibilidades de lectura.

El relevamiento de los usos que establecen las distintas “fronteras móviles” para apoderarse de los libros constituye, indudablemente, una aproximación provisional y en constante construcción. Una topografía escurridiza y extensiva en cuanto a sus inferencias. Pues no es posible

identificar, fehacientemente, dónde termina la obra poseída de aquella otra que ha sido sometida a una práctica lectora. Por otra parte, en este ámbito existe otra realidad no menos tangible y decisiva: el universo de la escritura encubierta, dialécticamente, en el acto de leer.

Resulta, entonces, complejo determinar en la actualidad la riqueza y variedad de los modos de apropiarse de los libros por parte de los lectores porteños durante el período de 1820 a 1829. No obstante, en el momento de la identificación de sus características, aunque éstas participen de cierta subjetividad inevitable, es posible inventariar ese conjunto de “expresiones textuales”.

Entre las numerosas prácticas que definen la conducta de los individuos ante el fenómeno de la lectura, es necesario detenerse en las siguientes: el canje de impresos, las obras buscadas y solicitadas por diversos medios, los títulos prestados, los libros hurtados y los perdidos, las liquidaciones o “baratillos”, el papel desempeñado por los coleccionistas, las encuadernaciones, la presencia de catálogos en los comercios librerías, los modos con que los lectores marcaban y escribían en los impresos de su propiedad, los lugares públicos o privados de la lectura, los reglamentos de uso y el orden de los libros en las bibliotecas, el estudio de los distintos tipos de lectura (en voz alta y silenciosa), el rol de las imprentas y los oficios relacionados con la tipografía, la presencia o la escasez del papel, los aspectos inevitablemente sociales del mundo de los libros (la capacidad para leer y escribir), la publicidad y la presencia en los medios gráficos de los títulos en venta, la intertextualidad lectora en la mención (explícita o no) de otros autores leídos o citados en un texto impreso, etcétera.

Todos estos temas intentan, muy parcialmente, responder a una serie de interrogantes: ¿cómo se leía?, ¿en qué condiciones sociales?, ¿con qué finalidad?, ¿para qué?, ¿con qué modalidades?, ¿cuáles eran los distintos grados de habilidad en la lectura?, ¿en qué momento y en qué entorno se podía o se intentaba leer?, ¿cómo y por qué, en definitiva, se manifestaban las diversas prácticas de los lectores porteños de entonces? Una serie de preguntas que se encuentran íntimamente relacionadas con la historia de la cultura moderna y, especialmente, con la microhistoria. Un mundo en apariencia pequeño, aunque capaz de dar respuesta, a través de los estudios de las representaciones de la vida cotidiana, a la construcción de la historia de la sensibilidad y de la subjetividad del hombre ante el universo impreso.

Se intentará, pues, dar algunos ejemplos que respondan a estas preguntas sobre los modos de apropiarse de la cultura impresa. Una de las prácticas más habituales, cuando se necesitaba un libro que no se encontraba en venta o en una biblioteca, consistía en apelar a su solicitud a través de un aviso en la prensa. Existen numerosos casos de estos usos. Uno de los más interesantes fue la persona que publicó una nota en la cual manifestaba su imperiosa necesidad de conseguir un conjunto de “libros místicos” (GM, 19 oct. 1926). Todo hace suponer que se trataba de un llamado algo desesperado o, al menos, con poca probabilidad de éxito. No obstante, cuarenta y ocho horas después, en el mismo diario, su lector gemelo o su benefactor comercial, Saturnino Álvarez, le contestó que en su casa, sita en el número 80 de la calle Maipú, había una gran cantidad de libros místicos y “otros muchos de igual utilidad”. Estas situaciones señalan el dinámico grado de alfabetización

impresa que poseían muchas de las personas que participaban en el universo del libro.

El canje de obras fue una actividad practicada con asiduidad por muchas librerías porteñas. Este modo de obtener los libros es muy importante, pues evidencia, sin duda, el acto de una lectura real y factible, y no la presencia pasiva de un título en el inventario de una biblioteca o de una librería, de la que se deduce su uso aunque se carece de pruebas fehacientes de su lectura. Un ejemplo característico de esa modalidad de intercambio es el caso de la Librería de Antonio Gómez de Castro y de Joaquín Viñales (el antiguo negocio de Osandavaras). Estos librerros, en agosto de 1827, informaron al público porteño que compraban o cambiaban todo tipo de libros. El canje de obras, entonces, facilitó y amplió el acceso al universo de lo impreso.

Pero otras conductas son aún mucho más ilustrativas de la variedad de formas con que los habitantes de Buenos Aires se apropiaban de los libros que querían. Los lectores, en muchas ocasiones, saciaron sus necesidades por medios heterodoxos. La prensa de la época posee abundantes menciones, ya referidas a libros misteriosamente desaparecidos de algunas bibliotecas particulares, ya relacionadas con hurtos que superaban las normas del decoro y de la urbanidad entre personas “ilustradas”. El diplomático John Murray Forbes, representante del gobierno de Estados Unidos en Buenos Aires, publicó un inequívoco reclamo de devolución al solicitar que “cualquier caballero” que tuviera en su posesión el volumen 30 de “Niles Weekly Political Register”, perteneciente a su biblioteca particular, “se hallaba obligado a devolver el mismo” (GM, 12 mayo 1828).

En cambio, otros propietarios optaron por desplegar una política más disuasiva y seductora que Forbes. Estaban convencidos de que la recuperación de sus libros dependía, además, de una pequeña erogación pecuniaria, pues así era posible premiar al “distraído” que había retirado los libros. Una breve noticia aparecida en el diario *The British Packet* (1º de agosto de 1829) nos informa sobre un lector volteriano que, bajo el lacónico epígrafe de “Perdidos”, reclamaba la devolución de “tres tomos de las obras de Voltaire”. A continuación agregaba, convencido ante las posibilidades de su éxito, una buena dosis de dramatismo: “Se suplica al que los tenga en su poder se sirva remitirlos a las oficinas de *La Gaceta Mercantil*, en la inteligencia de que si los ha comprado se le abonará la cantidad que haya pagado. Si se ofrecen en venta se ruega sean retenidos y que se les avise”.

Los libros perdidos también fueron un “tópico impreso” caro a los porteños. Un lector apasionado por la literatura napoleónica perdió, a comienzos de 1828, en la “Botica de la Plaza de la Victoria”, nada menos que “el primero y segundo tomo de la Vida de Napoleón”, según un aviso que publicó en *La Gaceta Mercantil*. Luego de invocar las suplicas correspondientes para la inmediata devolución, no dudó en gratificar con 20 pesos (una cifra importante para la época) a la persona “que supiere de ellos”.

Otro modo de “hacerse” con una buena cantidad de volúmenes a precios más accesibles, eran los famosos “baratillos o quemazones” de libros. Durante la década estudiada en varias librerías y, fundamentalmente, en lugares ocasionales de venta de impresos se llevaron a cabo estas liquidaciones de todo tipo. Incluso, en varias oportunidades, las “quemazones” estaban dirigidas a un lector especializado;

tal el caso de los “baratillos de libros de jurisprudencia, medicina, y otras facultades”, que se ofreció “á los abogados y amantes de las letras”, en la calle de las Torres No. 289, en junio de 1828.

No obstante, los caminos de las diversas representaciones de la cultura impresa, incluyen otros tipos de conducta hacia el libro. Dos de ellas se oponen por sus orientaciones disímiles. En primera instancia, la sutileza que adquieren las modernas prácticas de la lectura llevan a coleccionar los textos, en cuanto obras raras, escasas y, por ende, valiosas. Se sabe, por ejemplo, que un coleccionista anónimo, cuya casa estaba en Florida 107, solicitó a sus vecinos, mediante un aviso, que estaba dispuesto a comprar “el Telégrafo, el Semanario de Agricultura, y otros periódicos antiguos impresos en Buenos Ayres desde 1810”, así como “todos los papeles sueltos y otras publicaciones hechas desde aquella misma época” (GM, 4 jul. 1827). Y en un segundo momento, como contrapartida necesaria a este afán coleccionista, la actitud práctica y expeditiva del ámbito de los negocios, del libro como objeto inapelablemente comercial. Un lacónico pero ilustrativo aviso confirma esta actitud. A fines de 1827, poco después de la altruista conservación de impresos de nuestro desconocido bibliófilo, se notificaba la existencia de una verdadera ganga impresa en la calle Suipacha No. 7. El aviso decía que allí se encontraban en venta a precios tan bajos que aún “harán cuenta al comprador aunque los destine para papel de envolver”, la no desdeñable cifra de “500 a 600 libros antiguos” (GM, 28 dic. 1827).

Los ámbitos del libro y la lectura eran, pues, muy variados; abarcaban, además, otros usos y costumbres de la cultura impresa, tales como la encuadernación, el manejo y

dominio de otras lenguas para ejercer la traducción, la difusión de los materiales especiales (mapas, cartas náuticas, planos), los oficios relacionados con la imprenta, la lectura y la escritura en la interacción maestro-alumno, etcétera.

Los libros poseían, por otra parte, sus rutas secretas e invisibles. Una de las más ricas y apasionantes estuvo representada por el préstamo particular entre uno o más lectores. En una plaza donde los libros eran afanosamente buscados con el objeto de conocer alguna novedad editorial, el préstamo entre conocidos y amigos, así como la lectura compartida, fueron actividades muy frecuentes. Poco después de la muerte de los hermanastros Matías Patrón (1784-1822) y Ramón Díaz (1796-1824), una noticia informaba que en sus “librerías” se encontraban “algunos libros que no fueron de su propiedad”. El intercambio o el préstamo de obras era, entonces, una práctica constante y habitual que enriqueció y amplió, notablemente, el campo de lectura de muchos individuos.

En varios casos, estas modalidades de relacionarse con los libros, adoptaban ciertas sutilezas propias de la modernidad. Muchas obras de ese entonces guardan en sus páginas el paso de los sucesivos lectores. De modo tal que es común hallar en estos volúmenes los vestigios o las marcas de su lectura. Los textos impresos eran subrayados, comentados, marcados, tildados e incluso sus guardas servían para todo tipo de notas, tanto pertinentes a la misma obra, como ocasionales rastros de escrituras o dibujos ajenos a ella. Este conjunto de “señalizaciones” del acto de leer ha motivado un nuevo tópico en la Historia de la Lectura: los estudios denominados “marginalia”. Asimismo, las firmas autógrafas y los ex libris, denotaban el acto de posesión del libro como un bien individual.

En la Biblioteca Nacional se encuentra el único ejemplar conocido del *Catálogo de la Librería Duportail Hermanos*. Esta pieza bibliográfica, fundamental para identificar los títulos que se hallaban en venta en Buenos Aires, posee un valor agregado de real interés: varios de sus asientos bibliográficos están tildados. Este hecho resulta significativo, pues no se trata, exclusivamente, de una enumeración de obras cuya posterior lectura no se puede afirmar. Los tildes, en este caso, nos informan de una intencionalidad manifiesta de un determinado lector anónimo, ya sea porque le interesaban esos libros, ya porque luego adquirió alguno de ellos, ya porque los tenía y deseaba destacarlos de los que no poseía. Lo que interesa rescatar, en este momento, es el hábito o la práctica que tenía ese lector anónimo para apoderarse de los libros de su interés.

Los modos de leer también se manifestaron en los distintos espacios públicos de la ciudad. En una sociedad donde la escritura y la lectura pautaban y determinaban los diversos grados de comunicación entre los individuos, la presencia de la civilización escrita e impresa formaba parte de una constante que se manifestaba en todos los aspectos de la vida cotidiana. Buenos Aires poseía una abigarrada muestra de estos elementos, tales como los avisos publicitarios en las calles, las proclamas y los impresos menores leídos en voz alta en numerosos actos de gobierno o en la ejecución de los homicidas, los carteles que identificaban a los distintos negocios, las lecturas compartidas en las tertulias hogareñas, la circulación de manuscritos e impresos sobre temas de política coyuntural o de libelos difamatorios, la escritura arquitectónica de las fachadas de varios edificios de la ciudad (en el parte superior del escenario, en el teatro más importante de la época, estaban escritas las

siguientes palabras: “La Comedia es espejo de la Vida”), las famosas “cédulas” manuscritas de las fiestas de San Pedro (en las que se redactaban versos de ocasión y las notas se leían en forma colectiva), la escritura (formal y retórica) de las invitaciones “para los días de recibir”, los álbumes en blanco de las “señoritas casaderas” (donde se destacaban las poesías, las sentencias agudas y las adivinanzas), la correspondencia entre amigos y las sutilezas del intercambio epistolar comercial, entre otros muchos casos.

A todo esto debe agregarse, pues los que dominaban la lectura formaban parte del sector “culto” de la sociedad, los medios con que se movían los habitantes “no letrados” para apropiarse, a su modo, de la facultad de leer a través de mediadores. Era habitual que individuos alfabetizados leyeran a aquellos que no podían hacerlo. Los versos y relaciones gauchescas, los partes y las órdenes en el ejercicio de las armas, las noticias notables de los “papeles de la plaza” (los diarios), siempre fueron instancias propiciadoras para la presencia de un mediador lector. Así, los que no leían, que eran muchos, podían participar, aunque en una forma vinculada con la oralidad, en el fenómeno de la civilización escrita e impresa.

Por último, dos ejemplos sobre la riqueza de este universo sutilmente delimitado por la escritura, la lectura y el ámbito tipográfico. La ciudad contaba con varios cafés que eran “dignos de mención”, según el autor de *Cinco años en Buenos Aires*, tales como el “San Marcos” (otra denominación del establecimiento de Pedro José Marcó), el “Catalán”, el “espléndido Café de la Victoria” y el “Martín”. Una verdadera multitud se agolpaba alrededor de las mesas y muchos parroquianos se dedicaban a jugar al billar. En medio de ese tumulto vivaz, despreocupado,

donde el ocio y la alegría compensaban de las tareas rutinarias, se destacaba el “vistoso papel” de las paredes de alguno de los cafés mencionados, que reproducía varios episodios de las andanzas de *Don Quijote*, uno de los íconos de la cultura literaria impresa. Así pues, el mundo del libro, en forma escurridiza y silenciosa, se extendía en casi todas las instancias de la cotidianidad, tanto entre individuos alfabetizados como en la esfera de los aparentemente excluidos.

En segundo lugar, y vinculado con lo anterior, la presencia de la lectura en un momento de penalización y castigo. En 1824, el grabador Marcelo Valdivia falsificó numerosos “villetes” de papel moneda. En esa ocasión, pues en 1825 reincidiría y sería fusilado en la plaza del Retiro, su pena consistió en la exposición pública. Se lo sentó en un banco de la plaza por cuatro horas con los billetes por él falsificados. Luego, para escarmiento de los habitantes de Buenos Aires, tanto para aquellos que sabían leer como para aquellos que recurrieron a un mediador, se le colocó sobre su pecho el letrero siguiente: “Por falsificador”.

Al cerrarse esta década es factible suponer que la ciudad vivía inmersa, a pesar de su modestia, en un devenir constante de la civilización manuscrita e impresa. Los lectores fijaban sus propias prácticas y representaciones de ese universo, cuya complejidad crecía en variaciones múltiples y corales; donde la intimidad lectora individual convivía, intensamente, con la participación grupal del texto leído en voz alta. Un mundo, donde los que no poseían la capacidad de leer se las ingeniaban para apropiarse de parte de la cultura tipográfica, ya sea a través de un mediador o de la tradición oral... pero también un ámbito muy limitado en su distribución social del acto de escribir y de leer.

Sin embargo, para aquellos que exploraban y conquistaban la textualidad de los discursos (manuscritos o impresos), los lugares y los horizontes del libro y de la lectura se trasformaban en algo único y gregario; en una instancia ya azarosa en cuanto a sus vicisitudes últimas, porque los lectores, al igual que los libros, parafraseando muy libremente el aforismo latino de Terenciano Mauro, *tenían, tienen y tendrán su propio destino*.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arrieta, Rafael Alberto. 1955. *La ciudad y los libros*. Buenos Aires: Librería del Colegio. 207 p.
- Batticuore, Graciela. 2005. *La mujer romántica: lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa. 366 p.
- Bilbao, Manuel. 1981. *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones Dictio. 356 p.

- Blondel, J. J. M. 1825. *Almanaque político y de comercio de la ciudad de Buenos Ayres para el año de 1826*. Buenos Aires: Imprenta del Estado. 305 p.
- Blondel, J. J. M. 1829. *Almanaque de comercio de la ciudad de Buenos Aires para el año de 1829*. Buenos Aires: Imprenta del Estado. 133 p.
- Buonocore, Domingo. 1974. *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker. 260 p.
- Burke, Peter. 2001. *La cultura popular en la Europa Moderna*. Madrid: Alianza. 445 p.
- Burucúa, José Emilio. 2006. *Historia y ambivalencia: ensayos sobre arte*. Buenos Aires: Biblos. 223 p.
- Catálogo de la Librería de los Sres. Duportail Hermanos. 1829. Buenos Aires: Imprenta Argentina (Calle de Las Piedras, número 31). 19 p.
- Chartier, Roger. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza. 314 p.
- Chartier, Roger. 1999. *El mundo como representación: estudios sobre Historia Cultural*. Barcelona: Gedisa. 276 p.
- Cinco años en Buenos Aires, por Un inglés. 1962. Pról. de Alejo B. González Garaño. Buenos Aires: Solar. Hachette. 192 p.
- Cuczza, Héctor Rubén, dir. 2002. *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila. 344 p.
- Darnton, Robert. 1996. *Historia de la lectura*. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- Frenk, Margit. 2005 [1997]. *Entre la voz y el silencio: la lectura en tiempos de Cervantes*. México: Fondo de Cultura Económica. 222 p. (Colección Lengua y Estudios Literarios).
- La Gaceta Mercantil: diario comercial, político y literario*. Editores responsables: Santiago Kierman y Esteban Hallet. Buenos Aires: Imprenta de E. Hallet. No. 1 (1823) – no. 8473 (1852). Período consultado: 1823-1829.

- Ginzburg, Carlo. 1999. *El queso y los gusanos*. Barcelona: Mu-chnik. 251 p.
- Jackson, H. J. 2001. *Marginalia: readers writing in books*. New Haven, Conn., and London: Yale University Press. 324 p.
- Parada, Alejandro E. 1998. *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (UBA-FFyL). 174 p. (Cuadernos de Bibliotecología; 17).
- Parada, Alejandro E. 2005. *El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1829*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 192 p.
- Petrucci, Armando. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa. 319 p.
- El salón literario*. 1958. Estudio preliminar de Félix Weinberg. Buenos Aires: Hachette. 198 p.
- The British Packet; de Rivadavia a Rosas; I: 1826-1832*. 1976. Trad. notas y estudio preliminar de Graciela Lapido y Beatriz Spota de Lapieza Elli. Buenos Aires: Solar. Hachette. 464 p.
- Torre Revello, José. 1943. *El café en el Buenos Aires antiguo*. En *Logos*. Año 2, no. 4, 225-234.
- Ugarteche, Félix de. 1929. *La imprenta argentina: sus orígenes y desarrollo*. Buenos Aires: Tall. Gráf. R. Canals. 909 p.
- Urquiza Almandoz, Oscar F. 1972. *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica: desde 1810 hasta 1820*. Buenos Aires: Eudeba. 580 p.
- Verdevoye, Paul. 1994. *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras. 541 p.
- Weinberg, Félix. 2000. *Antecedentes y evolución del romanticismo argentino*. En *Investigaciones y Ensayos*. No. 50, 449-468.

# 4

## EXPANSIÓN DE LAS PRÁCTICAS DE LECTURA



CULTURA IMPRESA  
Y VIDA COTIDIANA  
EN EL BUENOS AIRES  
DEL CENTENARIO (1910)

LA CULTURA impresa en el Buenos Aires del Centenario de la Revolución de Mayo (1810-1910) ha sido estudiada en varias ocasiones. Si bien no existe un estudio amplio y sistemático del mundo del libro de ese período, varios autores han contribuido a su conocimiento. No obstante, estos aportes son parciales, dispersos en historias generales de la literatura o se encuentran dentro de obras históricas relacionadas con dicha conmemoración. Se trata de una literatura escasa, poco desarrollada y sumamente heterogénea. A todo esto se debe agregar un hecho alarmante: además de la falta de un aporte global y social sobre la Historia de la Lectura en el Buenos Aires de 1910, los estudios existentes se han ocupado exclusivamente de la cultura impresa culta. Las lecturas de otros sectores sociales son, pues, poco o nada conocidas. Hasta el presente las voces que se han escuchado son aquellas que han podido, por diversos motivos, expresarse y perdurar como las más lógicas y aceptadas a lo largo del siglo XX. Esta situación es lógica, ya que su identificación y presencia en los documentos se ha caracterizado por la frecuencia de sus apariciones. El discurso de nuestra historia literaria formal siempre las tuvo en cuenta y, en cierta medida, las entronizó.

Sin embargo, también existieron en el Buenos Aires del Centenario otros lectores y otras lecturas que provenían de voces menos prominentes; es decir, de aquellos segmentos sociales “medios”, “populares”, o “no cultos”. Nos referimos a la cultura impresa del hombre promedio o, simplemente, a los menos alfabetizados. Lectores cuya actitud ante la lectura es hoy de difícil apropiación para su estudio y comprensión, pues fueron el producto de una época determinada, signados, en buena medida, por su caducidad y por el papel subalterno y menor al cual fueron destinados.

Pero sería erróneo o ilusorio plantear un enfrentamiento discursivo y de prácticas de lectura entre la cultura de elites y la popular. La historia de la lectura, en el presente, ha abandonado dos orientaciones que en el pasado habían constreñido su visión del mundo impreso; por un lado, los estudios exclusivamente estadísticos, subordinados a un panorama cuantitativo del fenómeno de la lectura; y por otro, la necesidad de eludir el concepto historiográfico que establecía una fuerte división entre las prácticas de lectura cultas e iletradas. Por el contrario, los intercambios, los entrecruzamientos, los horizontes de concurrencia diagonal entre los sectores sociales, fueron mucho más habituales de lo se creía en un primer momento. Inclusive, grupos parcialmente alfabetizados, podían acceder a ciertas lecturas y prácticas que en apariencia eran propias del ambiente culto, y viceversa. Debemos pensar que el fenómeno de la lectura en la modernidad es de una complejidad que excede los estudios cuantitativos y la comodidad de los grupos sociales.

El presente trabajo intenta rastrear, principalmente, aquellas lecturas y lectores poco conocidos en tres medios

de la prensa periódica para el año 1910: *Caras y Caretas*, *PBT*, y el diario *La Prensa*. Se han elegido estas fuentes porque representan los títulos más divulgados de esa época y, fundamentalmente, debido a que abarcan un amplio espectro de intereses sociales. Las prácticas de lectura de los lectores registradas en esas publicaciones fueron “diagonales” desde el punto de vista social. Dentro de estas fuentes se ha puesto especial hincapié en los avisos y en otras noticias “menores”, pues son en ellos donde se manifiestan con mayor claridad los hábitos de lectura.

Finalmente, es oportuno mencionar el alcance de la terminología empleada. El uso de conceptos y vocablos como “cultura docta o letrada” o “cultura de elites o culta”, así como “cultura popular” o “sectores iletrados” son, en el mejor de los casos, elementos de identificación de ciertos estamentos sociales, que no pretenden incursionar en un horizonte discursivo e ideológico, intencionalidad que no persigue el presente trabajo.

## LA ÁVIDA LECTURA DE LOS CATÁLOGOS

La diversidad de las prácticas es uno de los elementos que definen a los hábitos de lectura en su contexto de modernidad. Los lectores porteños del Centenario no sólo dominaban las habilidades derivadas de la cultura textual, sino que también comenzaban a dar sus primeros pasos en el contexto de la lectura de imágenes. Es justamente en esta época cuando la prensa periódica incorpora fotografías en sus páginas. Este fenómeno tuvo múltiples consecuencias en el complejo mundo de la apropiación y manipulación de la lectura. Una de ellas fue precisamente la aparición de los “catálogos”. Los grabados y fotografías, ahora intercalados

con textos explicativos, poseían una cuota de seducción desconocida hasta ese entonces. De tal modo que para la época del Centenario se produjo una explosión impresa de esta clase de literatura. Los diarios y revistas llenaban literalmente sus páginas de catálogos de todo tipo, ofreciendo al público lector los más variados productos.

En septiembre de 1910 la conocida *Tienda San Juan*, ubicada en Alsina y Piedras, publicó un aviso en el cual se ofrecía un catálogo “ilustrado” de importantes características:

“Apareció nuestro Gran Catálogo General de Primavera y Verano. (...). Este catálogo es una enciclopedia de artículos prácticos y de novedad para las familias (...). Consta de 280 páginas y se remite gratis franco de porte a cualquier punto de la República.”

El anuncio reproducía una imagen: dos jóvenes mujeres leyendo atentamente el catálogo (La Prensa, 15 sept. 1910). Dicho aviso era en sí mismo un paradigma de los innumerables anuncios que proliferaron en las publicaciones de ese período, la mayoría de ellos delineados con patrones idénticos.

Los catálogos brindaban a sus lectores una lectura fácil y utilitaria, incorporando la novedad cautivante de la imagen. Se trataba de una lectura pragmática destinada a aquella franja de ciudadanos con suficiente poder económico como para adquirir los productos ofrecidos. No obstante, esto no vedaba la posibilidad de que todos los sectores sociales, en líneas generales, pudieran acceder a ellos, ya que se remitían en forma gratuita. La profusión de los avisos publicitarios que ofrecían estos productos y la puja por destacar y presentar el mejor catálogo, permite suponer que no sólo eran ávidamente esperados sino que

además circulaban en gran número y extensión. Aunque estaban destinados al público en general, su horizonte era el ámbito femenino y familiar. Por otra parte, la calidad del catálogo estaba dada por tres elementos: la cantidad de ilustraciones, el número de páginas y la presentación como libro, pues la mayoría eran folletos de calidad tipográfica variable. Se trataba de una literatura efímera (*ephemera*), pero de amplia y notable difusión, pues en muchos casos, tal como en el anuncio de la Tienda San Juan, eran distribuidos gratuitamente en todo el territorio nacional.

Además de los catálogos estrictamente comerciales, dada su notable circulación, existieron algunos que mezclaron la lectura con la compra de ropa u otros enseres. Un caso notable fue la conocida tienda *La Argentina*, de A. de Micheli y Cía., especializada en artículos de hombres y niños, la que remitía junto con su catálogo de prendas otro “de los libros que regalamos”. La novedad estaba dada en el hecho de que esta firma brindaba libros por cada compra que se realizara. El presente aviso fue un ejemplo entre los muchos que publicó dicha firma:

“Regalamos novelas a todos los compradores en razón del 10 % sobre el importe total de sus compras en artículos de nuestra casa. Nuestros clientes pueden elegir los libros que deseen entre más de 600 obras y novelas, todas editadas por la casa MAUCCI Hnos., figurando entre ellas los mejores autores nacionales y extranjeros (...) No olvide Ud. que comprando en nuestra casa puede formarse una biblioteca completa sin gastar un solo centavo” (Caras y Caretas, no. 626, 1 oct. 1910; no. 624, 17 sept. 1910; no. 628, 15 oct. 1910; n° 637, 17 dic. 1910).

Es así como todas las firmas comerciales medianas y grandes los adoptaron como vía de difusión de sus productos. *Gath & Chaves, A la Ciudad de Londres, La casa*

*ideal de los novios, A la Ciudad de México, Al Palacio de Cristal, Los lutos*, fueron algunas de las firmas más conocidas que apelaron a su uso (Crf. CC, no. 602, 16 abr. 1910; no. 624, 17 sept. 1910, no. 623, 10 sept. 1910; LP, 7 jul. 1910). Se trató, en definitiva, de una *política de marketing* que sin buscarlo creó e impulsó la presencia de un enorme grupo de lectores, abocados todos a la rápida, efímera y utilitaria lectura de los catálogos, una de las prácticas de lectura más comunes en el Centenario.

## LOS AVISOS Y LAS CONFERENCIAS

Hacia 1910 Buenos Aires tenía 1.270.234 habitantes; un poco más de la mitad (el 51%) pertenecían a colectividades extranjeras y, aproximadamente, el 25 por ciento poseía una lengua distinta al español; en cuanto al analfabetismo, el mismo ascendía en la capital al 11 por ciento (el censo de 1914 arrojó un guarismo de 35 por ciento para toda la República Argentina).

El Buenos Aires del Centenario era una sociedad cosmopolita y conflictiva en sus múltiples y dispares intereses. El texto urbano había adquirido una complejidad lingüística fuertemente extranjera, lo que motivó una reacción nacionalista por parte del poder político. Un ejemplo fue la aparición en 1909 de *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas, un intento argentino de regresar a las fuentes de la raza hispánica; acompañado, además, por el culto a la historia patria y a los prohombres y héroes de Mayo, como fue el caso del libro escolar de Carlos Imhoff y Ricardo Levene: *La historia argentina de los niños en cuadros*. Para los sectores gobernantes la inmigración se había convertido en una avalancha humana de difícil

contención y comprensión. Aquellos dirigentes patricios, ahora embebidos de una filosofía positivista algo decadente y con una fe sin límites en el futuro progreso y liderazgo de la República Argentina, carecían, al parecer, de cierta dimensión de otredad: no podían o no querían comprender al otro.

De este modo, el contexto y el imaginario ciudadano aparecen signados por varias fuerzas encontradas y en abierta pugna. Uno de los elementos de esta confrontación urbana fue, indudablemente, de índole lingüística: la necesidad que poseían muchas comunidades extranjeras de apropiarse rápidamente del español como herramienta de trabajo, de subsistencia y de integración social.

Es, pues, en este punto, donde se desarrolló una incipiente, aunque sostenida, lectura oral y colectiva, tanto por las comunidades que no hablaban el español como por la franja social de analfabetos, gracias, fundamentalmente, al anuncio publicitario o al aviso.

Resulta conmovedor, bajo todo punto de vista, recorrer las páginas de los diarios más importantes de la época y observar los ofrecimientos de trabajo en sus “secciones clasificadas”. Una prueba de ello fue *La Prensa* de esa época. La primera plana y las páginas siguientes estaban dedicadas, entre otros menesteres, a los “oficios diversos y de servicio doméstico”, tanto ofrecidos como pedidos. El aprendizaje del español muchas veces se daba por intermedio de estos ofrecimientos o pedidos laborales, debido a la lectura en voz alta y generalmente en forma colectiva que realizaban individuos más avezados en el dominio del español ante otros que carecían de estas habilidades. Este fenómeno, vinculado con la necesidad de supervivencia social, también se daba en las fábricas y en las calles. Los

avisos de solicitud de empleo y los carteles de propaganda fueron, al parecer, las primeras lecturas que realizaron los inmigrantes que llegaron a Buenos Aires. También tuvieron un papel importante los diarios y periódicos relacionados con las distintas colectividades, pues el aislamiento lingüístico de los primeros tiempos del aprendizaje debía ser subsanado con lecturas propias en la lengua materna. Así, un elemento aparentemente vacío como el aviso, se transformó en moneda corriente de intercambio lector; primero como lectura oral y gregaria ante el grupo familiar o comunitario que buscaba trabajo y, posteriormente, cuando eran mayores las habilidades lectoras, como lectura silenciosa y privada.

Pero la presencia de innumerables anuncios también fomentó la participación en la lectura por parte de los analfabetos. Una noticia de septiembre de 1910 manifestaba esta proliferación al afirmar que la Intendencia Municipal, “debido al exceso de avisos y letreros en las paredes y frentes de las casas”, pensaba en la limitación del aviso (LP, 20 sept. 1910). De modo que la ciudad era una especie de libro abierto con lecturas múltiples y diagonales, donde los analfabetos podían participar de la lectura en voz alta o recreada por sus compañeros alfabetizados.

Otro fenómeno vinculado con los usos gregarios de la lectura fue la conferencia. Durante 1909 y 1910 la ciudad de Buenos Aires contó con la visita de prestigiosas personalidades, tales como Anatole France, Vicente Blasco Ibañez, Ramón del Valle-Inclán, Adolfo Posada, Guglielmo Marconi, Enrico Ferri, etc. Todos ellos, además de otras innumerables actividades, dieron gran cantidad de charlas. Pero no fueron los únicos, pues la exposición pública, generalmente leída ante un vasto auditorio, fue uno de los

eventos de mayor repercusión social de ese entonces. Basta recorrer las páginas de la prensa para observar la magnitud del acontecimiento. La conferencia era, pues, uno de los modos de comunicación más difundida. Y en cierta medida estuvo íntimamente relacionada con las prácticas lectoras, ya que generalmente era un texto escrito leído, en forma pública y oral, ante una vasta concurrencia. Puede afirmarse, en este sentido, que la conferencia fue *la lectura en voz alta* que alcanzó mayor divulgación durante el Centenario, época rica en exposiciones, charlas y discursos de todo tipo. A tal grado que un aviso de julio de 1910 ofrecía en forma impresa, además de adornos y banderas, “discursos para las fiestas patrias” (LP, 8 jul. 1910).

Buenos Aires sufrió una especie de “fiebre discursiva”, donde no sólo los textos invitaban a participar a otros discursos subyacentes, sino que también existió una suerte de retórica de la lectura oral, en una compleja y abigarrada confusión social.

## LAS BIBLIOTECAS

El término ‘biblioteca’ posee tres acepciones aceptadas: “local donde se tiene considerable número de libros ordenados para la lectura”, “mueble, estantería, etc., donde se colocan libros”, y “conjunto de estos libros” (RAE, 2001). Dichos conceptos se encontraban ampliamente representados en los medios gráficos de ese período. No obstante, es interesante observar la imagen que tenían estos medios de la biblioteca, fundamentalmente en sus dos últimas acepciones. Por otra parte, una aproximación a estas características permitirá abordar un tópico poco conocido: rescatar la visión de la biblioteca en el ámbito de la vida cotidiana.

Existen varios avisos que ilustran profusamente esta temática. La firma Thompson, famosa por sus bibliotecas y estanterías, publicó uno de los anuncios más interesantes:

“No se concibe una oficina moderna, llámese estudio, consultorio ó despacho, sin el confort y la apariencia que imponen las necesidades y el criterio de la época. [El anuncio posee un grabado donde aparece una elegante sala de estar con una hermosa biblioteca cargada de libros] LA APARIENCIA ES TRIUNFO. Nuestros muebles de oficina son los más sólidos, elegantes y durables que se introducen. Pídase catálogo ‘F’. THOMPSON, 380 Carlos Pellegrini” (CC, no. 634, 26 nov. 1910).

No se trataba, en esta ocasión, como en el caso de los catálogos, de una presencia utilitaria de la cultura impresa. Nos hallamos ante un fenómeno de prestigio social. La frase en la cual se apoyaba el aviso era, indudablemente, “la apariencia es triunfo”. La biblioteca, de este modo, como conjunto de libros y como mueble, trascendía el ámbito pragmático para adquirir un imaginario de status social. El mensaje publicitario era inequívoco: una biblioteca no sólo consistía en un conjunto de libros para leer, era además una afirmación categórica de la posición ligada con el poder adquisitivo y con el nivel de vida. En definitiva (y acaso en esto radique lo paradójico de la situación), la *apariciencia de leer* era tan importante como la lectura misma. Se reconocía el poder del libro y de las bibliotecas, pero dentro de un ámbito definido por la adquisición materialista de sus usos. La apariencia, lo engañoso, las formas sociales, eran también elementos que definían el umbral de los refinamientos lectores decadentes.

Por otra parte, nuevos anuncios afirmaban otros conceptos de indudable interés. En la mayoría de las publicidades

las bibliotecas respondían a dos necesidades bien definidas: la practicidad funcional de las estanterías y la preservación del libro. En cuanto a la funcionalidad, la moda imponía “las bibliotecas seccionales” (estanterías modulares), es decir, aquellas que se armaban por secciones. Al respecto las noticias fueron elocuentes:

“Las bibliotecas seccionales de Thompson son renombradas por el buen material empleado, trabajo esmerado y simple construcción. La persona poseedora solamente de unos pocos libros no necesita gastar en una biblioteca grande. Compre Ud. justamente el número de secciones necesarias y siga ampliándolas á medida que sus libros aumenten. Es un sistema de utilidad y economía que debe interesar á Ud.” (CC, no. 591, 29 ene. 1910; véase además: CC, no. 602, 16 abr. 1910; CC, no. 630, 29 oct. 1910).

El aviso manifestaba la presencia del libro instalado en la modernidad cotidiana. Aquí no se trataba, al parecer, de apariencias. La lectura y la biblioteca forman parte de la vida diaria y del ámbito familiar. La capacidad en la manipulación de los usos de lectura, ahora exigía, en la medida que se incrementaban las obras, soluciones funcionales y estéticas.

Otro elemento de interés era la estructura de la biblioteca en su diseño como mueble, pues su confección señalaba, en cierta medida, los distintos abordajes del libro y de la lectura en ese entonces. Todos los anuncios poseían un común denominador: las bibliotecas tenían puertas vidriadas. El acceso al libro, en muchas ocasiones, no era directo en el ámbito privado o laboral; era necesario aún eludir ciertos elementos propios de su preservación. El libro y la lectura poseían todavía una actitud reticente; las estanterías no estaban abiertas a todos los apetitos lectores, pues aún

primaba un concepto característico del siglo XIX: la noción conservadora del libro como instrumento de culto.

Pero aunque esta imagen era habitual en el mundo de la promoción y venta de las bibliotecas, no por ello era la única. También fue importante la cálida presencia de la biblioteca en el medio familiar. Prueba de ello fue la publicidad de la conocida *Biblioteca internacional de obras famosas*. Este anuncio agregaba, además, una nueva acepción del término biblioteca: la colección de libros sobre una temática determinada, en este caso grandes obras de literatura de todos los tiempos. La imagen que reproducía el anuncio era, brevemente, la siguiente: un living-comedor de clase media; a la izquierda, la puerta de entrada y una mesa ratona con una palmera; a la derecha, el mueble-biblioteca, con la colección de obras de literatura (la biblioteca hogareña); alrededor de la mesa, la familia lectora: el padre y la madre leen con gran concentración (el ceño fruncido), una joven lee sonriente (al parecer una revista de moda), a su lado un niño y una niña leen con los rostros embelesados. Sin embargo, aún restan algunos elementos paradigmáticos. En primer término, la leyenda de la imagen: “La Biblioteca internacional interesa a todos los miembros de la familia”. Y en un segundo y tercer momento dos imágenes aparentemente contradictorias: un niño pequeño trepando en la *Biblioteca internacional de obras famosas* para tomar un libro del último estante; y coronando tutelarmente este grabado de una familia típica de clase media, un cuadro (pintura) señero y algo austero de José de San Martín (LP, 17 sept. 1910).

Se trataba, en una primera aproximación, de una lectura recreativa y con elementos, aparentemente, de libre elección; no obstante, en el fondo planteaba una libertad

restringida, ya que las formas o tipos de lectura de cada sexo y edad eran aún muy marcados. La lectura familiar, además, era una práctica gregaria, en la cual, probablemente, había comentarios cruzados sobre las lecturas realizadas; se presentaba, pues, una imagen de la lectura familiar algo idílica y con tonalidades patriarcales. El anuncio tampoco escapaba a la moda del Centenario: el ilustrador, aprovechando los festejos de 1910, no tenía reparos en colocar la lectura de la familia bajo la mirada paternal y aprobatoria de don José de San Martín.

Por otra parte, para completar el mundo de las bibliotecas en el Buenos Aires de ese período, es necesario salir de la esfera privada e intimista y recurrir al contexto público.

Un ejemplo de la biblioteca en el ámbito de la aristocracia porteña fue, entre otras muchas, la que poseía el juez Jaime Llavallol. Existe una pequeña mención de ésta gracias a un testimonio de Jean Jacques Brousson, quien visitó la Argentina como secretario de Anatole France. La biblioteca se encontraba en una amplia sala, cuyas puertas de acceso habían pertenecido a una iglesia de España; los libros “tapizaban toda la pieza” y resaltaban por sus dorados y bellas encuadernaciones. “La colección estaba formada fundamentalmente por autores clásicos, y en ediciones elegidas: Molière, Voltaire, Paul Louis Courier, Sainte-Beuve, Renan...” (Brousson, 1927: 209). En líneas generales, la mayoría de las bibliotecas de la oligarquía argentina de entonces, era similar a la descrita por el secretario de Anatole France; carecían de toda novedad autóctona, pues eran una copia del modelo aristocrático parisino. La clase dirigente porteña ignoraba (o no aceptaba) la presencia de la Literatura Argentina; las largas estadías en Europa habían modelado sus hábitos de lectura en forma

definitiva: para ellos la cultura impresa de valor estético era la que provenía del viejo mundo; de ahí también la presencia de dos elementos de transplante europeo: la suntuosidad del ámbito físico que albergaba la colección de libros y el gusto por las obras de calidad. La biblioteca, pues, para este sector social privilegiado, era una experiencia estética, donde la lectura compartía algunos de los aspectos arquitectónicos y decadentes propios de la *belle époque*.

En el ámbito de las bibliotecas públicas, el movimiento bibliotecario alcanzó un significativo aunque modesto desarrollo. Buenos Aires, según el censo de 1914, poseía 18 bibliotecas públicas. No obstante esta cifra es algo exigua, pues el total de bibliotecas de la capital superaba el medio centenar, entre públicas y de acceso restringido. En este período sucedieron importantes acontecimientos en el área de la Bibliotecología, tales como el Primer Congreso de Bibliotecas Argentinas (1908), la creación de la Oficina Bibliográfica Nacional (1909) y el Segundo Congreso Nacional de Bibliotecas Argentinas (1910). Todos estos eventos propiciaron la aparición de nuevos avances técnicos en materia de bibliotecas, tomando el bibliotecario un perfil desconocido hasta la fecha: debía dejar de “ser un mero repartidor de libros” para transformarse “en un educador consciente de su misión social, consejero de lectores y hábil organizador” (Sabor Riera, 1975, 2: 124). El bibliotecario, por vez primera, comenzaba a tener cierta influencia en el horizonte de la lectura social; el mundo lector de la modernidad no podía ni debía prescindir de su ayuda. Sin embargo, la organización de las bibliotecas se encontraba en los prolegómenos de su desarrollo profesional. Muchas de las soluciones bibliotecológicas que demandó la nueva sociedad cosmopolita porteña, estaban determinadas por

el empirismo y por la improvisación. Algunos testimonios aparecidos en la prensa periódica, manifestaban, además, complejas y delicadas situaciones. Dos tópicos se mencionaban frecuentemente: la falta de bibliotecas y la novedad exitosa de las “bibliotecas viajeras”. En cuanto a las últimas, una noticia publicada en *La Prensa* fue elocuente:

“En virtud de la resolución pertinente del Consejo General de Educación, se encuentran nuevamente en la biblioteca pedagógica de la dirección general de escuelas, las diez bibliotecas viajeras puestas al servicio del personal docente de la Campaña. El éxito de esta institución ha sido satisfactorio. En el lapso de tiempo comprendido entre los meses de abril y diciembre de 1909, las bibliotecas circulantes han recorrido 47 distritos, habiéndose consultado en conjunto 634 obras, ó sea, en cifra parciales: 54 de gramática y lingüística, 230 de geografía e historia, 164 de pedagogía, 73 de ciencias y 133 de literatura y artes liberales” (LP, 1º mar. 1910).

Había, sin duda, una necesidad pedagógica de fomentar la lectura (y las metodologías para sus prácticas) por parte de algunas autoridades. Además, esta noticia aporta un elemento de interés, tal es el caso de los hábitos de lectura en la comunidad docente de la época. De este modo, las noticias abundaban en relación con la creación de bibliotecas y con la variedad de problemas (edilicio, falta de presupuesto, etc.) que debían afrontar. Si bien fue muy modesto el desarrollo bibliotecario durante el Centenario, existía, al menos en algunos reducidos sectores, la convicción indeclinable de que bibliotecas y lectura eran una misma cosa. En cierto sentido, y ya desde nuestra óptica contemporánea, las menciones a las “bibliotecas viajeras o circulantes” manifestaban, inequívocamente, el carácter dinámico,

creativo y gregario de algunas prácticas para fomentar la lectura. La biblioteca, pues, comenzó a manifestarse muy tímidamente como una agencia social.

## LOS LIBROS EN VENTA

El enorme caudal publicitario que impregnaba las publicaciones de la época, sin lugar a dudas, constituye un interesante camino para acceder a los hábitos de lectura del Centenario permitiendo, por añadidura, el conocimiento de los gustos lectores de amplios y disímiles estamentos sociales. Si bien los anuncios son para todos sin distinción alguna, pues la adquisición de *Caras y Caretas*, *PBT* y *La Prensa* era muy accesible, la publicidad de los libros en venta estaba dirigida a diversos sectores de la comunidad, determinados por los gustos estéticos y por su poder adquisitivo. No obstante, se trata, en definitiva, de una división de “orden expositivo”, ya que la apropiación de las diversas lecturas, tal como lo ha demostrado la historia moderna del libro, no es patrimonio exclusivo de determinados grupos sociales (Cfr. Chartier y Darnton).

Dentro de la “literatura culta o seria” se destacaron, por la envergadura gráfica y abundancia de los anuncios, entre otras obras, las siguientes: la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*, la *Historia Universal* de César Cantú, y el *Nouveau Larousse Illustré*.

El ofrecimiento de la *Biblioteca Internacional* fue un caso paradigmático en su género. La información que se brindó entonces en la prensa fue tan rica que resulta complejo sintetizar sus alcances. La colección, compuesta por “24 magníficos volúmenes”, cuyo costo estaba diseñado en un pago inicial de 10 pesos al contado y luego el mismo

monto por mes, tenía notables compiladores: Marcelino Menéndez Pelayo, David Peña, José Enrique Rodó, Ricardo Palma, Enrique José Verona, Justo Sierra, José Toribio Medina, Alois Brandl, Richard Garnett, Ainsworth R. Spofford, Leon Vallée, etc. La obra se anunciaba bajo el lema: *la obra castellana más perfecta*; y el mismo Presidente de la República, Roque Sáenz Peña, entre otras eminentes autoridades, ya figuraba entre sus numerosos compradores. El objetivo y las pautas de edición fueron las siguientes:

“Sea lo que fuere aquello que más interese al lector, éste lo encontrará en las maravillosas páginas de la Biblioteca, en forma y cantidad, que su interés no decaerá ni un momento. Esos 24 volúmenes –que comprenden 12.000 grandes páginas, mantendrán a sus poseedores en contacto con los inmortales... La BIBLIOTECA INTERNACIONAL (...) contiene lo más selecto de los mejores libros de todos los países y épocas, más de 1.000 de los trabajos literarios más famosos del mundo entero, estando representados todos los escritores célebres, desde 4.000 años antes de Jesucristo, hasta el actual siglo XX” (CC, no. 628, oct. 1910).

La *Biblioteca* era una vasta antología de la literatura universal, donde no faltaban los grandes prosistas de la historia, y que incluía (en esto radica su novedad) a varios escritores argentinos ya reconocidos, como Carlos Guido y Spano, Joaquín V. González, Leopoldo Lugones, Enrique Rodríguez Larreta, etc., y otras importantes personalidades de la literatura hispanoamericana. Otro anuncio afirmaba al respecto: “los más selectos escritos de la literatura argentina en su primera centuria, han sido reunidos y guardados como preciosas reliquias entre las más grandes obras producidas durante 6.000 años” (LP, 29 ago. 1910 ).

El producto ofrecido se encuadraba dentro de los hábitos de lectura establecidos, es decir, de los propiciados y aceptados por la cultura impresa culta de la época. Es interesante señalar, por otra parte, que la *Biblioteca* consistió (en la década del veinte tuvo nuevas reediciones) en una empresa típica de la época, signada por la agrupación del conocimiento en corpus enciclopédicos, propios del positivismo. Existe un aviso de esta obra que confirma esta intencionalidad, pero que ya planteaba la necesidad del lector de dominar la complejidad de estas publicaciones, pues el mismo decía: “Biblioteca Internacional de Obras Famosas. El laberinto de la literatura. El hilo de Adriadna. La Biblioteca... es el “hilo de Adriadna, que nos conduce con toda seguridad en el laberinto de la literatura mundial...”. En suma, el mundo enciclopédico del Centenario ya poseía muchos libros que funcionaban como “hojarasca inútil”, y la *Biblioteca* era el instrumento más eficaz (nuevamente la lectura pragmática) para guiarse “con utilidad en ese laberinto” (LP, 25 sept. 1910). Sin lugar a dudas, esta impresionante colección de libros, estaba a tono con la época, de ahí su *eslogan* publicitario más común: “El Centenario tiene su verdadero Monumento.”

Tanto la *Historia universal* de César Cantú como el *Nouveau Larousse Illustré*, alcanzaron también importante difusión, aunque con alcance menor que la *Biblioteca Internacional*. Sin embargo, son muy significativos los grabados que acompañan a los anuncios de la obra de César Cantú, pues en ellos se reproducen varias prácticas de lectura, tanto íntima (privada) como pública (CC, no. 591, 29 ene. 1910 y CC, no. 592, 5 feb. 1910).

Otros libros que alcanzaron una significativa aceptación del público fueron los que se realizaron con motivo de las

fiestas del Centenario; la mayoría muy costosos en cuanto a su adquisición, aunque circularon, indudablemente, en grandes cantidades debido al interés que despertaban o simplemente a consecuencia de la “moda centenario” que arrasaba con todos los gustos en 1910. Uno de los más conocidos fue *La República Argentina en su Primer Centenario*, de Manuel C. Chueco: “recopilación de cuanto la Argentina puede ofrecer como demostración de su riqueza, de su poder, de sus adelantos en el arte, en la industria y en la ciencia, así como de su evolución histórica y política, desde la declaración de la independencia hasta hoy” (PBT, no. 295 ext., 20 jul. 1910). Obra que fue considerada en el momento de su aparición como “el libro mejor impreso, más elegante y mejor encuadernado que hasta hoy se ha producido en Sud América (...) una joya del arte gráfico” (PBT, no. 291, 25 jun. 1910). A esta debe agregarse además la obra *Centenario Argentino: 1810-1910*, un tomo de mil páginas que consistía en una “síntesis completa, literaria y gráfica de la centuria a través de las manifestaciones de la vida nacional” (PBT, no. 316, 17 dic. 1910).

Estas obras tenían un doble discurso de lectura; por un lado, se agrupaban con aquellos títulos redactados en homenaje al primer siglo de vida independiente, dentro de un horizonte patriótico y nacional, es decir, para su consumo lector interno; por otra parte, estaban también pensadas para lectores extranjeros con poco conocimiento de la Argentina.

Una mención especial merecen los almanaques, acaso uno de los impresos que gozaron de mayor aceptación por parte del público porteño. Estas publicaciones circularon en grandes cantidades y eran consultadas constantemente —ya sea como modestos folletos o en ediciones cuidadas—

por una amplia población de lectores, tanto cultos como iletrados; particularmente, durante el Centenario, adquirieron renovado auge y distribución masiva. Uno de los más consultados fue el *Almanaque del mensajero para el año 1911* (Buenos Aires: M. Sundt, 1910), en el que figuraba una enorme variedad de datos e informaciones de todo tipo, incluso un breve detalle de los libros más importantes que se habían publicado durante 1910. Sin embargo, y esto es sintomático, no poseía una entrada independiente para las bibliotecas existentes en la Argentina. Dentro de este tipo de publicaciones también tuvo amplia divulgación el famoso *Almanaque del Centenario* (Buenos Aires: Tip. A. Cantiello, 1910) de J. M. Barria, más circunscripto a personalidades históricas que a informaciones estadísticas. Empero, la novedad editorial en estas obras se presentó en el ámbito educativo. Un aviso promocionó su publicación:

“En breve aparecerá por primera vez el Almanaque del Estudiante Argentino. Un tesoro para la juventud estudiantina. El más útil regalo para Navidad y Año Nuevo. Contiene un calendario con los acontecimientos más importantes de nuestra historia, que permite además la anotación de los deberes de cada día, tablas de las diferentes medidas, fórmulas geométricas para hallar áreas... los datos estadísticos recientes sobre población e instrucción; desarrollo económico de la república ...” (PBT, no. 315, 10 dic. 1910).

Al parecer, la amplia aceptación de estos libros les permitió, en la presente oportunidad, llegar al status de obras destinadas a la enseñanza primaria y secundaria.

A estas obras deben agregarse, además, dos títulos que contaron con anuncios en la época: *El jardinero ilustrado*, de F. Maudit y V. Peluffo, “el gran manual general de cultivo con

1.600 páginas y 1.200 grabados”, de significativa presencia en todo el país (PBT, no. 310, 5 nov. 1910); y el *Gran Atlas Geográfico Stieler*, editado por el Instituto Cartográfico de Justus Perthes, y anunciado con las palabras siguientes: “para seguir con precisión el itinerario del valeroso explorador PEARY” (PBT, no. 267, 1 ene. 1910).

No obstante, los medios gráficos presentaron también otro tipo de libros en venta que, de mediar su ausencia, el panorama de los hábitos de lectura permanecería incompleto. Nos referimos a una literatura hoy desaparecida y de azarosa consulta, pues sus temáticas principales, de difícil identificación, trataban sobre temas tales como las formas “sutiles” de ganar dinero y amigos, los métodos eficaces para alcanzar la felicidad, los secretos del magnetismo y del hipnotismo, los medios para superar la sordera y otras enfermedades, las habilidades para aprender magia, etc. Su abundancia fue de tal magnitud en las páginas de *Caras y Caretas*, *PBT*, y *La Prensa* que, indudablemente, constituyeron un acontecimiento inevitable para evaluar los hábitos de lectura. Aunque esta abundante literatura estaba dirigida al público en general, es probable (no seguro) que su difusión se haya extendido hacia los sectores medios y populares.

Algunos de los libros que se encuadraron dentro de esta rica bibliografía fueron: *El arte de hacerse rico sin dinero*, de Luis G. Zoppi, el cual se anunciaba como “el talismán de la ciencia” (PBT, no. 275, 26 feb. 1910); *Hipnotismo: lo más poderoso del mundo*, cuyo autor era el “Dr. X. La Motte Sage, el hombre de ciencia más connotado del mundo” (CC, no. 613, 2 jul. 1910); *Enfermedades secretas de los hombres*, patrocinado por el Instituto Masson (LP, 13 feb. 1910); *El poder psico-magnético*, de Marx Whalley,

quien aseguraba que gracias a la lectura de sus páginas se garantizaba “el gran secreto para triunfar en todas las empresas y ver realizadas las más dulces esperanzas” (CC, no. 601, 9 abr. 1910); *Las maravillas de la magia moderna*, auspiciado por la Rochester Academy of Arts de Nueva York (CC, no. 605, 7 mayo 1910); *La libertad del pensamiento*, de Juan Espinosa (CC, no. 597, 12 mar. 1910); *El secreto de la felicidad al alcance de todos*, “indispensable para todos los que deseen conseguir mayor felicidad en la vida” (PBT, no. 269, 15 ene. 1910); *La filosofía de influencia personal*, del New York Institute of Sciences, cuyo anuncio se formulaba con el epígrafe: “Este Libro es Gratis!” (CC, no. 609, 4 jun. 1910); *Para triunfar en la vida*, de J. Vanterleng, que ya contaba con catorce ediciones y se vendía en las principales librerías (PBT, no. 290 ext., 15 jun. 1910); *El poder secreto*, de A. Víctor Segno; *El anhelo colmado*; *Le Cabaret du Néant*, presentado por el Instituto de Magneteopatia, y otros muchos más.

Estos libros tenían en común varios elementos que garantizaron su amplia difusión: la mayoría provenía de Estados Unidos o Europa y era entregada en todo el país, tanto gratis como por montos insignificantes. Se trató de una literatura que seguramente alcanzó una distribución de compleja identificación en la actualidad; no obstante, su riqueza y variedad de presentación hicieron de sus títulos un producto cuya lectura debió adquirir una intensidad y frecuencia poco conocidas. Su abundancia y repetición, por otra parte, inauguró un nuevo tipo de apropiación del mundo impreso: la lectura de “autosuperación o paracientífica”, relacionada con el trajinar y las frustraciones del ámbito ciudadano; centrada, con cierta exclusividad, en la necesidad operativa de solucionar un problema concreto.

Finalmente, el diario *La Prensa* en su sección de avisos clasificados nos ofrece, en forma copiosa y diversa, un extraordinario movimiento de libros para venta y compra, que pautan y determinan la variedad de lecturas del período. Algunos ejemplos de esos avisos son los que se mencionan a continuación:

“A la casa más surtida en novelas y obras de toda clase a precios económicos (...) pidan catálogo de libros con precios, se remite de regalo. Librería Porteña, de Llabrás y Cía. Bolívar 369” (LP 3 ago. 1910); “Libros: de estudio, de primera y segunda enseñanza, derecho, medicina, contabilidad, novelas, etc., compro, vendo y canjeo. Condiciones ventajosas. Defensa 265 – J. M. Perfumo” (LP 7 ago. 1910); “Libros compro cualquier cantidad, pago bien, F. Silanes, Lavalle 694” (LP 15 jul. 1910); “Libros para todas las industrias vendemos y mandamos, y toda obra técnica que se nos pida. Escribir a The Barbicane Co. Corrientes 354” (LP 23 jul. 1910); “Libros americanos y textos escolares compro al más alto precio – Blazquez. Rivadavia 63” (LP 19 mar. 1910); etc.

## MÁS LECTURAS Y LECTORES EN LA COTIDIANIDAD

Pero aún resta intentar una aproximación detallada a una pregunta pendiente: ¿cuáles eran las lecturas (sus prácticas, usos y modalidades) en la vida cotidiana durante los festejos del Centenario? Nuevamente, también en este caso, los medios de prensa brindarán una amplia información al respecto.

Fueron varios los temas que mantuvieron pendiente a la opinión pública y que generaron, por distintos motivos, una profusa y despareja bibliografía; literatura, por otra parte, que pautó y delimitó, con características definidas,

los hábitos de lectura de la sociedad, y cuyas prácticas lectoras tuvieron como común denominador cultural un fenómeno aglutinante: 1910, la primera centuria independiente. Pero además del abrumador universo de miles de páginas que ocasionó el aniversario patrio, otros tópicos se presentaron en la escena porteña acaparando la atención lectora, aunque sea momentáneamente, de los habitantes de Buenos Aires. Así pues, algunos de estos temas fueron los siguientes: el arribo del cometa Halley, la llegada de la infanta María Isabel Francisca de Asís de Borbón, las inundaciones de París, los preparativos bélicos en el conflicto peruano-ecuatoriano, los primeros ensayos de aviación en estas orillas (en particular los vuelos del italiano Bartolomé Cattáneo), la inauguración del ferrocarril trasandino que unió la Argentina y Chile, el descubrimiento del Polo Norte por Robert Edwin Peary, los avances científicos (como el caso de la telegrafía sin hilos), el incendio de la famosa tienda “A la Ciudad de Londres”, los numerosos y sangrientos crímenes y homicidios en distintos barrios porteños, los festejos del Centenario de la independencia de México y Chile, las noticias policiales del Barrio de las Ranas, el arribo de ilustres visitantes, etc.

Al mismo tiempo, una colección que había comenzado a principios de siglo ya se había impuesto como lectura con amplia convocatoria: la famosa *Biblioteca de “La Nación”* (1901-1920); sus títulos circulaban abundantemente, con independencia, en muchas ocasiones, de los sectores sociales, aunque destinada a grupos con bajos ingresos. En su momento, la afición por esta colección alcanzó tan importante aceptación que sus libros eran motivo de constante compra y venta, tal como lo confirma el presente aviso, publicado en julio de 1910: “Biblioteca completa de La

Nación, edición de lujo, con estantería especial, se vende; General Urquiza 252" (LP, 13 jul. 1910).

Dos autores extranjeros aparecieron con cierta frecuencia en la prensa periódica: León Tolstoi y Selma Lagerlöf; el reciente premio Nobel con la que fuera galardonada la notable escritora sueca había impulsado el interés por sus obras en Buenos Aires.

Las contribuciones de autores nacionales y extranjeros (muchos de ellos españoles), tanto en narrativa como en poesía, en los medios gráficos de mayor tirada, como *PBT* y *Caras y Caretas*, fueron siempre numerosas y permitieron la aproximación a todo género de lecturas, aunque en ellas predominó, preferentemente, la lectura amena y de esparcimiento. A modo de ejemplo ilustrativo citaremos los siguientes: Rafael Obligado, Leopoldo Lugones, Almafuerte, Horacio Quiroga, Enrique Banchs, Ricardo Rojas, Juan Zorrilla de San Martín, Francisco Villaespesa, Víctor Arreguine, Martín Coronado, Arturo Giménez Pastor, Teodoro Llorente, Luis Reyna Almandos, Cristóbal de Castro, María Eugenia Vaz Ferreira, Manuel Ugarte, Eduardo Marquina, Salvador Rueda Santos, Víctor Pérez Petit, Mariano Miguel de Val, Juan Pérez Zúñiga, Ricardo Gil, Rafael Barret, Enrique de Vedia, Ramón Pérez de Ayala, Amado Nervo, Gabriel Miró, Vicente Blasco Ibáñez, Emilia Pardo y Bazán, Juan José de Soiza Reilly, Evaristo Carriego, Enrique M. Ruas, Mauricio López-Roberts, Julio Herrera y Reissig, Emilio Frugoni, Pedro de Répide, Carlos Alberto Leumann, Ricardo J. Catari-neu, Germán García Hamilton, Ricardo Palma, Carlos de Soussens, Vicente Medina, Ernesto Mario Barreda, Moisés Numa Castellanos, Juan Ramón Jiménez, Juan Carlos Tabossi, Raúl Montero Bustamante, O. Magnasco, Arturo

Reyes, José Santos Chocano, José M. Carbonell, Ramiro de Maeztu, Antonio Monteavaro, Carlos Correa Luna, José López Pinillos, y tantos otros.

No obstante esta abrumadora presencia de autores masculinos también existieron importantes contribuciones femeninas. Las narraciones históricas y tradicionales de Ada María Elflein, en la sección dominical de *La Prensa*, eran leídas por un vasto público femenino y por lectores infantiles. En 1910, en pleno Centenario, se publicó uno de sus libros más conocidos, titulado *Del pasado*. En una vertiente diferente, orientada a la mujer de la época, también aparecieron en el mismo diario las divulgadas *Páginas de vida y de psicología femeniles*, de Ida Baroffio Bertolotti.

Tampoco faltó una literatura eminentemente popular cuya aparición diaria era aguardada con ansiedad por infinidad de lectores; tal es el caso de los folletines, un género o subgénero literario imprescindible y frecuente en todas las publicaciones de la época. El folletín generalmente era una novela que se publicaba por entregas en los periódicos y revistas, cuyo discurso narrativo implicaba un argumento dramático, sentimental o de aventuras, teñido de psicología simplista. Así pues, bajo esta fórmula elemental pero muy efectiva, logró aglutinar a una comunidad de lectores que en la práctica excedían el ámbito popular, pues el folletín incursionó con éxito aún en la esfera culta, especialmente entre las mujeres de las más diversas condiciones. Algunos de los folletines de la época del Centenario, muchos de ellos anónimos, fueron: *El triángulo rojo* de Arthur Morrison (CC, no. 587, 1 ene. 1910), *Amar a todo trance* (LP, 1 ene. 1910), *La venganza de un sabio: relato fantástico* (LP, 3 ene. 1910), *La vivienda encantada* (LP, 18 ene. 1910), *El hombre artificial* de S. Frago Lima

[Horacio Quiroga] (CC, no. 593, 12 feb. 1910), *Sherlock Holmes en la Argentina: El secreto del Pampero* de Julián J. Bernat (PBT, no. 268, 8 ene. 1910) y del mismo autor *La audacia de Nelson White: memorias de John Ranbet* (PBT, no. 274, 19 feb. 1910), *La Rosa del Rajah* (LP, 6 feb. 1910), *Las alas de fuego* (LP, 10 feb. 1910), *La joven de los pájaros* (LP, 12 feb. 1910), *Lejos de la vida* de Arthur Conan Doyle (LP, 20 feb. 1910), *El anarquismo en París: revelaciones sensacionales del famoso detective inglés William Wallace* de Hamlet Gómez [Antonio Sánchez Ruiz] (CC, no. 594, 19 feb. 1910), *El sillón encantado* de Gastón Leroux (LP, 21 abr. 1910), *Los planos del Bruce-Partington: memorias de un amigo de S. Holmes* también de Conan Doyle (LP, 14 abr. 1910), *Criminal?: cuerdo o loco* (LP, 1 jul. 1910), *La leyenda del monje* (LP, 1 sept. 1910), y *El hechizo de un alma perversa* de Tulio Pánteo (CC, no. 628, 15 oct. 1910), etc.

Es interesante observar, por otra parte, los conceptos con los cuales un periodista de la época comentó la aparición de un nuevo folletín, pues la novela se publicó en *La Prensa* y dichos juicios demuestran, además, los elementos característicos de esta literatura y la consideración que despertaba en la crítica, a pesar de su aparente lejanía de la lectura seria o docta. El título del relato era *El desaparecido* de Arnold Bennett, y los conceptos los siguientes: “las calamidades [del relato] tan originales [y] narradas ... con tanto brío y buen humor, que el lector continúa con viva curiosidad la odisea extraña del hombre que vivía, a pesar que había sido enterrado” (LP, 14 mar. 1910). Los elementos que garantizaban el éxito del folletín, a juicio del crítico avezado, eran la acción, el entretenimiento y el humor de buen tino. Una fórmula que proyectaba al género

más allá de la cultura popular; esto es, una literatura que actuaba como elemento aglutinante entre los estamentos sociales.

Otro evento que definió el horizonte de la lectura de ese entonces fue, indudablemente, el arribo al polo norte del explorador estadounidense Robert Edwin Peary, que motivó también en *La Prensa* la publicación del acontecimiento a través de una narración del propio Peary, titulada *El Polo Norte: de cómo lo descubrí*, relato que era seguido en Buenos Aires por miles de lectores ansiosos por esta hazaña. Este acontecimiento se encuentra estrechamente vinculado a otro tipo de lectura que comenzaba a surgir, tímidamente, en la prensa gráfica: la divulgación científica. *La Prensa* también se adelantó en esta materia, y poseía una sección de “crónica científica”, donde se tocaban diversos temas desde un punto de vista ameno.

Debemos señalar, además, la presencia de títulos nacionales, aunque el presente trabajo se ha centrado en aspectos informales o poco conocidos de las prácticas de lectura. Como es sabido, durante el Centenario comenzó a delinearse la profesión del escritor dentro de una estructura de nacionalismo cultural. Por otra parte, la literatura argentina fue adquiriendo mayor presencia y, por lo tanto, existieron algunos cambios en las lecturas de la época. Algunos de los libros de ese entonces, publicados entre 1909 y 1911, fueron: *Lunario sentimental* y *Odas seculares* de Leopoldo Lugones, *La restauración nacionalista* y *Blasón de plata* de Ricardo Rojas, *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez, *El cascabel del halcón* y *La urna* de Enrique Banchs, *Los gauchos judíos* de Alberto Gerchunoff, *Cuentos argentinos* de Manuel Ugarte, *Alma y momento* de Rafael Alberto Arrieta, *Antología*

de poetas argentinos de Juan de la Cruz Puig, *La ilusión y La plegaria del sol* de Ángel de Estrada, etc. No obstante, la incidencia de esta bibliografía es menor en cuanto a los hábitos de lectura porteños, pues se caracterizaba aún por su precariedad editorial o por los escasos lectores que la acompañaban (Altamirano y Sarlo, 1997: 179). En contrapartida, una obra autóctona, pocos años antes, había tenido una notable aceptación popular en Buenos Aires; nos referimos a *Stella* (1905) de César Duayen (seudónimo de Emma de la Barra), cuya narración moralista y romántica fue un éxito de librería sin precedentes. Otros libros que alcanzaron gran popularidad en distintos ámbitos sociales, especialmente entre el público femenino, fueron algunos títulos de la citada biblioteca del diario *La Nación*, tales como: *La novela de la sangre* de Carlos Octavio Bunge, *La fuerza del pasado* de Daniel Lesueur y *Mi tío y mi cura* de Jean de la Bréte, “que en 1910 se ha transformado en un verdadero best-seller entre las muchachas argentinas” (Salas, 1996: 46).

## PRÁCTICAS Y USOS DE LECTURA

Se han mencionado, a lo largo de la exposición, las formas en las cuales los lectores ejercían la lectura; estas prácticas y usos, en consecuencia, son los indicadores del grado de cultura impresa que ha alcanzado una sociedad en un período determinado. Durante los festejos del Centenario, Buenos Aires ya era una ciudad francamente cosmopolita y con una variedad heterogénea de hábitos de lectura; sus habitantes, aún los pobremente alfabetizados, poseían una rica conducta informativa y estaban, ya de lleno, inmersos en la modernidad en cuanto a la manipulación y apropiación del universo impreso.

¿Cómo eran, pues, estas prácticas y cuál era la imagen del lector en la sociedad? En cuanto a esta última, un aviso de *Caras y Caretas* nos brinda la posibilidad de conocer al lector ideal; el anuncio, apelando al público, decía en su encabezado: “Consideramos que los lectores de *Caras y Caretas* representan el elemento mejor, el más escogido, el más intelectual y progresista de la Argentina” (CC, no.º 630, 29 oct. 1910). El ideal del lector, según este aviso, era aquel que poseía un perfil intelectual definido y que se encontraba entre lo más “selecto” de la sociedad; pero, por sobre todo, estaba a tono con la época y el futuro de avance indefinido de la Argentina en el concierto de las naciones: era un lector progresista.

Entretanto, otro anuncio planteó nuevamente la lectura en el ámbito de la vida familiar. La publicidad era la siguiente:

“La mejor lectura: Llamamos la atención de nuestros lectores sobre las tres publicaciones de que tratamos en este aviso, las que, sin ninguna duda, constituyen, junta o separadamente, la mejor lectura para el hogar; siempre interesante y útil para los grandes y chicos. La poderosa empresa editora de estas publicaciones establece precios de suscripción tan reducidos que los ponen al alcance de todos y nos permitimos aconsejar también a todos a aceptar este ofrecimiento. Como se verá más adelante, una de las suscripciones combinadas proporciona 4000 páginas de lectura en un año por sólo \$ 0.83 m/n por mes, o sea \$ 10.= m/n por año... Oferta Excepcional” (LP, 6 abr. 1910).

Tres fueron las publicaciones recomendadas en esta ocasión como las más apropiadas para la lectura familiar: *El Hogar*, *Germinal* y *Modas Selectas*. De este modo, la lectura aconsejada como prudente y de buen gusto para

todos los miembros de la familia se definía en los términos siguientes: una revista con abundante entretenimiento (*El Hogar*); otra para los hombres de la casa, especializada en temas de agricultura e industrias rurales (*Germinal*); y finalmente un título para las damas y jovencitas, “con figurines, artes femeniles [sic] y novedades de estación” (*Modas Selectas*). A partir de esta publicidad, entonces, quedaban fuertemente pautadas las lecturas en la vida cotidiana hogareña; lineamientos, desde ya, poco flexibles y condicionantes del desarrollo personal; en definitiva, eran las lecturas que “se esperaban” como las adecuadas y correctas.

A estas prácticas de la lectura debe agregarse otra de características particulares, propia de la sociedad de principios de siglo: la lectura encubierta o de ocultación. Este tipo de uso del libro se presentó, casi con exclusividad, en las denominadas “enfermedades secretas”. Como es sabido, existió una abundante literatura relacionada con un conjunto de enfermedades que eran miradas prejuiciosamente en ese entonces. El alcoholismo, la tuberculosis, las hernias, los problemas dentales y, especialmente, las enfermedades sexuales (gonorrea, sífilis), propiciaron la aparición de una bibliografía copiosa. Y en el caso particular de los achaques de los hombres, a consecuencia de las “debilidades masculinas”, la lectura encubierta tuvo indiscutible presencia. Una prueba de ello fue el aviso siguiente, entre los centenares de igual modelo que circularon durante el Centenario:

“Los milagros de la medicina moderna (...) A hombres de todas las edades, neurastenia, falta de vigor, debilidad viril (...). Nuevo, inofensivo... tratamiento aprobado por el

Departamento de Higiene. GRATIS: Escriban solicitando nuestro libro para estas enfermedades secretas (...). Se manda gratis en un sobre liso, cerrado de manera que ninguno sepa lo que recibe.” (LP, 17 jul. 1910, subr. propio).

La tarea taxonómica de clasificar todas las prácticas lectoras excede, holgadamente, esta primera aproximación. Sin embargo, aún resta mencionar un ejemplo notable de las diferentes lecturas en Buenos Aires; se trata del artículo de PBT titulado “Lectura a ratos perdidos” (PBT, no. 296, 30 jul. 1910). Allí, el anónimo cronista de la cultura impresa, presentó, con envidiable lucidez, una galería detallada de las prácticas, tanto de lectura íntima como colectiva. El articulista se apoyó, principalmente, en 14 fotografías, acaso la colección más significativa sobre esta materia. Las “lecturas a ratos perdidos” eran las que se mencionan a continuación:

1. “Para enterarse de la cotización bursátil” (Un hombre de negocios leyendo atentamente).
2. “Para engañar la espera del cliente” (El lustrabotas, esperando a su cliente, lee el periódico).
3. “Gabinete al aire libre” (Tres hombres leyendo en una banco de una plaza).
4. “Lectura de prestado” (Un individuo lee el libro que está en las manos de otra persona).
5. “Preparación para el examen” (Un joven estudiante lee tirado en la gramilla).
6. “Lectura cómoda” (Una persona leyendo cómodamente en la reposera).
7. “Cuando la buena voluntad no falta...” (Una niña practica la lectura con el libro en la mano).
8. “El tiempo es oro” (Un hombre leyendo el periódico mientras le lustran los zapatos).

9. "Entre dos viajes" (El conductor de un carro lee mientras espera).
10. "Dos que miran y dos que leen" (Dos niños leen y, por detrás, dos burros los miran).
11. "En el museo para tratar de entender algo" (Dos mujeres consultando el catálogo de un museo).
12. "Una ojeada de paso" (Un individuo leyendo varios impresos adosados en la pared).
13. "Información gráfica" (Una persona leyendo en un banco de plaza).
14. "Método peripatético" (Un sacerdote, acompañado por otros dos colegas, lee mientras camina).

Pero nuestro anónimo documentalista de las prácticas de lectura no se dio por satisfecho al registrar aquellos modelos de su interés, pues además de dejarnos un sagaz comentario sobre lo que había visto en las calles de Buenos Aires, sin saberlo, estaba recogiendo el primer antecedente porteño sobre la historia de la lectura en 1910:

"Así, es innumerable la serie de adeptos que satisfacen su pasión favorita de la lectura de periódicos donde y como pueden. Los menos favorecidos por la fortuna tienen el recurso de acudir a los portales de las redacciones donde se ostenta en los correspondientes marcos el número del día. Otros, provistos de más recursos metálicos, pero abrumados de tareas, van leyendo por la calle ó en el tranvía: no pocos convierten en sillones de bibliotecas los bancos de las plazas y paseos públicos y es también bastante numerosa la variedad de los lectores 'de ojito' que se aprovechan de la revista ó diario que otro compró, leyéndolos por un lado mientras el dueño lee por otro. De estas y otras clases de lectores dan idea nuestros grabados" (PBT, no. 296, 30 jul. 1910).

La lectura callejera en el Buenos Aires del Centenario era un hecho cotidiano. Jules Huret, al viajar por la Argentina,

había reparado la fervorosa y concentrada lectura de los pasajeros porteños en el tranvía, impertérritos de lo que acontecía a su alrededor. Y era muy común el corrillo de personas, tanto alfabetizadas como analfabetas, que se apiñaba ante las fachadas de los grandes periódicos para leer allí las noticias del día (o escuchar la lectura de otra persona, el mediador lector, en voz alta).

El mismo cronista del notable artículo sobre la *Lectura a ratos perdidos*, al terminar su reseña urbana, reflexionó sobre el modo en el cual los analfabetos podían acceder a la lectura, anticipándose así a muchas concepciones hoy en boga; sus conceptos fueron los siguientes:

“Vivimos en una época en que la ilustración se difunde y penetra por todas partes, como el aire que se respira. Ya no es posible ser ignorante, en la verdadera acepción de la palabra: los mismos analfabetos escuchan a cada paso conversaciones instructivas, toman parte en discusiones sobre asuntos públicos, ven proyecciones cinematográficas y revistas con grabados; en suma, se ven asaltados de una nube de microbios científicos que les hacen sabios, aún a pesar suyo” (PBT, no. 296, 30 jul. 1910).

Es oportuno mencionar, finalmente, los materiales propios de la escritura, pues las modas o los gustos en estas prácticas señalan, en cierta medida, cuáles eran los usos en cada época para apropiarse de la cultura escrita. La caligrafía y la taquigrafía fueron, incuestionablemente, los modos más usuales de acceder al universo de la escritura. Por otra parte, éstas eran, además, habilidades con status social aceptado; vale decir, que su amplio dominio abría un panorama alentador y promisorio para muchos jóvenes con una cultura media no universitaria, de ahí su amplísima difusión en los avisos de ese entonces. No obstante,

dentro de ese mundo industrial con muchos remanentes artesanales, la habilidad de la mano para trazar letras y signos, fue cuestionada por la aparición de la máquina de escribir. Ésta ya había hecho su presentación en sociedad hacía varios años pero, a partir de 1910, se produjo un abaratamiento considerable de su valor; y si bien no era accesible a todos, ahora podía llegar a amplios sectores de la población; así, la máquina de escribir se convirtió por su abrumadora presencia en uno de los elementos de escritura más importantes del Centenario, aunque el reinado indiscutible pertenecía aún al lápiz, fundamentalmente los famosos *Kob-i-noor*, fabricados en Londres por la firma Hardtmuth. Una multitud de avisos documentaron esta violenta irrupción pública de la escritura mecánica, con marcas tales como: *Torpedo*, *Underwood*, *Monark*, *Hammond*, *Stearns*, *Wellington*, *Empire Sun*, *Barlock*, *Continental*, *Royal*, y tantas otras que inundaron, literalmente, el mercado porteño de 1910 (LP, 11 ene.; LP, 21 jul. 1910). En este período, la era de la mano como elemento artesanal de dominio para definir la escritura fue lentamente suplantada por una extensión más fría pero diligente: la máquina de escribir.

#### OTROS ASPECTOS RELACIONADOS CON EL LIBRO Y LA LECTURA

En el Buenos Aires del Centenario, rico en acontecimientos relacionados con la cultura impresa, también se presentaron algunos hechos vinculados, directa o indirectamente, con el libro y la lectura. Es sabido el importante desarrollo que adquirió el movimiento obrero en ese entonces; anarquistas y socialistas, a pesar de sus pugnas internas, habían logrado instalar reclamos contestatarios en

el seno de la sociedad porteña. La literatura obrera existente, principalmente en periódicos y revistas, era abundante y variada; los talleres gráficos, aunque modestos, trabajaban sin pausa. El 1° de mayo de 1910, en la Plaza Colón, la F.O.R.A organizó un acto multitudinario; al parecer, ya era un hecho que durante los festejos del Centenario estallara una huelga general; la respuesta del gobierno no se hizo esperar: el 13 de mayo se decretó el estado de sitio. Y es justamente bajo su imperio cuando se produce una reacción extrema contra las instalaciones de *La Protesta* y *La Vanguardia*, y otras instituciones libertarias. Del punto de vista de la historia del libro y de la lectura, este acontecimiento constituye un ejemplo de “intolerancia impresa”. En esta ocasión, la intolerancia cobró como víctimas a un conjunto de elementos que definían las prácticas del libro y de la lectura en esa época, pues fueron destruidas y quemadas varias máquinas de imprenta, libros de toda índole y, finalmente, fue saqueada una biblioteca rusa y otra judía (Salas, 1996: 107).

A pesar de este aspecto negativo, también se manifestaron otros elementos positivos y algunos curiosos. A veces algunos avisos ponían en escena una situación paradigmática, consciente o inconscientemente, sobre el rol del libro en la sociedad.

Tres de ellos, en cierta medida antagónicos, nos ilustran sobre el tema. El libro y la lectura podían ser vistos como innecesarios o superfluos, pues la sociedad exigía una dosis de arrojo y pragmatismo que muchas veces iba contra la cultura escrita, tal es el caso del anuncio de una famosa bebida, donde aparecía un carro tirado por un burro y de cuya carga caía al piso un montón de libros; el aviso afirmaba en grandes caracteres: “TIRE LOS LIBROS Y

LAS RECETAS (...) BEBA BITTER GARNIER si quiere abrir el apetito” (LP, 21 ago. 1910). El segundo aviso se basaba en el antiguo culto al libro como elemento sacralizado del saber, como acceso irrefutable a un conocimiento sólido y serio; en esta ocasión se trató de promocionar a la “Señorita Sara V., espiritista célebre, sonámbula prodigiosa”, ya que su oficio no era, por cierto, muy científico y de dudosa aceptación; la publicidad, pues, recurrió a un grabado de la señorita Sara V. leyendo concentradamente en su living; esto significaba que su saber no era mera charlatanería, sino un arte o técnica fundada en el conocimiento de los libros (PBT, no. 275, 26 feb. 1910). El último aviso se circunscribió también a esta tónica; ahora era necesario vender un laxante intestinal denominado *La Santéinel*; el anuncio tenía una primera parte en la cual aparecía un libro abierto, donde decía *El libro de la naturaleza*; debajo figuraban tres leyendas: “Está siempre abierto delante de nosotros. Es el libro más claro y fácil de leer. Es el libro que no miente...” (LP, 12 abr. 1910). Así pues, gracias a este anuncio, podemos conocer cuál era mejor libro para la cultura impresa de la época: el de fácil lectura y, por ende, que no implicara un mayor esfuerzo por parte del lector.

Son innumerables las referencias al universo de lo impreso en los medios gráficos durante los días del Centenario; para finalizar, a modo de ejemplo, se citarán las siguientes: el cuidado y la conservación de libros, en un artículo titulado *Los insectos que comen los libros* (PBT, no. 311, 12 nov. 1910); una reseña fotográfica sobre *Nuestra tradicional Librería del Colegio*, la librería más antigua de Buenos Aires (CC, no. 607, 1910); un notable artículo titulado *Las artes gráficas en la República Argentina: un establecimiento modelo*, referido a los famosos talleres gráficos de Ortega y

Radaelli, en donde se imprimiera *Caras y Caretas* (CC, no. 607, 1910); y la noticia sobre la primera sesión ordinaria — en la casa de su director, el Dr. Vicente G. Quesada— de la Academia Argentina de la Lengua, recientemente fundada (LP, 25 set. 1910).

La bibliografía, aunque cultivada con altibajos, se manifestó en varias oportunidades; la mayoría de las publicaciones contaban con reseñas bibliográficas. La sección habitual de *Caras y Caretas* se titulaba *Bibliografía*, y durante el año 1910 se inclinó, prácticamente con exclusividad, a los comentarios de libros escolares y de enseñanza secundaria (la mayoría de las veces incluía obras editadas por Cabaut y Cía.). *La Prensa* también poseía una modesta sección con el mismo título, aunque abocada de lleno a obras de mayor aliento. En *PBT*, en cambio, la sección bibliográfica se llamaba *Tinta de imprenta*, donde se informaba sobre obras recientemente aparecidas. Dentro de este campo es necesario agregar algunos aportes de interés, influidos, indudablemente, por la necesidad del control bibliográfico internacional. Uno de ellos fue la creación de la *Bibliografía Jurídica Argentina* (LP, 3 mar. 1910); el otro, fue una importante conferencia de Antonio Posada sobre la *Bibliografía en la Ciencia Política* (LP, 22 jul 1910).

## CONCLUSIÓN

Una última noticia aparecida en *PBT* servirá como conclusión. A lo largo de las páginas precedentes se han enumerado las distintas prácticas de lectura y los modos de apropiarse del mundo de los libros. Estos usos fueron, tal como se ha demostrado, heterogéneos y de difícil identificación, señalando esta situación varios aspectos que hacen

a la modernidad de la cultura impresa en el Centenario de la Revolución de Mayo. Una de las características del discurso intertextual de dicha modernidad es, precisamente, la complejidad y el refinamiento creador de nuevos usos en el acto de leer.

Este fue el caso de un cronista de *PBT*, que no satisfecho con la díscola e ingobernable marea impresa que invadía el Buenos Aires de la época, inventó lo que se podría denominar una práctica de lectura “arbórea”. En efecto, el título de su curioso artículo era *El alfabeto de los árboles*; el anónimo cronista comentaba (¿acaso el mismo que redactó *Lectura a ratos perdidos*?) que su idea consistía en fotografiar, oportunamente, distintos momentos en la poda de los árboles, gracias a los cuales, mediante el juego y las contorsiones azarosas de las ramas, fue factible reconstruir la totalidad del abecedario. De este modo, para atestiguar los hallazgos de escritura arbórea, presentó la fotografía de cada letra del alfabeto formada por las intersecciones de las ramas recientemente podadas. Su trabajo fue arduo y difícil, pues el periodista comentó al comienzo de la crónica: “El alfabeto que va a continuación, requirió una caminata de más de dos mil kilómetros, realizada paso a paso, en dos otoños y otros tantos inviernos” (*PBT*, no. 284 extr. 4 may. 1910).

Las habilidades y conductas informativas de los porteños fueron de una gran riqueza y en tal magnitud que su enumeración y estudio detallado excede, holgadamente, el presente trabajo; acaso sin saberlo, los habitantes de Buenos Aires ya estaban inmersos en una laberíntica retórica de las prácticas de la lectura, pautadas por sutiles y escurridizas modalidades. Los ambientes modernos de la cotidianidad eran muy distintos de los compartimentos casi

estancos y aún predeterminados del Buenos Aires de 1810, caracterizados por lectores cuyos libros eran previsibles. En los días del primer Centenario las lecturas aparecen como el complejo resultado de *cruzamientos múltiples*, en una especie de Torre de Babel lingüística, signada por la fuerte inmigración. El cosmopolitismo lector era el común denominador de una época que traspasaba el umbral de la modernidad. Los lectores del Centenario, pues, construyeron *reticularmente* su relación con la cultura impresa; un vínculo cuya complejidad creativa transformó la ciudad en un texto urbano con múltiples posibilidades de acceso e innumerables lecturas facetadas, donde la armonía no reinaba siempre, ya que todos los porteños, aún los analfabetos, pujaban por participar, aunque fuera modestamente, en el mundo del libro y de la lectura.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alfaro López, Héctor Guillermo. 1998. Los usos de la lectura y la representación cultural: elementos para una teoría de la lectura. En *La información en el inicio de la era electrónica: información, sociedad y tecnología*. México: Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. Vol. 2. p. 32-77.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. 1997. La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos. En *su Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*. [2 ed.]. Buenos Aires: Ariel. p. 161-197.

- Bevioni, Genaro. 1995. *Argentina 1910: balance y memoria*. Buenos Aires: Leviatán. 195 p.
- Blasco Ibañez, Vicente. 1910. *Argentina y sus grandezas*. Madrid: La Editorial Española Americana. 764 p.
- Bonetti, Ángel P. 1910. *De la República Argentina y sus detractores*. Buenos Aires: N. Tommasi. 277 p.
- Brousseau, Jean Jacques. 1927. *Itinéraire de Paris a Buenos Ayres*. Paris: Les Éditions G. Cres.
- Burke, Peter. 2002. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós. 321 p. (Paidós Orígenes; 32).
- Caras y Caretas: Festivo, literario, artístico y de actualidades*. Director: Bartolomé Mitre y Vedia; redactor: Eustaquio Pelleric; dibujante: Manuel Mayol. Buenos Aires, no. 1 (1898) – no. 2139 (1939). Año consultado: 1910.
- Carilla, Emilio. 1979. *Autores, libros y lectores en la literatura argentina*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras (UNT). 111 p. (Cuadernos de Humanitas; 51).
- Castagnino, Raúl H. 1966. *La vida literaria argentina entre 1862 y 1930*. En *Historia argentina contemporánea: 1862-1930*. Buenos Aires: Academia Argentina de la Historia, El Ateneo, 1966. Vol. 2, seg. secc. p. 53-193.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, dirs. 1998. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus. 585 p.
- Censo general de población, edificación, comercio e industrias de la ciudad de Buenos Aires (...). 1910. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco. 3 vol.
- Chartier, Roger. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza. 316 p. (Alianza Universidad: 755).
- Chartier, Roger. 1995. *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*. México: Instituto Mora. 266 p. (Colección itinerarios).
- Chartier, Roger. 1996. *El orden de los libros*. Barcelona: Gedisa.

- Chartier, Roger. 1996. *Escribir las prácticas: Foulcault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial. 127 p.
- Clemanceau, Georges. 1911. *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud: Argentine-Uruguay-Brésil*. Paris: Hachette. 273 p.
- Craistre, François. 1910. *A travers l'Argentine moderne*. Paris: Hachette. 187 p.
- Darnton, Robert. 1998. *La gran matanza de gatos: y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 247 p. (Historia).
- Godio, Julio. 1987. *El movimiento obrero argentino (1870-1910)*. Buenos Aires: Legasa. 280 p.
- Gutiérrez, Leandro H. y Luis Alberto Romero. 1995. *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana. 212 p. (Historia y Cultura).
- Gutman, Margarita y Thomas Reese, edits. 1999. *Buenos Aires 1910: el imaginario para una gran capital*. Buenos Aires: Eudeba, Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Arquitectura y Urbanismo (UBA), etc. 404 p. (Colección CEA; 22).
- Huret, Jules. 1913. *En Argentine: De la Plata a la cordillère des Andes*. Paris: Charpentier.
- Koebel, William Henry. 1910. *Argentine: past and present*. London: Trübner. 455 p.
- Manguel, Alberto. 1998. *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza, Fundación Germán Sánchez Ruipérez. 396 p.
- Martínez, Albert B. y Maurice Lewandowski. 1912. *L'Argentine au XXe. siècle*. Paris: Armand Colin. 456 p.
- Menacho Peiron, Manuel. 1911. *Un viaje a la Argentina: el porvenir de los pueblos ibero-americanos*. Barcelona: Impr. Vda. de J. Cunill. 351 p.
- P.B.T.: Semanario infantil ilustrado*. Director: Eustaquio Pellicer; redactor: Julián de Vargas; dibujante; Juan Sanuy. Buenos Aires, no. 1 (1904) – no. 995 (1955). Año consultado: 1910.

- Pignatelli, Adrián Ignacio. 1997. Caras y Caretas. En Historia de revistas argentinas. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas. Vol. 2, p. 271-348.
- Posada, Adolfo. 1987. La República Argentina. Buenos Aires: Hyspamérica. 392 p. (Biblioteca Argentina de Historia y Política; 77).
- La Prensa*. Buenos Aires. Año consultado: 1910.
- Prieto, Adolfo. 1988. El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna. Buenos Aires: Sudamericana. 241 p. (Historia y Cultura).
- Ramos Pérez, Rosario. 2003. Ephemera: la vida sobre el papel: colección de la Biblioteca Nacional. Madrid: Biblioteca Nacional. 542 p.
- Real Academia Española. 2001. Diccionario de la lengua española. 22<sup>a</sup>. ed. Madrid: RAE, Espasa. 1614 p.
- Rivera, Jorge B. 1980. La forja del escritor profesional (1900-1930). En La historia de la Literatura Argentina. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Vol. 3. p. 337-360.
- Romano, Eduardo. 2004. Revolución en la lectura: el discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses. Buenos Aires: Catálogos; El Calafate editores. 448 p.
- Ruiz, Élidea. 1980. Las escritoras: 1840-1940. En La historia de la Literatura Argentina. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Vol. 3. p. 289-312.
- Rusiñol, Santiago. 1911. Un viaje al Plata. Madrid: V. Prieto. 306 p.
- Sabor Riera, María Ángeles. 1974-1975. Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia: Dirección de Bibliotecas, Secretaría de Coordinación Popular y Extensión Universitaria (UNN). Vol. 2. p. 111-146.

- Sáenz, Jimena. 1976. Entre dos centenarios: 1910-1916. Buenos Aires: La Bastilla. 302 p. (Memorial de La Patria / Félix Luna).
- Salas, Horacio. 1996. El centenario: la Argentina en su hora más gloriosa. Buenos Aires: Planeta. 316 p.
- Santos Gómez, Susana. 1983. Bibliografía de viajeros a la Argentina. Buenos Aires: FECIC, Instituto de Antropología e Historia Hispanoamericana. 2 vol.
- Sarlo, Beatriz. 2000 [1995]. El imperio de los sentimientos. Buenos Aires: Norma. 232 p.
- Severino, Jorge Enrique. 1996. Biblioteca de "La Nación" (1901-1920): Los anaqueles del pueblo. En *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*. No. 1, 57-94.
- Sisson, H.-D. 1910. La République Argentine: description, étude sociale et histoire. Paris: Plon-Nourrit. 329 p. (Le Pôle Latin de L'Amérique).
- Steiner, George. 1999. Libros en una era de post-alfabetismo. En *Revista Universidad de Antioquia*. No. 255, 7-15.
- Urien, Carlos y Ezio Colombo. 1910. La República Argentina en 1910. Buenos Aires: Maucci Hnos. 2 vol.
- Zanetti, Susana. 1997. Lectores, lectoras, lectura en la novela de entresiglos (1880-1920). En *La novela latinoamericana de entresiglos*; Susana Zanetti, comp. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, FFyL-UBA. p. 125-141.

# 5

## ASALTOS FINALES DE LA CULTURA IMPRESA



IMÁGENES DE LA LECTURA  
Y DE LAS REPRESENTACIONES ESCRITAS E IMPRESAS  
EN *Caras y Caretas* DURANTE LA PRESIDENCIA  
DE MARCELO T. DE ALVEAR  
(1922-1928)

SIN DUDA, al abordar las representaciones de la escritura y de la lectura en un período determinado, se presenta una serie de preguntas. Interrogantes que, en el mejor de los casos, admiten respuestas provisionales y dubitativas, pues el universo del usuario de la cultura impresa es, en definitiva, una recreación múltiple y coral. No obstante, la Historia de la Lectura, desde una mirada alentadora, también admite el progreso acumulativo de la ciencia: intenta comprender la realidad lectora a través de aproximaciones sucesivas.

Dentro de este marco asediado por la conciencia de la incertidumbre y por la variedad de los enfoques propios de la Historia Cultural y de la microhistoria, es posible establecer un conjunto tentativo de preguntas, tales como: ¿cuáles son los testimonios de la escritura y de la lectura que nos brinda un “semanario festivo” como *Caras y Caretas*?; ¿en qué consistían y cómo se agrupaban gráficamente esos testimonios?; ¿a quiénes iban dirigidos y mediante qué aparente intencionalidad ideológica, social o económica?; ¿qué usos y prácticas (manuscritas e impresas) manifestaban o intentaban, en cierta medida, imponer?; ¿cuáles eran los materiales y soportes de la época

que se presentaban como paradigmáticos?; ¿qué relaciones los vinculaban con el poder y la libertad, y las capacidades para leer y escribir?; ¿cuál era el modelo (si existió) que alentaba la cultura impresa de ese entonces?; ¿qué papel jugó dicha cultura en ese momento particular e intransferible de la historia de la Argentina?; ¿cuál es la razón (acaso la utilidad) de recuperar los rastros aparentemente mínimos de los ámbitos gráficos?, tan solo por citar algunas entre muchas interrogantes.

Antes de intentar una primera aproximación a estas preguntas, es necesario delimitar el alcance y el objetivo de las mismas. La documentación que se intentará abordar en *Caras y Caretas* son los “testimonios impresos y visuales subalternos”. Este concepto (arbitrario y limitado como toda circunscripción lingüística en el campo de la Historia de la Lectura) designa a todas aquellas improntas impresas consideradas como menores, ya sea por su contenido semántico como por su posicionamiento “mínimo” en el canon de la cultura gráfica oficial.

Se analizarán los avisos publicitarios, las referencias a la escritura y a la lectura a través de los anuncios, el tipo de lectores a los cuales estaban dirigidos, las menciones encubiertas (en artículos, notas y comentarios de diversa índole) sobre el papel social y económico que se esperaba de las capacidades de leer y escribir, la variedad de los materiales y soportes para comunicarse, la importancia de la “lectura de las imágenes” y su interrelación dialéctica con el universo impreso, el rol de la mujer ante la adquisición laboral de la escritura y la lectura, los libros en venta (principalmente en los avisos) y su trascendencia en la movilidad social, la presencia del “cartel” como elemento de difusión de la lectura, la importancia de la escritura mecánica (máquinas

de escribir) y de la caligrafía como habilidades calificadas, la imagen de la biblioteca y del bibliotecario, algunas curiosidades de la civilización escrita e impresa, el problema de la saturación informativa, etcétera.

La intención consiste en rescatar ese “continente perdido”, fundamentalmente en la vida cotidiana, de referencias menores o subalternas, directas e indirectas, relacionadas con el ámbito de la escritura, del libro y de la lectura en *Caras y Caretas* durante la gestión presidencial de Marcelo T. de Alvear (1922-1928).

Sin embargo, al analizar estos materiales se presenta una serie de obstáculos de difícil superación: ¿mediante qué usos y qué prácticas los individuos (o los distintos sectores sociales) se apropiaron de la escritura y de la lectura? Indudablemente, los testimonios de *Caras y Caretas* nos brindan un aporte a este tema. Entonces, ¿cuál es el procedimiento para dilucidar, aunque sea modestamente, algunos de estos aspectos? En esta encrucijada es necesario recurrir al método interpretativo y cualitativo, en espera de nuevos hallazgos en otras fuentes que rescaten las huellas de las distintas apropiaciones que hicieron los lectores de los textos, tanto manuscritos como impresos y visuales. En este período, con los recursos presentes, se debe apelar al análisis de las imágenes y las representaciones en los ámbitos impresos denominados “menores o subalternos”, para inferir, provisionalmente, el mundo de las ideas y el modo de pensar de los lectores en esos años.

La Historia de la Cultura Impresa y de la Lectura suele presentarse como un horizonte abierto, en algunos de sus frentes, por distintas sendas que se adentran hasta el núcleo de sus principales tópicos. En muchas ocasiones, el historiador de la lectura actúa fragmentariamente, por

disociaciones de prácticas y de usos, según el camino que opte seguir. Se puede pasar, de este modo, del estudio del libro antiguo, pautado por el rollo (volumen), a los ámbitos del libro manuscrito (códice) y del libro impreso, arribando, en última instancia, a la imposición del texto virtual. No obstante, no debe olvidarse que los universos de la escritura y de la lectura, cualquiera sea la época en que se aborden, en cierto sentido amplio, conviven todos a la vez, en una especie de tolerancia mutua signada, casi siempre, por el dominio (avasallador o protector) del modo textual dominante de cada época. El comportamiento de los modos de expresarse y de las imágenes (escritas e impresas) invoca, acaso, un horizonte fractal por su complejidad, pero no excluyente en la totalidad de sus manifestaciones.

Los modestos testimonios de *Caras y Caretas* forman parte de esta larga tradición y representan algunos de los modelos y de los patrones que construyen la civilización impresa. Dentro de su marcada humildad, son como las muñecas rusas que al abrirlas descubren su propia imagen algo más reducida, pero en este caso con una variante: las sucesivas muñecas simbolizan un modo de compartir los gestos textuales, por más pequeños y diminutos que sean.

## LAS "IMÁGENES" DE LA LECTURA

*Caras y Caretas*, como se ha señalado durante el Centenario, fue una de las primeras revistas que utilizó el poder de las imágenes (fotografías y dibujos) para registrar el acontecer de la sociedad argentina de ese entonces. Nada escapó a su campo visual. Los acontecimientos nacionales e internacionales, los actos institucionales, la escena política y las rivalidades partidarias, el movimiento cultural,

la cotidianidad, la literatura y el teatro, las industrias, el campo, los sucesos policiales, los avisos publicitarios, el ocio, el teatro y el cine mudo, fueron minuciosamente registrados y documentados en todo tipo de imágenes.

La lectura no fue una excepción de este afán de “visualización”. Es posible reconstruir las representaciones del acto de leer a través de una selección de las imágenes que reproducen esa actividad. Su variedad y dispersión requiere, en un primer momento, de una clasificación provisional de las mismas. Las “ilustraciones” de la lectura en *Caras y Caretas* se pueden clasificar del modo siguiente: *lectura mundana*, *lectura doméstica* y *lectura institucional*. Esta tipología es una taxonomía preliminar y admite, por ende, otras aproximaciones más o menos disímiles. No obstante, constituye un esquema de trabajo para detectar la riqueza de esta práctica en las esferas más diversas.

La *lectura mundana* fue una de las más reproducidas en el semanario. Se la podría definir, muy ampliamente, como una lectura de sociedad y de detentación de cierto grado de poder y de privilegio social. Los cronistas gráficos de *Caras y Caretas* las incluían bajo el título de “alta sociedad”. Fueron muy comunes tanto para retratar a los sectores pudientes como a los representantes diplomáticos y autoridades gubernamentales.

Un caso típico es la foto de la señorita Clara Marcó Roca, tomada por Franz van Riel. La instantánea es simple pero abigarrada y algo barroca. Clara se encuentra sentada en un primoroso sillón, lleva un amplio vestido de fiesta, cuya falda abarquillada ocupa casi todo el ancho de la imagen; un brazo descansa sobre el almohadón que se apoya en el escritorio, donde se encuentran varios libros in-folio antiguos; en el piso, se observa una carpeta de dibujos; la

mirada de Clara se pierde en un punto indefinido por encima del objetivo; y en el centro de la imagen, cautivando la mirada del observador, reposa el otro brazo de la joven mujer: lleva en su mano un libro abierto, como si hubiera sido interrumpida, tan solo unos momentos, en el acto de leer (CC, no. 1374, 31 ene. 25). El mensaje, a primera vista, es rotundo: consiste en una fotografía de “pose social” que se afirma por su distinción mundana. La holgada solvencia de medios permite proyectar al libro como elemento de ocio casi aristocrático y patricio; es más, en este caso el libro avala y jerarquiza la calidad estética y económica del sector social que representa.

En cambio, la *lectura doméstica* se presenta, preferentemente, en los avisos. Las imágenes evocan la intimidad hogareña, tanto en forma individual como colectiva. De este modo, se pueden observar los siguientes momentos a través de la publicidad: una joven pareja leyendo cada uno su propia revista (CC, no. 1330, 29 mar. 24); una mujer, cómodamente sentada en una butaca y con los pies en un pequeño banco, hojeando un “magazine” (CC, no. 1438, 24 abr. 26); la familia de “un hogar feliz”, compuesta por cinco niños y sus progenitores, en el momento de leer *El tesoro de la juventud* (CC, no. 1365, 29 nov. 24); un matrimonio mirando el diario ante una mesa ratona (CC, no. 1301, 8 set. 23); luego, un ejemplo de “ancianidad feliz”: el abuelo leyendo a su nieta (CC, no. 1393, 13 jun. 25); a continuación, el dibujo de una muchacha ensimismada, aunque algo exhausta, por el esfuerzo de la lectura: el aviso publicitario que reproduce esta imagen le sugiere a la joven que tome el “tónico reconstituyente Iperbiotina”, porque “así como es sana la lectura de un buen libro es sano el tonificarse para adquirir fuerzas y energías” (CC,

no. 1425, 23 ene. 26), y muchos casos más. Lo interesante de las representaciones gráficas de la lectura doméstica, radica en el hecho de que esbozan las distintas prácticas de la vida diaria. En esas imágenes aparece la lectura intimista, la grupal, la silenciosa, y también la que se realiza en voz alta. Son reproducciones que manifiestan la integración y la convivencia de todos los usos del acto de leer: modos y maneras que actúan orquestal y dinámicamente.

La *lectura institucional*, abundantemente registrada, se centra en instituciones tales como escuelas, bibliotecas, sociedades de fomento, clubes de barrio, entidades de beneficencia, entre otras. Es una lectura opuesta a la mundana. Su finalidad radica en los aspectos utilitarios del libro, pues rescata la funcionalidad de la lectura para la formación personal, la incorporación de conocimientos y, principalmente, para la autosuperación. Su riqueza es muy interesante, ya que las imágenes rescatan tanto las prácticas individuales y silenciosas como las públicas realizadas a viva voz. Se trata, además, de una lectura del esfuerzo, del estudio, del trabajo intelectual. En contraposición a la mundana y a la doméstica, en ella lo recreativo aparece en pocas instancias. Un ejemplo típico es la nota del 7 de abril de 1923 que registra la visita a “El Colegio de Huérfanos de Militares” del barrio de Caballito (Instituto General Belgrano). Luego de pasar revista a las bondades humanitarias de este establecimiento, el fotógrafo se resolvió por una imagen que sintetizaba el espíritu de la entidad: la aplicada lectura de una joven. La instantánea es elocuente. Una pupila, muy sobria y recatadamente vestida, sentada en un austero banco de madera, se entrega al acto de leer; posee lentes y se encuentra inmersa en el texto. La leyenda que acompaña a esta estampa es contundente: “La más

estudiosa...” (CC, no. 1279). Por añadidura, el artículo posee un encabezamiento que prenuncia este tipo de lectura pragmática y con elementos positivistas, ya que el mismo pone hincapié en una palabra clave del momento: “Progresos de una vieja institución”.

## INVENTARIO DE LECTURAS

Pero los usos de la lectura escapan a toda tipología. Hombres, mujeres y niños, cualesquiera fueran sus ingresos o su posición social, leían (o recurrían a mediadores lectores) de todas las formas imaginables, y cultivaban modalidades de gran creatividad y riqueza. *Caras y Caretas*, gracias a su amplísima distribución, en dos ocasiones registró los ámbitos de su propia lectura en la ciudad de Buenos Aires.

En una oportunidad, bajo el epígrafe “Cómo se lee *Caras y Caretas*” (CC, no. 1286, 26 may. 23); y, en otra ocasión, en el artículo “Desde el Presidente de la República hasta el más humilde ciudadano leen *Caras y Caretas*” (CC, no. 1472, 18 dic. 26). El inventario de estas maneras de leer es, pues, de vital importancia para conocer el universo del libro en la década de mil novecientos veinte. A continuación se enumeran algunas de estas lecturas:

1. “El Excmo. Señor Presidente de la Nación... haciendo paréntesis a sus altos deberes, detiene su mirada en nuestro semanario...” (Marcelo T. de Alvear leyendo en su despacho).
2. Un “sincero amigo de *Caras y Caretas*, en cuya contemplación se complace, analizándonos con su fino espíritu de observación.” (Enrique Larreta hojeando la revista).

3. “El cuerpo médico argentino, entre quienes tenemos verdaderos amigos...” (Un médico de pie con el semanario en la mano).
4. “Una ojeada a las muchas novedades de ‘Caras’ no desnaturaliza los rigores de la disciplina militar.” (Un grupo de militares leyendo en el casino de oficiales).
5. “Mientras viene acercándose el barco a la vista, el oficial de las costas busca solaz entre las notas y los episodios de nuestras páginas.” (Lectura de un marino en el puerto).
6. “Caras y Caretas, en manos de los pasajeros de ómnibus y tranvías, en un punto de convergencia de dos hermosas miradas.” (Dos jóvenes mirando la revista en un tranvía urbano).
7. “El inquieto espíritu estudiantil que tantas veces ha reflejado este semanario...” (Un par de estudiantes con Caras y Caretas en una biblioteca).
8. “A pesar de las vallas que difícilmente puede vencer la prensa, he aquí que el clero nos lee y aprecia gravemente.” (Un religioso, de espaldas, en el momento de leer).
9. “El alma de los niños enfermitos halla en los dibujos de Caras y Caretas un lenitivo y caminito azul para sus ilusiones.” (Un niño leyendo en el hospital).
10. “Si alguien contribuye a que se conozcan los esfuerzos del modesto servidor...” (Dos “servidores públicos” consultando el semanario).
11. “La infancia que tiene la calle por salón, halla en estas hojas un asunto suyo, muy suyo.” (Varios niños hojeando la revista en la vereda).
12. “En pocas partes como en el hogar, al ritmo de las dulces labores que le son propias, y en el íntimo regocijo de la familia, pueden leerse más a gusto las ‘cosas’ de esta revista que es la crónica argentina ilustrada.” (Una familia lee en el ámbito hogareño).

13. “No por humildes y por inquietos hemos de olvidarnos de la ‘Caricreta’ que tanto nos ha popularizado.” (Un conjunto de obreros contemplando el semanario en la vía pública).
14. “Concluidas las faenas de muelle y luego del almuerzo frugal, el veterano peón aduanero, que ha reposado ‘a puro campo’, distrae sus ratos en hojear la revista que todo lo trae.” (Un trabajador portuario, ya maduro, acostado en el piso).
15. “No es bastante fuerte la tiranía del trabajo para que nos deje de leer cada semana...” (Una costurera lee atentamente ante su máquina de coser).
16. “Los servidores de la marina nacional, acostumbrados a vernos en todas partes, no abandonan ese agradable culto.” (Dos marineros hojearo el semanario en un buque).
17. “... el chofer de confianza explica a los niños el significado de las páginas que a la curiosidad infantil mejor satisfacen.” (El conductor de un auto lleva a cabo una lectura comentada junto a dos niños).
18. “Las urgencias y exigencias de los transportes no lograrán jamás hacerle olvidar que Caras y Caretas le ofrece siempre motivos de placenteros paréntesis.” (Un transportista, al pie de su carro, repasa el semanario).
19. “¡Qué linda debe sentirse la revista en manos de una chica bonita!: las crónicas sociales tienen su encanto en las páginas de Caras.” (Varias chicas leyendo en distintos medios de locomoción pública).
20. “El fotógrafo callejero profesa un alto respeto por nuestra actualidad y corrige sus poses en las fotografías artísticas de los maestros del daguerrotipo.” (Un fotógrafo mirando el magazine, ante su cámara de cajón, en una plaza).
21. “En los rincones del zoológico el guardián se deleita leyendo la historia de los animales...” (Un empleado, vestido de riguroso uniforme, lee de pie).

22. “¡La página de los niños!... Toda la casa es poca para el lector minúsculo que se echa a tierra cómodamente para leernos mejor.” (Un niño tirado en el piso con la revista).
23. “El repartidor de leche vuelve leyendo *Caras y Caretas* preocupado por la sección Ganadería.” (Un joven lechero mira el semanario mientras camina).
24. “*Caras y Caretas* trae en sus notas de Italia, un recuerdo para este hijo distante.” (Un inmigrante leyendo sobre una pila de escombros).
25. “No sabemos lo que pensará de nosotros este tierno lector. Pero nos respeta, porque no ha sido capaz de rompernos, que era, no hace mucho, lo que más le entretenía...” (Un niño aprendiendo a leer con *Caras y Caretas*).
26. “A este conocido señor pueden tomarle el pelo, pero nadie le saca nuestra revista de entre las manos.” (Un hombre, sentado en la peluquería, examina atentamente *Caras y Caretas* ante la mirada atónita del peluquero).
27. “El acto más difícil no es leer sino comprar una revista. Para adquirir *Caras y Caretas* todo parece fácil.” (Un ciudadano, vestido con un traje elegante, abocado a la lectura frente al kiosco de revistas).

Si bien estas fotografías, tomadas por Salomón Vargas Machuca en 1923 y 1926, constituyen “escenas armadas” para la promoción comercial de *Caras y Caretas*, esta situación no excluye, indudablemente, la multiplicidad y la dispersión de los modos de leer en ese período. Los espacios para ejercer la lectura se explayaban, dinámicamente, desde la esfera íntima hasta la pública, impregnando a una sociedad cosmopolita y heterogénea, donde los procesos de urbanización y de alfabetización comenzaban a influir en amplios sectores de la población.

Estas fotos, por otra parte, sobre todo en las escenas grupales, revelan la presencia de un agente muy importante en los momentos de auge inmigratorio en la Argentina urbana: el *mediador lector*, es decir, aquel individuo que dominaba parcial o suficientemente la lectura y que leía a los que no podían hacerlo. La importancia de este amplificador cultural aún no ha sido estudiada en detalle en nuestro país. No obstante, gracias a su existencia, numerosos grupos de trabajadores y obreros analfabetos pudieron compartir el mundo de la civilización impresa. Muchas veces las cisuras sociales son subsanadas, aunque siempre parcialmente, por la entrega y la solidaridad de personas que comparten con otros de su ámbito las destrezas lectoras adquiridas laboriosamente.

#### LA LECTURA COMO SENTENCIA BÍBLICA: "GANARÁS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE"

La lectura constante y el rigor de la labor intelectual ("el esfuerzo continuado del cerebro") podían llegar a agotar al individuo más fuerte. El deterioro progresivo del organismo se producía "por el paulatino agotamiento del elemento vital de nuestra existencia: el fósforo orgánico". Los intelectuales, ante esta inexorable calamidad, debían recurrir a la ingesta diaria de "Fitina", una maravillosa combinación fosforada. Los avisos que aparecieron en *Caras y Caretas* sobre la milagrosa "Fitina" fueron numerosos (CC, no. 1336, 10 may. 24). En líneas generales se reproducía la imagen de una persona agotada, con varios libros sobre el escritorio y con una mano tomándose la cabeza.

El tema del cansancio intelectual fue un tópico muy divulgado en el siglo XVIII, sobre todo por los famosos

trabajos del médico suizo Tissot. La medicina revitalizante y los rigores del intelecto constituyeron un lugar común en las sociedades modernas. Pero detrás del “esfuerzo del cerebro” se ocultaba asimismo un modo de leer que excluía la lectura recreativa, y anteponía la lectura típica de un lector profesional o paraprofesional: el que necesitaba apropiarse de los textos impresos con dedicación y esfuerzo. El éxito final de esta apropiación utilitaria estaba dado por la ganancia económica y el prestigio social. Los avisos de *Caras y Caretas*, a lo largo de los años, jugaron dialécticamente con ambas lecturas, según los intereses de los anunciantes.

## IMÁGENES GRÁFICAS Y CULTURA IMPRESA

*Caras y Caretas*, sin duda alguna, desempeñó un papel revolucionario en la Historia de la Imágenes Gráficas en la Argentina. Su logro mayor, aún no estudiado sistemáticamente, fue proyectar el campo visual de la imagen a un plano superlativo, un ámbito a la vez independiente e íntimamente complementario de la lectura textual. Acaso, y esta aproximación escapa al desarrollo del presente trabajo, fue la revista que desarrolló la lectura visual en un momento, por ejemplo, en que la fotografía y la ilustración impactaban notablemente en el público lector, tanto alfabetizado como iletrado. En cierto sentido amplio, creó sus propios códigos y sentó las bases (un ejemplo de ello fue su aporte en el campo publicitario) para que otros artistas gráficos crearan nuevas expresiones de la imagen como apropiación y representación de una lectura global de la cultura impresa.

Los ejemplos de esta clase de imágenes son innumerables en *Caras y Caretas*. Sólo tomaremos tres casos para ilustrarlos: la imagen de la biblioteca en las fotografías, la presencia de la escritura en las caricaturas y dibujos y, principalmente, el ámbito de la lectura cotidiana en el universo gráfico en general.

¿Cuál era, pues, dentro de la Historia de la Ideas, la imagen de la biblioteca que reproducen las fotografías de este semanario festivo? En líneas generales fue la siguiente: la de los “libros cautivos tras los cristales de una biblioteca-mueble (librería)”. ¿Qué significa esta expresión? En este caso la estadística es determinante: la mayoría de las fotos de la década del veinte, aproximadamente un 80 %, presenta los libros atesorados bajo llave. En terminología bibliotecaria, nos encontramos ante bibliotecas de “estante cerrado”. Las imágenes son, en casi todas las instancias, muy similares. En primer plano, hombres y mujeres sonriendo ante el objetivo de la cámara, en el instante mismo en que se suspende la vida. En un segundo plano, contra la pared y recordando un aspecto ornamental, la biblioteca-armario con sus libros fuertemente custodiados. La instantánea no reproduce sólo bibliotecas particulares. En septiembre de 1924 (CC, no. 1353, 6 set. 24) los miembros de la Comisión Directiva del Club Social Victoria adoptaron, sin dudar, esta estructurada composición. (Otros ejemplos similares: CC, no. 1424, 16 ene. 26; CC, no. 1477, 22 ene. 27; CC, no. 1490, 23 abr. 27; CC, no. 1497, 11 jun. 27).

Esta imagen, aunque también existían bibliotecas con estanterías abiertas, posee lecturas múltiples. No obstante, es posible intentar una primera aproximación. El libro prietamente encerrado constituía, como se ha observado en la década pasada, una metáfora de su imagen social

sacralizada. No por lo que significaba como objeto material, sino porque era un bien cultural (utilitario o recreativo) cuya apropiación plena podía asegurar o alentar la tan ansiada *movilidad social*. La biblioteca debía cuidar y custodiar estos instrumentos capaces de cambiar a un individuo para transformarlo en otra persona. Es decir, el libro sacralizado para pensar en la posibilidad de ser otro. Pero esta imagen tiene su contrapartida intertextual: el libro encerrado implica un desaliento a la lectura, una limitación a su posesión. Y lo que es más, instala la figura del intermediario entre el texto y el lector: la persona a la cual se debían solicitar las obras. Por otra parte, no hay que dejar de lado el aspecto aparentemente decorativo de los libros en los anaqueles, pues también presentan a la cultura impresa dentro de un marco de seriedad intelectual y de prestigio social. De este modo, se manifiesta un ambiente estructurado, casi binariamente, entre el libro como un bien custodiado y la necesidad de leer.

Las caricaturas, dibujos e historietas que toman el mundo alfabetizado eran, en *Caras y Caretas*, abrumadores. Su inventario sobrepasaría, holgadamente, varios centenares de imágenes que hacen referencia a este tópico. Dos portadas, de años distintos, ilustran el caso: una relacionada con el ámbito político y otra con el deporte. A fines de febrero de 1925 la tapa del semanario era la siguiente: Marcelo T. de Alvear, en mangas de camisa, operaba una imprenta, ante un funcionario de su gobierno; la máquina impresora trabajaba a tal ritmo que ocasionaba, literalmente, una lluvia de hojas impresas, en las que se leía “Intervención a Mendoza”, “Intervención a Jujuy”, “Intervención a San Juan”; otras hojas tenían el espacio de la provincia a intervenir en blanco (CC, no. 1378, 28 feb. 25). La otra

caricatura se relaciona con el fútbol: ahora Alvear, rigurosamente vestido de etiqueta y con un sombrero de copa en una mano, da “El puntapié inicial” (así dice en la viñeta) de un partido de fútbol; el presidente, de virtuosa destreza, “hace jueguito” con una pelota que tiene la leyenda “Personalistas. Córdoba” (CC, no. 1346, 19 jul. 24).

Tal como lo señalan las imágenes precedentes, el universo impreso relacionado con el poder y la libertad de expresión, no estaba ausente en la gestión de Alvear. La imprenta, el medio de difusión más poderoso de ese entonces, constituía una ayuda indispensable para imponer (como la imposición de una página tipográfica) una medida política o de Estado. Las intervenciones, además, podían ser tantas, que era necesario dejar un espacio en blanco para que la ayuda de la escritura manuscrita llenara los claros dejados por la imprenta. Pero el ejercicio del poder político requiere de otras instancias: las de la esfera popular. Marcelo T. de Alvear era también capaz de un buen dominio de pelota.... un balón, por cierto, no exento de consignas ideológicas y de prácticas de escritura para ejercer la autoridad. En este caso, se recurre a una fórmula que siempre tuvo buenos resultados: política, imprenta y deporte. Las competencias de imprimir y de leer, en este caso, fueron utilizadas como elementos fundamentales para transmitir (y modelar) los actos de gobierno; acciones, en definitiva, imbricadas con las retóricas gestuales y textuales de transmitir las ideas de lo que se quiere y desea (y de aquello que no se quiere cuando se ejerce la autoridad).

La presencia abrumadora de grandes cantidades de información y su organización racional fueron problemas característicos de ese entonces. Entre los numerosos avisos y artículos que mencionan este tópico, dos de ellos, debido a su antagonismo, ilustran esta situación de “tensión y de gestión informativa”. El primero es un anuncio que presenta, sin duda alguna, la panacea de la administración moderna, bajo el título “¡Lo que toda oficina necesita!”. Se trata de los famosos archivos, gabinetes y ficheros “La Camona”, una compañía especializada en la venta de muebles de oficina, cuyos sistemas de almacenamiento y clasificación constituían una garantía para “economizar tiempo y dinero”. Un diálogo entre el gerente y el contador de una empresa esboza, sintéticamente, las virtudes ofrecidas:

Contador: Desde que hemos instalado el nuevo Sistema ‘Camona’ hemos ahorrado \$ 4.900.

Gerente: ¿En qué forma?

Contador: Evitando grandes clavos: hay más exactitud en el contralor de las cuentas, y, por otra parte, con la nueva sistematización del archivo, ahorramos mucho tiempo en la búsqueda de datos y referencias...” (CC, no. 1304, 29 set. 23).

El pequeño y aparentemente insignificante diálogo nos introduce en uno de los dramas del siglo XX: la acumulación excesiva de los registros manuscritos e impresos. Un problema que siempre admite dos posibles soluciones: la organización y la selección (lo que implica también el descarte) de los datos acumulados. Pero además esta conversación introduce una cantidad de vocablos que demuestran la naturaleza casi obsesiva (¿y ya “global?”) del universo

alfabetizado moderno, tales como “sistematización” de archivos, “búsqueda de datos”, “referencias”, etc. Un conjunto de términos, por cierto, que ya adelantaban la jerga informática del mundo actual. Por otra parte, el anuncio manifiesta uno de los problemas clave de toda civilización fundada en la escritura: el hecho de saber conservar los textos adecuados para usarlos en el momento oportuno. Sin embargo, esta es la punta del iceberg. Las civilizaciones “textuales” sufren el síndrome de la angustia producida por la acumulación excesiva de los más diversos registros.

Este punto introduce otro artículo que constituye una sátira ante la manía por clasificar el mundo que nos rodea. Se trata, nada menos, que de una breve nota de Ramón Gómez de la Serna, titulada “La locura de los clasificadores” (CC, no. 1300, 1 set. 23). La parodia del autor español también se extiende a la realidad de la Argentina. Se fundamenta en el hecho, en apariencia absurdo, de que toda clasificación excesiva lleva, inevitablemente, a una especie de “falta de memoria absoluta” para encontrar aquello que se ha clasificado, pues se ha basado en una taxonomía descontrolada del detalle más insignificante. Es decir, en una verdadera enfermedad por la clasificación y los clasificadores. Dejemos hablar, en unas pocas líneas seleccionadas, a su autor:

“El comprador de clasificadores ya no para nunca. Le pervierten los primeros. Es el suyo un vicio como el que se purga demasiado a menudo y acaba purgándose todos los días. Ya no podrá vivir sin sus clasificadores.”

“Los ficheros son muebles sin espíritu, sin confidencias, sin emoción. Son muebles que guardan sólo memoria, una gran dosis de memoria, memoria seca, memoria de papelillos, memoria en aleluyas.”

“Hay ya mares de fichas y papeletas en el mundo, y yo que tengo alguna sensibilidad siento el mareo de ese mar de cartoncitos.”

“El mundo, pues, resulta abrumado por los ficheros, como torrecitas o campaniles de recordación, como alargadas pirámides de referencias, como notas de señas y garantías interminables.”

“Yo veo al hombre chiquitín, abrumado, caído a los pies de esos ficheros inacabables, y veo el día de la tragedia en que es necesario encontrar la ficha importantísima y necesaria y no la encuentra por ningún lado, y todos los casilleros revueltos, se vuelve loco, con la locura más imposible de curar que su complicación...”

De este modo, la sociedad argentina de la época de Alvear no escapaba a los grandes temas signados por el control y la organización de los productos de la escritura. Acaso estas dos posturas sean las caras iguales de una misma moneda. No sólo los sueños de la razón producen criaturas ingobernables y desahoradas. El universo manuscrito e impreso se presenta como una Torre de Babel que oscila, peligrosamente, entre la anarquía y la aparente placidez.

## LA BIBLIOTECA DEL HOGAR

Si bien las referencias a la cultura impresa poseen una extraordinaria riqueza en *Caras y Caretas*, son escasos los preceptos para formar una buena biblioteca. Una sección de amplia difusión en la revista, “La mujer y la casa”, firmada por Ivonne, nos ofrece un pequeño e ilustrativo artículo sobre este tópico. En el número correspondiente al 7 de febrero de 1925, Ivonne [Adelia Di Carlo], bajo el título de la *Biblioteca del Hogar*, estableció la normativa que debía tener el acervo familiar.

Este paradigma, en definitiva, no es más que un modelo de inclusión o de exclusión en el ámbito de la lectura. Un esbozo de los requisitos sociales y formales de lo que se esperaba de un buen plantel bibliográfico. La autora, educadora y precursora de los derechos de la mujer, señaló las siguientes características insoslayables de toda buena colección de libros hogareños: a) “en toda casa debe de haber buenos libros”; b) los libros constituyen “una fuente inagotable de consuelo y bienestar”, en especial, para la “mujer cansada y mortificada por los quehaceres domésticos”; c) no es necesario poseer una “biblioteca completa”, lo importante se centra en que “todo hogar puede tener ciertos libros útiles y necesarios”; d) es oportuno regalar libros a los niños “en vez de dulces y otros artículos que no sean de un valor duradero”; e) las obras que se compran, indefectiblemente, deben de ser de “buena moral” y de “valor permanente”; f) “los libros de una moral dudosa, deben siempre excluirse de una biblioteca de familia”; g) se debe leer con “orden” y “método”, evitándose las lecturas no sistemáticas; h) es necesario leer “los distintos ramos de la buena literatura, que aproveche bien la ocasión” (biografías, historia, viajes, poesía, novelas bien escogidas, ensayos, crítica literaria, obras sobre la naturaleza y sus maravillas, textos científicos); i) en sus lecturas, ante todo, la mujer hogareña debe de buscar “lo útil”; j) las obras que se adquieran deben estar muy bien impresas porque “además de ser más duraderas... son un adorno en la casa y sirven para cultivar el gusto por lo bueno, lo bello y lo artístico”, pues lo contrario haría “mal a la vista y al sentimiento estético” (CC, no. 1375, 7 feb. 25).

Aunque en primera instancia este pequeño “decálogo” estaba dirigido a la mujer también se extiende a los integrantes de la familia y, por sobre todo, constituye un compendio de

los modos y de las intencionalidades sociales del acto de apropiarse de los libros. Entre otros aspectos, acaso uno de los más interesantes, es aquel que señala lo que se entiende por “un buen libro”. Luego de señalar la lectura como un “consuelo y bienestar”, rápidamente se hace hincapié en el hecho de que ésta debe ser útil, necesaria, y de “buena moral”. Al arribar al mundo de los hábitos se ataca, sin dudar, a la lectura sin orden ni método. Cuando se pasa revista a las materias que deben estar representadas en la biblioteca hogareña se establece un reparo al género narrativo, pues a través de él es factible socavar las buenas costumbres por intermedio de las malas novelas. Finalmente, el libro es un elemento para lucir en los estantes, por lo tanto posee un valor estético visual fundamental. Nos hallamos ante una lectura familiar aún fuertemente pautada por la falta de libertad en la elección de los textos. Libertad que, al parecer, se podía hallar en otras instancias íntimas de la vida, tanto en la casa como fuera de ella. El libro todavía poseía un elemento de corrupción que debía gobernarse desde la esfera hogareña. Si bien era un bien cultural sacralizado llevaba en sus entrañas tipográficas la inmoralidad y la disolución de las buenas costumbres. El modo de dominar el aspecto diabólico del libro estaba dado más por su utilidad que por su don recreativo (allí existía el peligro). Los libros, entonces, eran todo lo bueno que podía imaginarse (hasta estéticamente portadores de belleza en su orden inmaculado en las estanterías); no obstante, había que domeñarlos bajo la tutela disciplinaria de la familia. La mujer desempeñaba un papel importante en la “tutela del acto de leer”, aunque también fue una víctima en esa sociedad que depositaba en los hombres el dominio de las facultades de la escritura y la lectura. Un dominio que, como veremos más adelante, ya dejaba de ser absoluto.

Son pocas las referencias a los bibliotecarios en *Caras y Caretas*. Las alusiones suelen ser, generalmente, veladas o indirectas cuando se comentaban las actividades desempeñadas por alguna biblioteca. Esta situación no constituye una novedad. De hecho, en la Argentina de ese entonces, la profesión de bibliotecario recién comenzaba a instrumentarse. En 1922, a instancias de Ricardo Rojas, se había inaugurado la Escuela de Archiveros y Bibliotecarios en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). La imagen del bibliotecario como profesional era casi irrelevante. Pero a pesar de ese amplio margen de inexistencia, se poseía una concepción paradigmática heredada del siglo XIX. Una idea que no resultaba muy alentadora en el "imaginario colectivo" de la población. El análisis de aquello que se pensaba del bibliotecario constituye un tema de vital importancia para comprender la cultura impresa en ese momento, ya que la persona encargada de una biblioteca era, tal como en la actualidad, el lazo vinculante entre el libro y el lector. La visión gregaria de esa tarea, en cierta medida, esbozaba y modelaba el papel de la lectura en la sociedad.

Dentro de este marco conceptual, no resulta ocioso rescatar un cuento que retrata esta situación. Gregorio Guzmán Saavedra, a mediados de 1925, publicó el breve relato de costumbres titulado "El bibliotecario (Tipos provincianos)", con un dibujo de E. Requena Escalada (CC, no. 1397, 11 jul. 25). El resumen del mismo es el siguiente. Patricio León se desempeña como encargado de una biblioteca en una ciudad de provincia. Su tarea principal consiste en espantar a los lectores con el objeto de escribir "su propia obra" maestra: ¡*Claridad, más claridad!* El estilo de su libro es cargado y exageradamente retórico. Es el

típico bibliotecario enjuto, consumido, mordaz y cascarrias. Entretanto, las ratas, paseándose por los anaqueles, devoran los libros a su gusto. Nuestro bibliotecario, una vez publicada su obra, se complace en la espera de buenas ventas y críticas favorables. Nada de eso acontece. Nadie lo toma en cuenta. Sin embargo, aún tiene una ilusión. Lleva su libro a la biblioteca aguardando que un lector benevolente sea el erudito que avale su creación. El lector anhelosamente esperado al fin llega. Durante horas lee su libro como cobijado bajo su masa impresa. El bibliotecario tiene que cerrar la biblioteca y el lector continúa como sumergido en el texto. Finalmente, el señor León se acerca a su querido lector. El descubrimiento es abrumador: ¡el erudito usuario estaba dormido! El bibliotecario, furioso, lo expulsa de la biblioteca. Frustrado, pero no vencido, comienza a escribir una nueva obra maestra.

Las siguientes citas textuales son ilustrativas:

“Felizmente, los lectores que, aunque escasos, siempre van a importunarle con sus solicitudes y conversaciones insípidas, están ausentes ahora y León puede dedicarse con tranquilidad a la confección de su libro.”

“Una rata asoma sus picarescos ojillos entre dos gruesos folios que seguramente son su actual casa de comida, y atusándose los bigotes pasea la mirada por la sala desierta.”

“En los diez años que lleva en su empleo, Patricio se ha puesto en condiciones de colocar una obra propia en las abigarradas estanterías de la biblioteca.”

“Le arrebató el libro y tomando al durmiente [el lector de su obra] por los hombros a empujones y con una que otra patada lo coloca en la acera, lleno de energía que nunca sospechara en su menguada contextura.”

Nos encontramos ante un bibliotecario que aspiraba a ser un intelectual vanidoso. Su ambición principal, escribir su propio libro; su servicio a la comunidad, espantar a los lectores; su dedicación a los libros, ninguna, pues las ratas “velaban” los impresos por él; y su acto más enérgico, arrojar a puntapiés a un usuario que no lo lee. Indudablemente, se trata de una parodia narrativa. No obstante, en ella se hallan muchos elementos de la realidad. El bibliotecario, en la mejor de las situaciones, era en esa época un pragmático con distintos niveles de formación intelectual. En muchos casos, no en todos, se requería de un intermediario que estableciera cierta distancia entre los usuarios y sus necesidades de leer. Un alejamiento que se vinculaba aún con el requisito de aproximarse con recato y respeto a los libros. Sin bien éstos debían leerse, era necesario un mediador que no facilitara en forma irrestricta su acceso. Otros elementos que fortalecían esta situación, como se ha observado, fueron las bibliotecas con puertas vidriadas y la lectura hogareña teñida de una fuerte pátina moral.

El bibliotecario, pues, era funcional a este esquema de aproximación cauta a los libros, de ahí su modelo hurraño, distante y algo agresivo. Acaso sus conciudadanos esperaban esta conducta por parte de él. Un modo de obrar que apuntaba más a la realización intelectual del bibliotecario en su trabajo cotidiano, pero que aún estaba distante de su configuración como trabajador social. Sin embargo, esta parcial y limitada aproximación no debe tomarse en su aspecto negativo. En esos años y, fundamentalmente en la década del treinta, los bibliotecarios de los clubes barriales y de las sociedades de fomento cambiarían su imagen desfavorable por otra mucho más alentadora.

*Caras y Caretas*, por intermedio de sus avisos, ofreció en venta una gran cantidad de obras. Libros de arte, títulos bélicos, grandes colecciones, ediciones de autores consagrados como Hugo Wast [Gustavo Martínez Zuviría], catálogos comerciales, etcétera. Pero ignoramos, en forma concluyente, con qué intensidad fueron leídos por los usuarios a los que estaban destinados. La apropiación de la publicidad es, sin duda, incierta e indirecta. Sólo podemos afirmar la enorme dispersión que alcanzaron los avisos en *Caras y Caretas*, una revista que se encontraba en los hogares de amplios sectores sociales; su característica principal era su vocación festiva y plural en el momento de la lectura. En este sentido, era una publicación para todos los ciudadanos.

Pero existe una limitación de forma y contenido: la promoción de libros en venta a través de avisos no significa la lectura de esas obras. Sin embargo, muchos libros, fundamentalmente de carácter enciclopédico, tuvieron una amplia difusión durante los años veinte. Tres títulos constituyen un ejemplo de la presencia de grandes repertorios de referencia en bibliotecas particulares e instituciones de ese período: *El tesoro de la juventud*, *el Diccionario enciclopédico hispano-americano*, y *la Enciclopedia Espasa*. Todavía resta un estudio detallado sobre la extraordinaria divulgación de estas enciclopedias. Es conocida su existencia en diversos segmentos sociales, aunque se desconocen, fehacientemente, las múltiples prácticas de sus usos en la vida cotidiana.

Los abundantes anuncios de sus virtudes bibliográficas nos permiten conocer la multiplicidad de las representaciones tipográficas en las que se fundamentaron. La abrumadora promoción del *Tesoro de la juventud* es una prueba de ello. Algunos de los textos que alentaban su compra fueron los siguientes:

“Son muchos los padres que piensan.... en la selección de un regalo verdaderamente útil, en el presente y en el porvenir; un regalo que a la vez que colma los deseos del niño estudioso y aventajado, le recuerde en años venideros que sus tempranos esfuerzos merecieron el cariño o reconocimiento de sus padres.”

“*El tesoro de la Juventud*. Es el regalo ideal, para estimular las ambiciones nacientes, porque a más de ser una obra adaptada a los mejores métodos pedagógicos, constituye una verdadera fuente de grandes conocimientos, cuyo valor práctico puede advertirse de inmediato, a raíz de una simple ojeada de cualquiera de sus 20 fascinantes volúmenes. Todos los niños y adultos que tienen la dicha de poseer esta obra incomparable, la cuidan como un tesoro...” (CC, no. 1348, 2 ago. 24).

“*El Porvenir de estos Niños* [fotografía oval del perfil de dos niños] depende de la educación que reciban en la edad temprana. Y como el receso escolar hasta marzo debe de ser aprovechado en robustecer y acrecentar sus conocimientos, para que ingresen al grado inmediato superior en excelentes condiciones, se impone que los padres que aún no han comprado a sus hijos *El tesoro de la juventud* aprovechen ahora el motivo que proporcionan las próximas fiestas de Navidad, Año Nuevo y reyes, para regalarles” (CC, no. 1366, 6 dic. 24).

“Un libro ideal para las vacaciones” (CC, no. 1468, 20 nov. 26).

“Crecen sabiendo.” [grabado de una madre con su hijo; ella con una mano le señala el porvenir] (CC, no. 1419, 12 dic. 25).

Este tipo de sentencias, que apelaban a la necesidad de recuperar y de conquistar un “tesoro esquivo”, se repitió profusamente en los avisos de *Caras y Caretas*. El mensaje es inequívoco: los niños debían dejar de lado la lectura recreativa por otra más útil. El verdadero tesoro perdido consistía en manipular el conocimiento caracterizado por el valor práctico. El receso escolar ocasionaba la dejadez y el tedio estéril. El saber verdadero se fundamentaba en una acción intelectual operativa. Niños y adultos, al adquirir *El tesoro de la juventud*, se proyectaban en una modernidad signada, preferentemente, por los valores pragmáticos.

No obstante, a pesar de su notable presencia en muchos hogares de clase media, aún es poco lo que se conoce acerca de los usos de *El tesoro de la juventud*. En cambio, no sucede lo mismo con el *Diccionario enciclopédico hispano-americano* y la *Enciclopedia Espasa*. Pues gracias a una publicación de la Biblioteca Nacional en 1936 (*Los 2600 libros más pedidos...*) sabemos que fueron, posiblemente, las obras más consultadas en sala por los lectores. Este “grado de uso” ya estaba prefigurado en muchas publicaciones de *Caras y Caretas*. Una muestra de ello son los avisos siguientes:

**“¿Hasta donde alcanzan sus horizontes?** Ud. no puede lanzarse a la calle y apoderarse del Universo. Tiene que estarse en su sitio, ocupando su asiento y confinado por cuatro paredes que las circunstancias le han deparado. Lo que sí, puede Ud. traer el mundo dentro de su cuarto —si sobra en él un espacio de 1/2 metro cúbico— con un ejemplar del “**Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano**”. Esta monumental obra, con sus 75.000.000

de palabras ofrece a Ud. el medio de extender sus horizontes ilimitadamente, poniendo todos los ramos del conocimiento universal al alcance de su mano. Encontrará Ud. en sus 28 magníficos volúmenes, con más de 1000 páginas a 3 columnas, cada uno, 12.000 ilustraciones, 200.000 artículos enciclopédicos y 600.000 artículos diversos. La **Única Gran Enciclopedia Completa en Castellano, y la Más Extensa en Cualquier Idioma**” (CC, no. 1304, 29 set. 23).

**“Detrás del hombre que triunfa existe siempre una fuerza de conocimiento y saber. Si examinásemos las bibliotecas de los grandes hombres de hoy día, en el 95 por 100 de los casos encontraríamos en ellas, y en el puesto de honor, la ENCICLOPEDIA ESPASA que es la primera en su clase, inmensamente superior en contenido, amplitud y presentación a cuantas se han publicado en el mundo entero”** (CC, no. 1344, 5 jul. 24).

Estos tipos de anuncios fueron habituales en nuestro semanario festivo. Ambas obras, a lo largo de esa década, lucharon por las preferencias del público. En cierto sentido, se estableció una rivalidad bibliográfica para capturar a los lectores potenciales. Una confrontación que no tuvo vencedores, pues por el opúsculo editado por la Biblioteca Nacional, se puede determinar que fueron constantemente consultadas. Sin embargo, el presidente de la República, don Marcelo T. de Alvear, había inclinado la balanza al optar por uno de los repertorios. En la edición que conmemoraba un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo, en 1925, en la nota titulada “En la intimidad”, se reproducen varias fotografías del primer mandatario en la vida cotidiana; en una de ellas, Alvear aparece frente a su escritorio de trabajo: atrás de él, como apuntalando sus hombros, se encuentra una biblioteca con los tomos de la

El papel de la mujer en la sociedad alfabetizada se caracterizó por su perfil ambivalente. En este período se presentaron dos aspectos que pautan su presencia en la sociedad. En primera instancia, la participación en la administración del hogar y en la educación de los hijos, en una especie de clausura laica de puertas adentro. En un segundo momento, los primeros pasos de la mujer para intervenir en los medios de producción y, principalmente, en el dominio amplio y versátil de las facultades de leer y escribir. En cierto sentido, se establece una competencia entre estas dos formas que definen a las actividades femeninas.

*Caras y Caretas*, sin duda, es una riquísima cantera informativa de indudable interés para los estudios que definen el género. En sus páginas aparecen innumerables ejemplos vinculados con esta temática. Los avisos que promocionaban las “máquinas de escribir” constituyeron un ejemplo de salida laboral femenina. Tanto en el ámbito privado como en el comercial, una gran cantidad de anuncios se dirige a muchas “señoritas”:

“El **Ansiado Bien** que toda niña inteligente desea poseer, para que el aspecto de su correspondencia particular esté de acuerdo con los tiempos, es una máquina “**Corona**”... (CC, no. 1259, 18 nov. 22).

“La máquina suprema: “**Me gusta la Woodstock**”, dice la mecanógrafa, ‘porque puedo trabajar todo el día sin cansarme. Su tacto suave y la facilidad de su manejo, en mi opinión la hace superior a otras máquinas. Yo siempre prefiero trabajar en la oficina donde usan máquinas **Woodstock**’” (CC, no. 1261, 2 dic. 22).

Los avisos, en todos los casos, estaban acompañados de grabados con jóvenes mujeres felices y satisfechas ante las máquinas de escribir. Esta situación define uno de los aspectos más importantes de la sociedad moderna: aquellas personas que dominan las habilidades de la lectura y de la escritura son las que pueden ejercer una mayor “presión alfabetizada” para desempeñarse, con posibilidades de éxito, ante los individuos que regulan la relación entre el poder y la libertad. La capacidad de trascender la esfera doméstica para incursionar socialmente gracias a las ventajas que confiere el poder escribir, fue un paso vital para definir la presencia de la mujer en los medios de producción.

Pero a pesar de los tibios avances para participar equitativamente en el universo escrito, el rol femenino poseía una dualidad inequívoca: la mujer era a la vez víctima y victimaria. Esta represión, tal como se ha observado en la configuración de la biblioteca hogareña, se extendía, en particular, a las hijas. Una prueba de ello es la conocida página de consejos dirigidos al “sexo débil” por Roxana [Consuelo Moreno de Dupuy de Lôme], en una pequeña nota titulada *¿Qué libros leen sus hijas?* En un par de párrafos se definía con claridad la lectura “impoluta” de la indecorosa.

“Una mujer con su criterio formado, su corazón templado ya y su espíritu recto puede leer cualquier libro, pero una jovencita que aun tiene en ‘embrión’ sus sentimientos debe seleccionar sus lecturas para no emponzoñar su alma en flor. Ese cuidado debe estar reservado a las madres sensatas, que han de velar por el porvenir de sus hijas, pues, aunque parezca exagerado, un libro puede decidir la suerte de una mujer, y hasta de un hogar, a veces” (CC, no. 1484, 12 mar. 27).

Las frases precedentes son elocuentes. La buena lectura recomendada para una joven mujer, cuyo juicio y corazón no estaban templados, pues en ella moraba todavía un estado “embrionario”, consistía en la prohibición de ciertos libros (suponemos que algo pecaminosos o acaso los que podían despertar un erotismo que burlara el rigor tutelar familiar) tildados, a secas, de “malos” (léase inmorales). El destino último de estas lecturas bastardas, en su instancia de mayor dramatismo, se materializaba, inevitablemente, en la destrucción de la jovencita e, incluso, “aunque parezca exagerado” (el “emponzoñamiento” podía ser letal) en el aniquilamiento de un hogar. No en vano el artículo comenzaba de este modo: “... en un mal libro puede estar el germen de toda una vida desgraciada”. Por lo tanto, tal como se ha observado, el aspecto espiritualizado de la cultura tipográfica también incluía su contrapartida: un leve aire diabólico.

Es muy variado el repertorio de conceptos negativos o restrictivos relacionado con las mujeres y los libros en *Carras y Caretas*. En la mayoría de los casos fueron, indudablemente, expresiones redactadas por el sexo masculino. El semanario posee varias pruebas de esta temática. Las recomendaciones, por ejemplo, son múltiples para combatir la “ociosidad” en la que se encuentra inmersa la mujer, a tal punto que se manifiesta que “si [ellas] no tuvieran facultades intelectuales, debían de estar satisfechas cuando no sienten grandes penas en el corazón, ni les falta lo necesario para la vida material”. Aunque luego se reniega de esta idea, la nota que se encuentra diagramada en la misma página recomienda “labores de aguja” y bordado como tareas exclusivamente femeninas (CC, no. 1367, 13 dic. 24). En otra oportunidad se sostiene “que no es la misión de la

mujer aparentar que ‘se sabe mucho’; cuanto más modesta sea, mayor encanto irradiará a su alrededor. Las ‘marisabidillas’ de que nos hablan los escritores clásicos son sencillamente intolerables... sobre todo para soportarlas de cerca” (CC, no. 1458, 11 set. 26). Finalmente un cuadro de costumbres que cierra este capítulo misógino: el artículo anónimo titulado “*Las mujeres enemigas de los libros*”: una recopilación, de tradición literaria europea, sobre la superficialidad y el desdén femenino ante el universo impreso (CC, no. 1417, 28 nov. 25). Como se observa, todavía restaba un largo camino para que la mujer pudiera ejercer plenamente los usos sociales y económicos de las facultades de leer y escribir. Su obtención, en años venideros, sería vital para superar las formas de discriminación genéricas que eran casi de exclusivo predominio masculino.

#### ESCENAS DE LA ESCRITURA Y LA SOCIEDAD

En una sociedad pautada por la escritura y por las habilidades que permiten su dominio, los distintos grados de alfabetismo tienden a manifestarse tanto en forma explícita como solapada, dando lugar a una trama de desplazamientos recíprocos entre la lectura, la capacidad de elaborar un texto escrito y la fragmentación de las prácticas de los distintos grupos sociales. De modo tal que el relevamiento de estos usos imbricados entre sí, resulta de una importancia capital.

Una prueba de ello son los avisos de las máquinas de escribir. Durante la década de 1910 la difusión de la “escritura mecánica” había sido muy intensa. La mayoría de los anuncios rescataban las virtudes “mecnográficas” de cada producto: amplio teclado, nitidez y variedad de tipos, facilidad de empleo, etc. En los años de Alvear, no

obstante presentar estas virtudes, en *Caras y Caretas* aparece otro contenido. La novedad se manifiesta en puntualizar el “don de ubicuidad” que posee una herramienta de estas características. Una publicidad de fines de 1923 constituye un ejemplo.

**“Un Novedoso y Muy Útil Regalo para las fiestas de Navidad y Año Nuevo.**

La “Corona” es de lo más nuevo que se conozca en materia de máquinas de escribir...

La “Corona” es el indispensable complemento del escritorio de toda dama moderna [imagen de un ejecutivo dictando una carta].

¡Qué agradable resulta dactilografiar las impresiones de viaje con una “Corona”! [imagen de un hombre escribiendo en las sierras, frente al lago].

La “Corona” es la solidaria compañera del estudioso y del que trabaja.” [imagen de un intelectual ante su escritorio] (CC, no. 1314, 8 dic. 23).

La verdadera capacidad de una máquina de “dactilografiar” se basaba en su modelo especular de la escritura. Esto significa que las capacidades de escribir constituyen una trama que liga la totalidad de los quehaceres sociales (un sentido siempre impregnado por la utilidad) y, por lo tanto, la reproducción mecánica y la escritura deben ser omnipresentes en todos los momentos de la vida. El poder escribir es una pericia que ayuda a elaborar textos, propios y ajenos, pero ante todo, es una instancia que se define desde el dominio para afianzarse socialmente. La escritura mecánica, pues, “compañera y portátil”, se deifica y toma posición entre lo público y lo privado.

Pero ya no era suficiente la ubicuidad de las formas de escribir. El desborde de la escritura, tanto manuscrita como impresa, requería de una condición insoslayable: *la posibilidad de su rápida multiplicación*, fundamentalmente en el ámbito comercial. Es por ello que en *Caras y Caretas* apareció una gran gama de avisos que publicitaban las enormes virtudes de poseer un instrumento que garantizara la reproducción de la escritura. Pequeñas imprentas como la muy promocionada “Flexotype” y la conocida “máquina multiplicadora Roneo”, ocuparon sendos espacios en el semanario (CC, no. 1282, 28 abr. 23; CC, no. 1319, 12 ene. 24; CC, no. 1338, 24 may. 24; etc). El anuncio de la “Flexotipe”, por ejemplo, en un alarde de sus generosas propiedades, sostenía: “... elimina por completo todos los fastidios inherentes al empleo de los antiguos mimeógrafos”. Por lo tanto, algunos sectores de la Argentina, sin duda el empresarial de las grandes ciudades, necesitaban su propia imprenta, pues la producción de textos de todo tipo poseía una envergadura que ya ocasionaba, como se ha observado, problemas vinculados con la saturación de la cultura impresa.

Si bien el mundo de la imprenta dominaba los diversos horizontes culturales y económicos, la presencia de la escritura manuscrita era todavía muy importante en su intensa imbricación con la diversidad tipográfica. Es más: la presencia de textos redactados a mano conferían al impreso un *prestigio de originalidad y de autenticidad* que difícilmente alcanzaba la reproducción mecánica. Esto se debía, sin duda, a un proceso de larga duración: la escritura manuscrita había tenido una existencia secular varias veces centenaria y su inclusión, íntimamente mezclada con las letras de molde, era una extensión pertinaz de

su resistencia a desaparecer por completo. Los redactores de *Caras y Caretas* siempre apelaron a la exposición del autógrafo manuscrito. En general, esta “imposición de la mano cursiva”, estaba destinada a las grandes personalidades, tanto extranjeras como nativas. Monarcas, presidentes, diplomáticos, intelectuales, científicos, dejaron en sus páginas su impronta original. Es el caso de Benito Mussolini, con un texto cuyas palabras rememoran la aureola casi sagrada (y a veces nefasta) de la escritura, al sostener, en una letra abigarrada y ampulosa, que “yo no me he olvidado, yendo al gobierno, de ser periodista, y a menudo y con gusto tomo las carillas y escribo alguna cosa que pueda interesar a los italianos” (CC, no. 1386, 25 abr. 25). Palabras que evocan, nuevamente, a la escritura como una cuña palpitante entre el poder y la libertad.

También la imagen fotográfica de “la mano y la pluma” fue empleada por el semanario para establecer, acaso en forma inconsciente, el canon literario de la República de las Letras en la época de Alvear. En algunas ocasiones, el Vizconde de Lascano Tegui [Emilio Lascano Tegui], presentó una sección titulada “Lo que evocan las manos de nuestros escritores” (CC, no. 1509, 3 set. 27 y no. 1510, 10 set. 27). Estas notas gráficas sólo reproducían las manos en el momento de escribir y, bajo la foto, se insertaba una leyenda alusiva, impregnada de retórica literaria.

Un ejemplo es el texto que ilustra el recuadro de Roberto J. Payró, aunque con un toque de reclamo social: “Esta mano tomó una pluma tallada en las lanzas de la montonera y escribió, desgarrando la leyenda criolla, el poema de la pampa virgen, cuando todavía era nuestra y los juristas europeos no le habían aconsejado los alambrados”. Los escritores inventariados en esta sucesión de trazos y de

puños cerrados sobre las cuartillas, fueron los siguientes: Ricardo Rojas (de “mano incásica y real”), Arturo Capdevila (cuya mano “vivió en la molicie derramando a su alrededor piedras preciosas”), Luis García (que poseía “la pluma de los picarescos ingenios españoles en su mano”), Alfonsina Storni (la mano que “ha tomado la pluma con el entusiasmo de la enamorada del Siglo XVIII”), Fernández Moreno (“la mano de un médico que se acercó medroso llevando un bálsamo empírico al enfermo”), Manuel Gálvez (“la mano que escucha la vida perdida en el silencio pudoroso de las clases medias”), Gustavo Martínez Zuviría (la mano “que ha ido a golpear el corazón femenino como un desconocido golpea en la ventana”), Ricardo Gutiérrez (“la mano tierna de evocación”), Félix Lima (que con su mano “llevaba un kaleidoscopio”), Horacio Quiroga (cuya “mano llevaba un hacha para hacer una picada en la selva”) y Arturo Lagorio (“la mano que trae un juguete para los niños”).

Pero la escritura tenía otras aristas más funcionales y operativas, lejanas al discurso y a la cadencia que imponía la literatura. Las urgencias del trabajo y de la inserción laboral la reclamaban como una instancia fundamental para vivir en una sociedad alfabetizada. Adiestrarse en sus habilidades era capital para conseguir empleo y aspirar así a una remuneración mejor. Son innumerables los avisos y las notas publicitarias que apelaban a apropiarse plenamente de ella. Los títulos de estos anuncios eran elocuentes: “Para ser ricos” (CC, no. 1285, 19 may. 23), “Sea su propio patrón” (CC, no. 1320, 19 ene. 24), “Es el momento para ganar” (CC, no. 1271, 10 feb. 1923), “Nuestros alumnos progresan con facilidad y rapidez” (CC, no. 1436, 10 abr. 26), etc. Todos, invariablemente, ofrecían esta *panacea*

*alfabetizada* bajo la forma de tenedor de libros, contador mercantil, taquígrafo, especialista en correspondencia comercial, calígrafo, etc. Convivían, pues, todo tipo de escrituras, interrelacionadas funcional o estéticamente según las necesidades sociales de los individuos.

### ¿CURIOSIDADES DE LA CULTURA IMPRESA?

Es imposible consignar la multiplicidad y los vestigios de la cultura impresa en *Caras y Caretas* durante la gestión de Alvear, por lo tanto, se impone la selección azarosa de los mismos. Al rescatar algunos es posible tener el resplandor de su notable presencia en la sociedad. La civilización impresa constituía un delta conformado por una infinidad de afluentes que se superponían, dinámicamente, unos a otros, pero que no se anulaban, pues creaban nuevos momentos manuscritos y tipográficos. Tomemos, entonces, algunas de estas instantáneas.

Primer fotograma. El titular de *Caras y Caretas*, en sus páginas centrales, apela al dramatismo: “Un alevoso atentado”. Los periodistas del semanario reconstruyen escénicamente la muerte del coronel Héctor B. Varela en manos del anarquista alemán Kurt Wilckens, por la cruenta represión del levantamiento obrero en la Patagonia. El suceso conmociona a los porteños. El drama político se recrea, por intermedio de actores improvisados, con imágenes montadas como una fotonovela policial, tan común en ese entonces. Las fotografías se suceden en el lugar de los hechos: la misma calle (Fitz Roy, frente al número 2493), la misma vereda, el árbol en el cual se apoyó el coronel Varela. La aparente veracidad de las secuencias, si bien ingenua, le brinda al lector la posibilidad de hacer su propia

reconstrucción del acontecimiento. Una gran variedad de elementos ayudan a fortalecer el aspecto real y así opacar el ámbito propio de la ficción: las botas usadas por Varela, “la bomba explosiva que fue arrojada a los pies de la víctima”, “el suelo manchado de sangre”, y la imagen del agente No. 5724 [Nicasio C. Serrano] que arrestó a Wilckens. Pero súbitamente, inmerso en un telón de fondo difuso que pasa casi desapercibido, el universo impreso surge con su presencia inocente, cotidiana y omnipresente. Frente a la vivienda en la cual se desarrolló el drama, en el zaguán de la casa en que se había ocultado el anarquista, a escasos metros donde cayó Varela, pegados displicentemente en la fachada, asoman su nítida tipografía dos carteles de publicidad política, con la leyenda siguiente: “Elecciones Nacionales. Unión Cívica Radical”, y otros textos relacionados, en letra más pequeña (CC, no. 1270, 3 feb. 23). La civilización impresa, aunque permanezca oculta y minimizada, siempre se expande manuscrita y tipográficamente.

El presente ejemplo no es menor: trata de rescatar el enorme valor del cartel (publicitario o no) en el espacio público, en el lugar de todos. Aún carecemos de una investigación documentada sobre el papel que cumplió en los procesos de alfabetización urbana, sobre todo en los individuos que no leían o apenas lo lograban, y en qué circunstancias las imágenes que reproducían dieron forma a sus primeras palabras. Asimismo, ¿cuál fue el papel que desempeñó el cartel, no en la enseñanza oficial precisamente, sino en el aprendizaje de la escritura y la lectura en los inmigrantes con lengua materna distinta al español?

Segundo fotograma. Un cuadro de costumbres que se podría titular “Alfabeto y política”. Consiste en una sátira sobre el “trabajo forzoso” de los legisladores,

magistralmente realizada por el dibujante catalán Luis Macaya, titulada “Primores del período ordinario, en la Cámara, registrados por riguroso orden alfabético” (CC, no. 1357, 4 oct. 27). El dibujo es simple e impactante por su economía de medios: el alfabeto dispuesto a dos columnas con una ilustración; cada letra, según su orden, da lugar a una palabra. Vale la pena reproducir este curioso inventario de política alfabetizada: A, analfabeto (imagen de un burro); B, bárbaro (un caníbal); C, cretino (un rostro libidinoso); Ch, chancleta (una pantufla); D, disparatado (un loco); E, estúpido (un rostro algo desencajado); y muchas otras hasta la Z, tales como “gordo valija”, “jacobino”, “loco de verano”, “llorón”, “maula”, “nulidad”, “otario”, “pavote”, “quinielero”, “vendido”, “xonso”, “zanagoria”, etc.

La estrategia gráfica del dibujante es clara: apunta a satirizar a los legisladores utilizando el recurso del abecedario; las palabras escritas y sus imágenes son elementos insoslayables para sostener una crítica social coherente y creativa en una sociedad inmersa en la modernidad de la cultura impresa y en desigualdad de oportunidades.

Tercer fotograma. Se trata de una nota aparecida en 1926 y que por su tenor incursiona en las rarezas de la civilización escrita. El artículo se titula “El casco aislador del pensamiento”. El redactor anónimo nos informa que el problema de la falta de concentración de los intelectuales ante los ruidos molestos, posiblemente, ya es una historia del pasado. Pues “un inventor norteamericano ha lanzado una especie de casco (...) que aísla al trabajador mental de toda probable influencia exterior” (CC, no. 1457, 4 set. 26). La fotografía que ilustra el invento causa cierto temor teñido de ridículo. Un hombre, sin duda escritor,

se encuentra redactando unas cuartillas en su escritorio. Posee una enorme escafandra que le cubre la cabeza y la parte superior del pecho; un tubo de oxígeno, a través de una manguera, se encuentra conectado a una abertura del enorme casco. Todo parece extrañamente perturbador. El redactor sostiene que el oxígeno debió agregarse en una etapa posterior, pues “el escritor mental” sufría sucesivos mareos que ocasionaban todo tipo de molestias. Nos encontramos, al parecer, ante una escena de frivolidad alfabetizada, digna de un relato de ciencia-ficción. Cuando las capacidades y las sutilezas de la escritura adquieren ciertas tonalidades de sofisticación banal, aparecen, inevitablemente, las excentricidades.

Esta sucesión arbitraria de imágenes que giran alrededor de la escritura y de la lectura, no sólo forma parte de un repertorio de curiosidades. Los “fotogramas” nos ilustran sobre la riqueza díscola, escurridiza e inefable del alfabetismo en las sociedades modernas. Se construye así una especie de *cosmogonía textual*, de naturaleza ingobernable. Lo inaudito y lo inverosímil emergen como elementos que elaboran el discurso escrito; un horizonte que permite, en muchas ocasiones, imponer el doble juego de la ambigüedad entre la realidad y lo irreal.

## EPÍLOGO

Durante este trabajo hemos dejado de lado los acontecimientos políticos, sociales y económicos para centrarnos, exclusivamente, en aspectos subalternos y minimalistas de la cultura impresa en la Argentina de 1922 a 1928. Esto representa un doble peligro: dar valor relevante a hechos aparentemente “menores” y, en un segundo momento,

caer en una historia de índole relativista. No obstante, nos hallamos ante un desafío que vale la pena ser estudiado, dado que la literatura existente casi siempre se ha abocado al desarrollo de la cultura en aquellos sectores sociales con mayores posibilidades de dejar rastros manuscritos o impresos.

El análisis de los avisos, de los documentos “subalternos”, de las escenas de la lectura capturadas por escritores y fotógrafos en *Caras y Caretas*, afortunadamente, nos permite acceder a otros ambientes: el de la cultura impresa en la vida cotidiana y el de los modos con que los ciudadanos se adueñaban de esa cultura.

En cierta medida, este semanario festivo no resultó tan festivo, pues hoy constituye una clave ineludible para comprender las relaciones del pueblo con la escritura y la lectura. Y esta situación es un aliciente esperanzador: el universo textual, tal como muchas veces suele presentarse, no es patrimonio exclusivo de intelectuales y de autoridades que ejercen el poder sino, además y por sobre todo, constituye una recreación constante de la gente que lo usa, lo manipula, lo descarta e, inevitablemente, lo vuelve a reelaborar con un nuevo vigor antes desconocido.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, Beatriz. 1983. Las presidencias radicales: la presidencia de Alvear. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 140 p. (Biblioteca Política Argentina; 33).
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. 1983. Literatura y sociedad. Buenos Aires: Hachette. 279 p.
- Argentina. Presidente (1922-1928: Alvear). Presidencia de Alvear: 1922-1928: compilación de mensajes, leyes, decretos y reglamentaciones. Buenos Aires, 1928. 9 v.
- Armus, Diego, comp. 1990. Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina. Buenos Aires: Sudamericana. 361 p. (Colección Historia y Cultura).
- Biblioteca Nacional. 1936. Los 2.600 libros más pedidos en la Biblioteca Nacional. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. 106 p.
- Bucich Escobar, Ismael. 1934. Alvear: 1922-1928. Buenos Aires: La Facultad. 38 p.
- Burke, Peter. 2001. La cultura popular en la Europa Moderna. Madrid: Alianza. 445 p.
- Burke, Peter. 2002. Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot. Barcelona, Buenos Aires: Paidós. 321 p. (Paidós Orígenes; 32).
- Burucúa, José Emilio. c2002. Historia, arte, cultura: de Aby Warburg a Carlo Ginzburg. Buenos Aires: FCE. 199 p.
- Burucúa, José Emilio. 2006. Historia y ambivalencia: ensayos sobre arte. Buenos Aires: Biblos. 223 p.
- Caras y Caretas*. 1898-1939. Buenos Aires: Tall. Gráf. de Caras y Caretas. Período consultado: Año 25, no. 1214 (7 de enero de 1922) / Año 31, no. 1578 (29 de diciembre de 1928).
- Castagnino, Raúl H. 1966. La vida literaria argentina entre 1862 y 1930. En Academia Nacional de Historia. Historia Argentina contemporánea, 1862-1930. Vol. 2: Historia de las instituciones y la cultura. Seg. Secc. Buenos Aires: El Ateneo. p. 53-193.

- Chartier, Roger. 1993. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza. 314 p.
- Chartier, Roger. 1999. *El mundo como representación: estudios sobre Historia Cultural*. Barcelona: Gedisa. 276 p.
- Chartier, Roger y Marta Madero. 2001. Poderes de la escritura, escrituras del poder. En *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*. Vol. 34. p. 145-160.
- Cuczza, Héctor Rubén, dir. 2002. *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila. 344 p.
- Darnton, Robert. 1996. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.
- Eujanian, Alejandro C. 1999. *Historia de revistas argentinas, 1900-1950: la conquista del público*. Buenos Aires: Asociación de Editores de Revistas. 181 p.
- Gutiérrez, Leandro H. y Luis Alberto Romero. 1995. *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana. 212 p.
- Historia de las imágenes e historia de las ideas: la escuela de Aby Warburg. 1992. *Introducción y selección de textos por José Emilio Burucúa*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 190 p. (Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre; 47).
- Korn, Francis. 1974. *Buenos Aires: los huéspedes del 20*. Buenos Aires: Sudamericana. 215 p.
- Luna, Félix. 1982. *Alvear*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano. 352 p. (Figuras contemporáneas).
- Molina, Raúl A. 1963. Presidencia de Marcelo T. de Alvear. En Academia Nacional de Historia. *Historia Argentina contemporánea, 1862-1930*. Vol. 1: *Historia de las presidencias: 1898-1930*. Seg. Secc. Buenos Aires: El Ateneo. p. 271-345.
- Parada, Alejandro E. 2006. La Historia de la Lectura como laberinto y desmesura. En *Páginas de Guarda*. No. 1, 89-100.

- Petrucci, Armando. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa. 319 p.
- Petrucci, Armando. 2003. *La ciencia de la escritura: primera lección de paleografía*. Buenos Aires: FCE. 155 p.
- Pignatelli, Adrián Ignacio. 1997. *Caras y Caretas*. En *Historia de revistas argentinas*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas. Vol. 2, p. 271-348.
- Prieto, Adolfo. 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana. 241 p.
- Ramos Pérez, Rosario. 2003. *Ephemera: la vida sobre papel: colección de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Biblioteca Nacional. 542 p.
- La revista *Caras y Caretas*. 1968. Selección y prólogo de Jorge Ruffinelli. Buenos Aires: Galerna. 189 p. (Colección Las Revistas; 2).
- Rogers, Geraldine. 1998. *Caras y Caretas: la lógica de la integración*. En *Orbis Tertius*. Año 3, no. 6, pp. 53-66.
- Romero, José Luis. 1956. *Las ideas políticas en Argentina*. 2 ed. México: FCE. 268 p.
- Romano, Eduardo. 2004. *Revolución en la lectura: el discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: Catálogos; El Calafate editores. 448 p.
- Sáitta, Sylvia. 1998. *Regueros de tinta: El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana. 316 p. (Colección Historia y Cultura).
- Sarlo, Beatriz. 1988. *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 246 p.
- Sarlo, Beatriz. 1989. *Lo popular en la Historia de la Cultura*. En *Punto de Vista*. Año 12, no. 35, 19-24.
- Sarlo, Beatriz. 2000 [1995]. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Norma. 232 p.
- Sosa de Newton, Lily. 1986. *Diccionario de mujeres argentinas*. 3 ed. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Scher, Ariel. 1996. *La patria deportista*. Buenos Aires: Planeta. 320 p.

# 6

## ESPEJOS Y LABERINTOS EDITORIALES



DOBLES Y SOSIAS  
DE CERVANTES EN LA ARGENTINA  
ALGUNAS PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES  
EDITORIALES DEL *Quijote*

AUTORÍA Y MATERIALIDAD

LA DISCUSIÓN por la individualización de la autoría posee una larga y compleja vertiente de opiniones y tendencias disímiles. En el debate han jugado un papel activo las distintas corrientes de pensamiento e interpretación estética y literaria (New Criticism, Bibliografía Analítica, Sociología de los Textos, Teoría de la Recepción), así como las ideas de destacados teóricos (Michel Foucault, Roland Barthes, Pierre Bourdieu). Pero esta controversia también se ha enriquecido por otra cualidad poco valorada: el don mágico de la corporeidad del texto, es decir, de su construcción primaria como artefacto y objeto (Ong, 1993).

Estos diversos cambios confluyen en una pregunta ya clásica: ¿qué es un autor? Este interrogante sobre el ser o no-ser del relato concierne a la ontología literaria. Las prácticas editoriales hacen su propia *tabula rasa* y ponen en el tapete la discordia dialéctica (¿o quizá la armonía?) entre quienes son, en realidad, los actores que dan forma a un libro. Una obra, en sentido amplio, es una elaboración de “muchos”; una tarea compartida entre el escritor, la estructura física del texto, el lector y los hábitos de uso, y

los responsables de la gestación “técnica” y de la circulación del libro (tipógrafos, editores, libreros, bibliotecarios, etcétera).

Las sucesivas morfologías de composición adoptadas por los talleres de impresión, desde los inicios de la imprenta incidieron, indefectiblemente, en los *contenidos verbales de los textos originarios*. La sumatoria de las características formales del libro como objeto para ser usado y leído, desembocaron en una serie de modalidades que se transformaron en una “segunda naturaleza”, complementaria y alteradora de la escritura del autor. Este efecto o acción del universo tipográfico sobre el acto de escribir ha sido denominado “artificio librario” (Ruiz, 1999). Es por ello que es necesario un estudio sistemático y panorámico de los “dispositivos formales” del libro impreso, tales como el cuerpo y los tipos de caracteres, las iniciales, la impaginación, los signos de puntuación y acentuación, las grafías, la paginación y los motivos decorativos, entre otros muchos; a los que se debe agregar, sin duda, la totalidad de los elementos “paratextuales” (Ruiz, 1999).

El reinado del autor, debido al avance de las manipulaciones textuales de las nuevas tecnologías de la información, ha cambiado significativamente. Hoy intuimos que toda definición futura sobre lo que significa “el autor” deberá tener en cuenta esta inevitable simbiosis de actores de la civilización escrita (Foucault, 1979; Chartier, 1994a y 1996; McKenzie, 2005).

La reelaboración de un texto para adecuarlo a un público diferente al cual estaba destinado o, simplemente, la necesidad de publicar un impreso para llegar a los “sectores populares” constituyeron una de las prácticas editoriales que se desarrollaron en Europa a partir del siglo

XVII. Ejemplos de ello fueron los *livres blues* (Bibliothèque Blue, Francia), los *chapbooks* (Inglaterra) y los *pliegos sueltos* (España) (Chartier, 1995).

La tradición de modificar el contenido de una obra reconocida es uno de los cambios más comunes que sufrieron ciertos libros. El *Quijote*, como clásico editorial, estuvo sometido a una infinita variedad de procedimientos tipográficos, pues se caracterizó, inequívocamente, por *su constante mutación de formas impresas*. No se trata en esta instancia de centrar el fenómeno del libro en su simple objetividad sino, por el contrario, de no caer en el error de subvalorarla, ya que, en forma inevitable, es un elemento “adherido” a la escritura y al misterioso mundo del lector.

#### UNA RELACIÓN DIALÉCTICA: EL *Quijote* Y SUS EDITORES

Dentro de este contexto, los editores, adaptadores, tipógrafos e ilustradores influyen y manipulan el universo de los lectores del *Quijote*, modificando y recreando sus prácticas. En cierto modo, imponen gráficamente una textura que se reelabora según los distintos grupos de usuarios. Sin embargo, no se trata de una empresa altruista. Los móviles de los editores, las más de las veces, son de índole económica, moral y, a veces, política. Es interesante reparar en la variedad de los destinatarios del mundo quijotesco. Aunque predominan las ediciones infantiles, juveniles, o populares, y las destinadas tanto a un público amplio como a la enseñanza, también son muy importantes las publicaciones eruditas y académicas, provistas de un aparato crítico más o menos elaborado. De modo tal que las distintas *imposiciones gráficas*,

sean cultas o masivas, constituyen un elemento vital para que las sucesivas generaciones de lectores se apropien del texto cervantino.

Se plantea, pues, una pregunta inevitable: ¿cuántas lecturas posibles posee el *Quijote*? No se trata de cuestionar al lector como “hacedor” de su propio libro, ya que toda experiencia lectora es única e individual. Lo que importa es un aspecto que durante décadas permaneció ajeno a la crítica literaria: en definitiva, la corporeidad del libro, su fabricación y diseño como artefacto para ser leído, define e influye en la lectura y en su interpretación.

Una obra como el *Quijote*, que ha sido profusamente editada durante cuatro siglos, no sólo posee una diversidad de improntas tales como el léxico del Siglo de Oro o elementos característicos de la realidad política y social de la época, sino que su construcción tipográfica, su disposición gráfica y la imposición de su texto, se encuentran en consonancia con los modos de la lectura de ese entonces. Por otra parte, Francisco Rico (2005) ha tratado de reconstruir la edición crítica ideal, conciente de la constante variabilidad de escrituras cervantinas desde la edición *princeps* hasta las publicadas en el siglo XX, aunque su *Quijote* también participa de la interminable dualidad de grafías que define a este libro polisemántico.

La Historia de la Lectura instala su mirada en este tópico: cada edición del *Quijote* inaugura el acto de leer desde otro ámbito. Los lectores también se hacen a partir del soporte y del diseño de la obra. Para comprender su universo lector también hay que detenerse en estos aspectos corpóreos. Se trata, entonces, de enriquecer el abordaje al fenómeno de la lectura, y no de hacer de ella una mera abstracción intelectual, apoyada en una interpretación que deja de lado al libro como objeto social.

En este umbral de fragmentaciones e incisiones, los cambios, en general, han sido tipificados de diferentes maneras. En primera instancia es necesario tener en cuenta dos aspectos: la denominada *puesta en texto*, es decir, aquellos usos propios de las “estrategias de la escritura, de las intencionalidades del ‘autor’”; y las que constituyen la *puesta en libro o impreso*, es decir, las prácticas “producidas por la decisión editorial o el trabajo del taller” (Chartier, 1994b: 46). Los profesionales de la edición suelen llamar *mise en page* a la selección del papel, tamaño del libro, presencia de ilustraciones, tipo de caja, encuadernación, etc., y *mise en texte* a la elección del tipo de letra, la distribución de los blancos y negros en el texto, determinación del espacio de interlíneas, márgenes, notas, sangrías, índices, cuerpos de letras, elección de cursivas, versales, redondas, etc. (Torné, 2001: 150).

#### ALGUNAS PRÁCTICAS EDITORIALES DEL *Quijote* EN LA ARGENTINA

Los editores argentinos apelaron a una gran diversidad de imposiciones gráficas (Diego, 2006); las editoriales y sus adaptadores tomaron el texto cervantino y lo reelaboraron según el público al cual se dirigían. Una alternativa de clasificación, por ejemplo, bien puede fundamentarse al estudiar las técnicas que implementaron a partir de una bibliografía cervantina recientemente editada por la Academia Argentina de Letras (Parada, 2005). Es posible entonces agrupar las ediciones del *Quijote*, según la intencionalidad que tenían los editores, en los casos que se mencionan a continuación:

- a. la reescritura del texto (II-Cruz-Atlántida, 1938a; II-Monteiro Lobato-Claridad, 1938b; II-Cimorra-Atlántida, 1939 y 1947a; II-Gil Navarro-Sopena, 1943; II-Cordero-Norte, 1972; II-Jeanmaire, 2005),
- b. la selección de capítulos por motivos léxicos y docentes (II-Apis, 1938c; II-Estrella Gutiérrez-Kapelusz, 1953 y 1965b; II-Spinelli-Huemul, 1969; II-Gorría-Colihue, 1981; II-Cántaro, 2002),
- c. la ilustración con finalidades estéticas (I-Dalí-Emecé, 1957; I-Alonso-Emecé, 1958; I-Metrópolis/Allo-ni, 2005b),
- d. las supresiones de pasajes debido a razones morales (II-Oría-Estrada, 1947b; II-Ortúzar-Don Bosco, 1955),
- e. las recreaciones literarias (III-Sojo, 1885; III-Martínez Payva, 1921; III-Pacheco, 1922; III-Castellani, 1942; III-Ferreyra Videla, 1953; III-Eguía y Vargas Caba, 1948; III-Noceti, 2005),
- f. la preeminencia de la configuración de la página y el tamaño de la tipografía (I-Escasany, 1916; I-EDE-CELE, 1983a),
- g. la presencia de estudios preliminares y lingüísticos (I-Sabor y Lerner-Eudeba, 1969; I-Huemul, 1983b; I-2 ed., Eudeba, 2005a), entre otros aspectos importantes.

Pero esta primera división posibilita otros agrupamientos, pues en la Argentina, durante el siglo veinte, se publicaron distintas representaciones materiales de la obra cervantina. Otro intento de clasificación puede ser según el tipo de ediciones. En este caso la taxonomía es la siguiente:

- a. en miniatura (I-Escasany, 1916),
- b. de difusión masiva y popular (I-La Nación, 1908; I-Sopena, 1938; I-Tor, 1939; I-Espasa-Calpe, 1940; I-La Facultad, 1943; I-Anaconda, 1945; I-Onís-Jackson, 1948; I-Marasso-El Ateneo, 1954; I-Claridad, 1966; I-CEAL, 1968 y 1978; I-Abril-Siete Días, 1987; I-Clarín, 2000a; I-La Nación, 2000b),
- c. críticas (I-Sabor y Lerner-Eudeba, 1969; Huemul, 1983b; I-2 ed. Eudeba, 2005a),
- d. destinadas al público infantil y juvenil (II-Cruz-Atlántida, 1938a; II-Monteiro Lobato-Claridad, 1938b; II-Cimorra-Atlántida, 1939 y 1947a; II-Gil Navarro-Sopena, 1943; II-Cordero-Norte, 1972; II-Oría-Estrada, 1947b; II-Jeanmaire, 2005),
- e. abreviadas con finalidad docente (II-Apis, 1938c; II- Estrella Gutiérrez-Kapelusz, 1953 y 1965b; II-Ortúzar-Don Bosco, 1955; II-Gómez de la Serna-Hermes, 1965a; II-Spinelli-Huemul, 1969; II-Gorría-Colihue, 1981; II-Santillana, 1997; II-Cántaro, 2002),
- f. ilustradas (I-Sabor y Lerner-Eudeba, 1969; I-EDE-CELE, 1983a; I-Longseller, 2005c; II-Stilman-Edic. de la Flor, 2006),
- g. con algunas características de libros para bibliófilos (I-Dalí-Emecé, 1957; I-Alonso-Emecé, 1958; I-Jackson, [s.d.]),
- h. ediciones conmemorativas (I-Fors, 1904; I-Gil, 1947; I-Distal, 2004; I-Metrópolis/Alloni, 2005b),
- i. traducciones a otras lenguas distintas al español (tal el caso de la versión al Idish: I-Kats-Ikuf, 1951).

Para ilustrar las variables propuestas es interesante seleccionar algunos ejemplos de cada taxonomía. Los casos elegidos sólo intentan dar un breve panorama de la riqueza de las representaciones del *Quijote* en la Argentina.

Las supresiones por *razones morales* son muy comunes en varias adaptaciones, especialmente en aquellas con finalidad docente o dirigidas a la “juventud”. Las ediciones a cargo de Oría (II-1947b) y de Ortúzar (II-1955) por mencionar un par de casos, constituyen una muestra de esta práctica. Tres de los numerosos pasajes de recurrente y obligada ocultación son los siguientes: la instancia de picaresca erótica entre el arriero y Maritornes en la venta (I,16); la escena de humor escatológico, previa a la aventura de los batanes, cuando Sancho defeca junto a Don Quijote y Rocinante (I, 20), aunque en una reciente edición ya se ilustra con detalle esta aventura (II-Stilman-Edic. de la Flor, 2006, p. 51); y el episodio de diálogo lexicográfico entre el escudero del Caballero del Bosque y Sancho al comentar la intencionalidad agravante o laudatoria del término “hideputa” (II, 13), tan solo por citar los ejemplos más habituales.

Otro caso de interés, dentro de esta clasificación provisional, se presenta en las denominadas ediciones “populares” o de *divulgación masiva*, en las que la Argentina ocupó un lugar de liderazgo en el siglo XX. La primera tirada de estas características apareció en la famosa *Biblioteca de La Nación*, en tres volúmenes y nada menos que en 1908, donde el cuidado tipográfico y el tamaño estaban claramente diseñados para su uso constante. Otras ediciones del *Quijote* de esta índole fueron, sin duda, las de Sopena (I-1938), Tor (I-1939), La Facultad (I-1943)

y Anaconda (I-1945), entre otras. Una mención especial merece la realizada por Espasa-Calpe en la *Colección Austral* (I-1940), cuyas sucesivas reimpresiones en rústica abastecieron las demandas de distribución tanto en el plano nacional como en buena parte de América Latina. Finalmente, otra prueba de la amplia divulgación masiva del *Quijote* fue la edición, en versión completa y con notas aclaratorias, que se distribuyó gratuitamente con la revista *Siete Días* (I-1987), con motivo de la celebración de su 20° aniversario de publicación. De modo tal que el *Quijote* ocupó un papel preferencial, en el marco de las políticas editoriales, como instrumento para difundir las prácticas y las representaciones de la “lectura popular”.

Por otra parte, la identificación de las múltiples modalidades impresas del *Quijote* permite acceder, además, a otros aspectos formales. Tal es el caso de la edición en miniatura de Escasany (I-1916, 6 vol. de 55 x 83 mm) hoy buscada, debido a su “minimalismo tipográfico”, por numerosos coleccionistas extranjeros; o, por ejemplo, la reciente edición, en gran formato, de la editorial Metrópolis-Alloni (II-2005, de 24 x 34 cm), donde el “gigantismo tipográfico” se combina armoniosamente con el tributo de editores y artistas plásticos argentinos, tales como Carlos Alonso, Guillermo Roux, Aníbal Cedrón y otros, lográndose así un libro de características estéticas únicas. La versatilidad, pues, de la obra cervantina como objeto para ser amoldado a las necesidades de la imprenta, ha sido una peculiaridad saliente en la historia editorial del *Quijote* en nuestro medio.

Pero esa versatilidad de las ediciones cervantinas se aprecia también en un amplio conjunto de versiones destinadas al público infantil. La variedad de estas adaptaciones

es particularmente rica y heterogénea, a tal punto que se impone una minuciosa selección de las mismas. Entre las que alcanzaron una mayor presencia en el mercado, y que aún hoy poseen una importante circulación, son de particular interés las de Celso Cruz (II-Atlántida, 1938), Monteiro Lobato (II-Claridad, 1938b), Clemente Cimorra (II-Atlántida, 1939 y 1947a), Gil Navarro (II-Sopena, 1943), etcétera. Todas, además, con un denominador común: la intencionalidad manifiesta de compendiar la obra utilizando como instrumento la reescritura del texto original.

En la edición de Estrada (II-1947b), José A. Oría fundamenta algunos de los criterios más usuales que se deben tener en cuenta para adaptar al *Quijote*. Estas pautas son de gran importancia, tal como lo ha señalado recientemente Pedro Luis Barcia (2005, 21-22) al mencionar “las adaptaciones argentinas del *Quijote*”, ya que en líneas generales esbozan las principales apropiaciones editoriales. Aunque están destinadas a un público juvenil, también se han aplicado con éxito en una gran variedad de ediciones masivas.

Los motivos para la adaptación son, pues, los que se mencionan a continuación: a) descuidos e incongruencias en la estructura de la novela, b) abundancia de episodios de relleno en menoscabo de la continuidad narrativa, c) excesiva extensión de la obra, d) presencia de expresiones soeces, malsonantes y pasajes escabrosos, e) existencia de situaciones morales y religiosas equívocas e inquietantes, f) dificultades léxicas que ocasionan en el lector moderno una gran confusión terminológica, g) y detalles de época y contexto socio-político casi incomprensibles para el público actual (II-1947b: lxi-lxiii).

Sin embargo, tal como lo señalaron los autores españoles López-Ríos Moreno y Herrero Massari (1995), no

todos los cervantistas argentinos estuvieron de acuerdo con estos criterios de adaptación para las posibles lecturas destinadas a la enseñanza primaria, secundaria o en el caso de algunas tiradas populares. Ricardo Monner Sans, por ejemplo, afirmaba que toda reducción del *Quijote* constituía una “irreverente profanación” (1916).

Son de particular interés, además, la abundancia de recreaciones literarias a partir del *Quijote*, lamentablemente, no obstante su riqueza, aún no estudiadas en forma sistemática. Aunque escapan a este estudio y son propias del campo de la teoría de la recepción, su análisis, tales las obras de Sojo, Pacheco y Castellani, por citar sólo las más conocidas, arrojará cierta comprensión sobre los modos y usos para apropiarse del texto cervantino en nuestro país. Una práctica de escritura que se inscribe en el campo de la intertextualidad implícita y que constituye un ámbito feraz para estudiar la historia de la lectura desde el ángulo de la representación del discurso.

El *Quijote*, principalmente en Buenos Aires, sufrió este tipo de representaciones gráficas. Sus editores, como se ha observado, lo manipularon según sus deseos e intereses. Todos coadyuvaron a “minar” (o metamorfosear) la jerarquía omnisciente del autor, transformándose en una especie de agrupación de editores corales, en donde la variedad de voces y miradas tipográficas produjeron una gran tipología de *quijotes* impresos.

## REFLEXIONES FINALES

Tal vez el giro poético y especular del título de este capítulo sea excesivo, no obstante, conlleva una significación: en la Argentina el *Quijote* tuvo sus propios y polifacéticos

recreadores gráficos. En sentido lato, aunque modestamente, impusieron varias concepciones instrumentales y utilitarias de la obra, imposiciones que gestaron al *Quijote* como objeto para ser usado y manipulado. Sus lectores, en varias oportunidades, accedieron a un texto distinto al publicado por Cervantes; casi sin saberlo, o con la intención de facilitar y simplificar el original para llegar a otros sectores sociales, nuestros editores y adaptadores se convirtieron, inequívocamente, en una especie de *dobles y socios* de Cervantes. Sus usos dieron nuevos e impensados destinos a un libro inmortal no sólo por su genialidad de concepción en el momento de la escritura, sino también por su extraordinaria versatilidad material.

Pero en este contexto se presenta una nueva pregunta: ¿sólo los editores pueden convertirse en cofrades de Cervantes y producir reescrituras de su obra? Hay un elemento subrepticio y solapado que construye otro texto-objeto y otra función-autor, paradójicamente, sin ejercer en la obra ninguna imposición gráfica ni tipográfica: el tiempo (Verón, 1999: 17-18). Ya lo había observado Pierre Bourdieu (1985), al sostener que “un libro cambia por el hecho de que no cambia mientras el mundo cambia”. Este comentario es de particular interés porque demuestra que una obra “cambia” debido a las mutaciones de las formas de leer en el tiempo, pero también manifiesta otra situación, una práctica editorial constituye una instantánea congelada de los modos de edición de una época determinada. Al cambiar los usos de la lectura se trastocan los procedimientos editoriales, y viceversa, de ahí que la elaboración de un libro, aunque encasillada en una historicidad específica, es *una expresión cosificada* de las diferentes técnicas de apropiación por parte de los lectores. El tiempo y el espacio,

pues, modifican y cambian al libro como artefacto ideal para ser utilizado; ellos también, en un campo más huido, actúan como “dobles y sosias” ocultos de Cervantes.

El universo de duplicaciones posee, desde la publicación original de la novela, una gran cantidad de ecos múltiples e imbricados. En un primer momento el ámbito de la escritura, donde Cervantes apela a otro autor: Cide Hamete Benengeli; en una segunda instancia la “ventana” de la portada original, típica del Siglo de Oro, en la cual aparecen varias menciones de autoría de distintos grados: la dedicatoria, el impresor editor, el librero (Chartier, 1995). El *Quijote* estuvo pautaado por estas dobles articulaciones del espacio visual cervantino; la materialidad fue concebida, desde sus inicios, como una instancia relacionada con la producción textual y la reproducción impresa.

Entonces se plantea una última pregunta: ¿los lectores argentinos leyeron o leen realmente el *Quijote*? Sí, sin duda. Pero además de acceder a las distintas interpretaciones textuales, según el público lector de cada época, también participan de la heterogeneidad del fenómeno editorial de cada nueva edición. En algunos casos se presenta la incertidumbre de que muchos lectores modernos conocen un *Quijote* “que es no es un *Quijote*”; así, una obra, por sucesivas tiradas y modificaciones, puede transformarse en una *impresión virtual* del original.

Esta situación hoy día ya es casi un hecho en el mundo global de Internet, donde la aparición y proliferación de versiones electrónicas impondrán, inevitablemente, “un cambio decisivo en el concepto de autoría editorial, es decir, en el papel del editor y en último extremo en la relación autor-editor-lector” (Urbina, 2005). Leer un texto en la postmodernidad no constituye, necesariamente, leer

“ese” original en particular. Los medios gráficos virtuales no han hecho más que amplificar, en forma extraordinaria, los procedimientos tipográficos que ya realizaban los editores.

La pluralidad taxonómica del *Quijote* como obra física, signada por sus usos y representaciones formales, es prácticamente infinita. Uno de sus dones más elocuentes ha sido su cálida voluntad para adaptarse a las manos y a las formas de los lectores. En cierto sentido hay un lema que bien puede convertirse en una verdad palpitante en el *Quijote*: todo libro posee una materialidad propia para cada lector y cada lector esta destinado a ser moldeado por la formalidad inefable de un libro.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### AUTORES CITADOS

- Barcia, Pedro Luis. 2005. El valor educativo de El Quijote. En *Boletín de la Academia Nacional de Educación*. No. 62, 17-23.
- Bourdieu, Pierre y Roger Chartier. 1985. La lecture: une pratique culturelle. En *Pratiques de la lecture*, dir. Roger Chartier. Marsella: Rivages. p. 217-239. [citado por Roger Chartier En *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza. p. 49].

- Chartier, Roger. 1994a. ¿Qué es un autor? En su Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Madrid: Alianza. p. 58-89.
- Chartier, Roger. 1994b. Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna. Madrid: Alianza. 316 p. (Alianza Universidad).
- Chartier, Roger. 1995. La literatura de cordel francesa: los libros azules. En su Sociedad y escritura en la Edad Moderna: la cultura como apropiación. México: Instituto Mora. p. 157-175.
- Chartier, Roger. 1996. Figuras del autor. En su El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII. Barcelona: Gedisa. p. 41-67.
- Diego, José Luis de, dir. 2006. Editores y políticas editoriales en Argentina: 1880-2000. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 267 p. (Libros sobre libros).
- Foucault, Michel. 1979 [1969] ¿Qué es un autor? [publicado originalmente en el *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 1969]. En *Dialéctica, Revista de la Universidad Autónoma de Tlaxcala*. No. 16, 5-59.
- López-Ríos Moreno, Santiago y José Manuel Herrero Massari. 1995. La polémica del Quijote como libro de lectura escolar en España (1900-1920). En Grilli, Giuseppe, ed., 1995. Actas II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas. Napoli: Istituto Universitario Orientale. AION-SR, xxxvii, 2, p. 873-885.
- McKenzie, D. F. 2005. Bibliografía y sociología de los textos. Traducción de Fernando Bouza. Madrid: Akal. 143 p. (Akal Universitaria. Serie Historia Moderna; 238).
- Monner Sans, Ricardo. 1916. Valor docente del Quijote. En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Año 13, tomos 32 y 33, no. 121, 219-225.
- Ong, Walter J. 1993 [1982]. Lo impreso, el espacio y lo concluido. En su Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 117-136.

- Parada, Alejandro E. 2005. Bibliografía cervantina editada en la Argentina: una primera aproximación. Presentación Pedro Luis Barcia. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras. 304 p. (Prácticas y representaciones bibliográficas; 1).
- Rico, Francisco. 2005. Nota preliminar sobre grafía del texto crítico. <<http://seneca.uab.es/gould/ceccee/ricograf.htm>> [Consulta: 11 abril 2005].
- Ruiz, Elisa 1999. El artificio librario: de cómo las formas tienen sentido. En *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*; con prólogo de Armando Petrucci. Barcelona: Gedisa. p. 285-312.
- Torné, Emilio. 2001. La mirada del tipógrafo: el libro entendido como una máquina de lectura. En *Litterae: Cuadernos sobre Cultura Escrita*. Universidad Carlos III de Madrid. No. 1, 145-177.
- Urbina, Eduardo. 2005. El Quijote a finales de siglo: nuevas prácticas y tendencias editoriales. <<http://www.csd/tamu.edu/cervantes/pubs/ElQuijoteAFinales.pdf>> [Consulta: 14 de abril 2005].
- Verón, Eliseo. 1999. Esto no es un libro. Barcelona: Gedisa. 159 p. (El Mamífero Parlante).

## I. ALGUNAS EDICIONES ARGENTINAS DEL QUIJOTE

1904. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Primera edición sud-americana, ilustrada y precedida de la Vida de Cervantes. Dada á la luz en homenaje a este inmortal escritor al celebrarse en la ciudad de La Plata el tercer centenario de la impresión y publicación del Quijote. La Plata: Tall. Gráf. de Sesé y Larrañaga, 1904. lxi, 891 p. Notas: Edición a cargo de Luis Ricardo Fors.
1908. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: La Nación, 1908. 3 v. (Biblioteca de «La Nación»; 315-317). Notas: Otra edición, 1909.

1916. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Casa Escasany [Tall. Tip. de José Tragant], 1916. 6 v. Notas: Incluye un prefacio de A. Herrero Miguel. Edición en miniatura.
1938. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Texto íntegro, de acuerdo con la edición original. Buenos Aires: Sopena, 1938. 486 p. (Biblioteca Mundial Sopena).
1939. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición completa. Buenos Aires: Tor, 1939. 429 p. (Biblioteca Las Obras Famosas; 13). Notas: Otra reimpresión, 1945.
1940. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Primera edición popular. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1940. 716 p. (Colección Austral; 150). Notas: Numerosas reimpresiones: 1941, 1943, 1944, 1945, 1947, 1950, 1951, 1954, 1956, etc.
1943. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Librería y Editorial «La Facultad», 1943. 2 v.
1945. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Anaconda, 1945. 782 p. Notas: Otra reimpresión, 1947.
1947. *Don Quijote de la Mancha*. Con 1.200 notas de Juan Manuel Iniesta. Edición conmemorativa del cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes. Buenos Aires: Joaquín Gil, 1947. 2 v.: lám., map. pleg. (Biblioteca Cúspide).
1948. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Estudio preliminar, edición y notas por Federico de Onís. Buenos Aires: Jackson, 1948. 2 v. (Clásicos Jackson; 6 y 7). Varias reimpresiones: 1950, 1951, 1953, 1956, 1958, 1960.
1951. *Don Kikhot: der adeliker balmoyekd Don Kikhot fun La Mantsha* / Migel de Servantes; ibergezetst fun Pinye Kats. Buenos Ayres: Farlag Ikuf, 1950-1951. 2 v.: retr. Nota: Traducción al Idish.
1954. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Prólogo y notas por Arturo Marasso; ilustraciones de B. Kriukov. Buenos Aires: El Ateneo, 1954. 2 v. (Clásicos inolvidables).

1957. *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*. Ilustrado por Salvador Dalí. Buenos Aires: Emecé, 1957. 423 p.: il. lám. Notas: Primera parte.
1958. *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*. Ilustrado por Carlos Alonso. Buenos Aires: Emecé, 1958. Notas: Segunda parte.
1966. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Claridad, 1966. 824 p. (Biblioteca de Obras Clásicas; 1).
1968. *Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968. 2 v. (Biblioteca Básica Universal; 1-2). Notas: Vol. 1: 438 p.; Vol. 2: 459 p.
1969. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ilustraciones: Roberto Páez; edición y notas: Celina Sabor de Cortazar e Isías Lerner; prólogo: Marcos A. Morínigo. Buenos Aires: Eudeba, 1969. 2 v.: il.
1978. *Don Quijote de la Mancha*. Estudio preliminar de Josefina Delgado. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1978. 4 v. (Biblioteca Básica Universal; 2-5).
- 1983a. *Don Quijote de la Mancha*. Ilustraciones: Carlos Meglia y Horacio Domínguez. Buenos Aires: EDECELE, 1983. 2 v. en 36 fascs.: il. Notas: Director responsable: Fernando R. Cacace. Edición en fascículos coleccionables.
- 1983b. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición y notas: Celina Sabor de Cortazar e Isías Lerner. Prólogo: Marcos A. Morínigo. Segunda edición correg. y actualizada. Buenos Aires: Huemul, 1983. 2 v. (Clásicos Huemul; 71). Notas: Existen otras reimpresiones, 1995.
1987. *Don Quijote de la Mancha*. [Buenos Aires]: Editorial Abril, 1987. 5 v. (Los mejores libros de la Literatura Española; 4-8). Notas: Impreso por una casa editora de Chile para la Editorial Abril en conmemoración de los veinte años de la revista argentina «Siete Días».

- 2000a. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, [Buenos Aires]: [AGEA - Diario Clarín], 2000. 2 v. (Biblioteca de la Literatura Universal; 10 y 11. Biblioteca Clarín). Notas: Copyright: Editorial El Sol y Edimat Libros (España), con permiso especial para AGEA (Buenos Aires, Diario Clarín). Vol. 1, 508 p.; vol. 2, 518 p.
- 2000b. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición, introducción y notas de Martín de Riquer de la Real Academia Española. [Buenos Aires]: La Nación - Planeta, 2000. 2 v. (Biblioteca La Nación). «Edición especial para La Nación», impresa en España.
2004. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Distal, 2004. 669 p. Nota: Edición aniversario-1605-Cuatro siglos del Quijote-2005.
- 2005a. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. 2a. ed. Edición anotada por Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner; prólogo de Marcos A. Morínigo. Buenos Aires: Eudeba, 2005. 2 v. [966 p.]; ilus. (Fuera de Colección).
- 2005b. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Con ilustraciones de: Carlos Alonso, Jorge Alvaro, Silvina Benguria, Juan Carlos Benítez, Mildred Burton, Alicia Carletti, Aníbal Cedrón, Diana Dowek, Norberto Onofrio, Raúl Ponce, Guillermo Roux, Daniel Santoro, Armando Sapia, [y] Luis Scafati. Buenos Aires: Metrópolis/Alloni, 2005. 718 p. Notas: Contraportada: “Edición homenaje de escritores, artistas plásticos, editores y gráficos argentinos. IV Centenario de su primera edición, 1605-2005”. – Contenido: Cuidado de la edición y comentario, León Benarós; Prólogo, Pedro Luis Barcia; Los ilustradores; Glosario; El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.
- 2005c. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Versión completa. Ilustraciones de Gustave Doré. Buenos Aires: Longseller, 2005. 2 v. (Clásicos Elegidos; 30).

[s.d.]. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Con ilustraciones de Gustavo Doré, E. Gamba, C. R. Leslie, A. Lizcano, E. Oliva, Recio y Gil, Mariano de la Roca y R. Wheelwright. Londres-Buenos Aires: Jackson, [s. d.]. 4 v.

## II. ADAPTACIONES Y VERSIONES ABREVIADAS

- 1938a. *Don Quijote de la Mancha*. Versión compendiada por Celso Cruz; ilustraciones de Amaldi; selección de aventuras narradas a los niños. Buenos Aires: Atlántida, 1938. 160 p. (Biblioteca Billiken. Serie Roja). Notas: Varias reimpresiones.
- 1938b. *Don Quijote de los niños*. [Adaptación de] Monteiro Lobato; traducción del portugués... por Benjamín de Garay. Buenos Aires: Claridad, 1938. 234 p. (Biblioteca de Textos para Lectura Libre).
- 1938c. *Cincuenta aventuras de Don Quijote. El licenciado Vidriera y El retablo de las maravillas*. Estudio biográfico y bibliográfico, selección y notas críticas y explicativas a cargo de Nice Lotus [seud. de Luis Gorosito Heredia]. Rosario: Editorial «Apis», 1938. xx, 291 p. (Biblioteca Clásica de Autores Españoles y Argentinos "ad usum scholarum").
1939. *Don Quijote de la Mancha*. Versión compendiada por Clemente Cimorra; ilustraciones de Aniano Lisa. Buenos Aires: Atlántida, 1939. 144 p. (Biblioteca Billiken. Las grandes obras de la Literatura Universal). Notas: Numerosas reimpresiones (17a. reimpr., 1993).
1943. *Don Quijote de la Mancha*. Adaptación de Orlando Gil Navarro; ilustraciones de A. Lisa. Buenos Aires: Sopena Argentina, 1943. 120 p. (Nueva biblioteca para niños. Colección Topacio). Otras ediciones: 2a. ed., 1944; 3a. ed., 1948; y 4a. ed. 1953.

- 1947a. *Don Quijote de la Mancha*. Versión compendiada por Clemente Cimorra; ilustraciones de Gustavo Doré. Buenos Aires: Atlántida, 1947. 144 p. (Biblioteca Billiken. Colección Roja). Notas: Varias reimpressiones.
- 1947b. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Notas y comentarios por José A. Oría. Edición para la juventud. Buenos Aires: Estrada, 1947. lxxv, 401 p. Notas: Otras reimpressiones, 1951 y 1960.
1953. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha: principales y más entretenidas aventuras*. Selección, prólogo y notas de Fermín Estrella Gutiérrez. Buenos Aires: Kapelusz, 1953. 488 p. (Grandes Obras de la Literatura Universal; 1). Notas: Numerosas reimpressiones.
1955. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Edición ilustrada con grabados y notas de los mejores comentaristas modernos, arreglada especialmente para el uso de los colegios, por el padre Camilo Ortúzar S. D. B. Buenos Aires: Editorial Don Bosco, 1955. 604 p.
- 1965a. *Don Quijote de la Mancha*. Reducción de la inmortal obra, hecho por Ramón Gómez de la Serna sin variar una palabra del texto. México - Buenos Aires: Hermes, 1965. 429 p.
- 1965b. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha: principales y más entretenidas aventuras*. Selección, prólogo y notas de Fermín Estrella Gutiérrez. Nueva edición dirigida por María Hortensia de Lacau. Buenos Aires: Kapelusz, 1965. 312 p. (Grandes Obras de la Literatura Universal; 1). Notas: Varias reimpressiones.
1969. *Don Quijote de la Mancha*. Introducción, resúmenes, notas y vocabulario: Sara Matilde Spinelli. Buenos Aires: Huemul, 1969. 780 p. (Clásicos Huemul; 71). Notas: Edición abreviada.
1972. *Don Quijote de la Mancha*. Introducción de Publio A. Cordero. [versión condensada]. Buenos Aires: Editorial Norte, 1972. 160 p. (Colección Hoy y Siempre; 10).

1981. *Don Quijote de la Mancha: selección*. Introducción, notas y propuestas de trabajo prof. Emilse Gorría. Buenos Aires: Colihue, 1981. 261 p. (Colección Literaria Leer y Crear; 48). Varias reimpressiones: 1988, 1992, 1994, etc.
1997. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Selección, estudio y notas por Milagros Rodríguez Cáceres. Buenos Aires: Santillana, 1997. 231 p. (Clásicos Esenciales Santillana; 53).
2002. *Ladran, Sancho: selección de capítulos de «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha»*. Buenos Aires: Cántaro Editores, 2002. 251 p. (Colección del Mirador; 153). Notas: Existen otras reimpressiones.
2005. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Una adaptación de Federico Jeanmaire y Ángeles Durini. Buenos Aires: Emecé, 2005. 223 p.
2006. (c2005). *Pequeño Quijote ilustrado*. Dibujos de Luis Scatati; prólogo y edición: Eduardo Stilman. Buenos Aires: Ediciones de la Flor. 253 p.

### III. RECREACIONES LITERARIAS

- Castellani, Leonardo. 1942. *El nuevo gobierno de Sancho*. Buenos Aires: El Ateneo, 1942. 208 p. Notas: Otras ediciones: Buenos Aires: Teoría y Buenos Aires: Dictio, 1976. 311 p. (Biblioteca Dictio. Sección Letras; 1).
- Eguía, Pedro Manuel y Fernando Vargas Caba. 1948. *Don Quijote en la Pampa: traslación al verso campero argentino de la primera parte de «Don Quijote de la Mancha»*. Buenos Aires: [Los Autores], Tall. Gráfs. De Filpo. 222 p.
- Ferreira Videla, Vidal. 1953. *Andanzas de Don Quijote y Fierro*. Buenos Aires: Dolmen Ediciones. 165 p.

- Martínez Payva, Claudio. 1921. La isla de Don Quijote. En *La Escena: Revista teatral bimensual*. Año 4, no. 149, p. 1-31. Notas: También en *Bambalinas: Revista teatral*. Año 6, no. 253 (1923), 1-32.
- Noceti, Alfredo L. 2005. *El Quijote lunfardo: fragmentos*. Buenos Aires: Ediciones Turísticas. 191 p. (Colección Buenos Aires; 16 / Mario Sergio Banchik).
- Pacheco, Carlos Mauricio. 1922. Don Quijano de la Pampa: sainete criollo en un acto y tres cuadros. En *Bambalinas: Revista teatral*. Año 5, no. 200, [s. p.].
- Sojo, Eduardo. 1885. *Don Quijote en Buenos Aires: revista bufopólica de circunstancias en un acto y en verso*. Buenos Aires: [s. n.]. 29 p.



**Se terminó de imprimir en  
Talleres Gráficos Su Impres S.A.,  
Tucumán 1480, Ciudad de Buenos Aires, Argentina  
Enero de 2007.**

PUBLICACIONES DEL  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
BIBLIOTECOLÓGICAS  
(INIBI)

17. *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de la Gaceta Mercantil (1823-1828)* / ALEJANDRO E. PARADA. 1998.

18. *Índice de Inicial: Revista de la Nueva Generación* / MARTHA J. BARRATO. 2000.

19. *Publicaciones periódicas argentinas* / ELENA ARDISSONE. 2001.

20. *Itinerarios bibliográficos en la Literatura Argentina* / SUSANA ROMANOS DE TIRATEL. 2005.

21. *Cuando los lectores nos susurran* / ALEJANDRO E. PARADA. 2006.

*Información, cultura y sociedad: revista del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (semestral)*, 15 números.

*De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1779-1812* / ALEJANDRO E. PARADA. 2002 (En co-edición con Ediciones Erejotapé)

*El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1829* / ALEJANDRO E. PARADA. 2005.

*Índice de publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras (Desde 1998)*  
[http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi\\_nuevo/home.html](http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi_nuevo/home.html)

CUANDO LOS LECTORES NOS SUSURRAN se ubica dentro de una temática apasionante, la Historia de la Lectura, que ha concitado en los últimos años los intereses, los enfoques y las miradas múltiples de una gran variedad de disciplinas que se agrupan y coordinan dialécticamente: la microhistoria, la historia de la vida cotidiana, los estudios de género, la historia de las imágenes, por mencionar sólo algunas entre otras muchas.

Consciente de esta riqueza resuelta en una complejidad sustantiva, su autor, ALEJANDRO E. PARADA, nos brinda un panorama matizado del universo de los lectores en la Argentina, con sus prácticas y apropiaciones particulares de los distintos discursos impresos. Así, a través de una serie de capítulos, nos hace transitar por los umbrales de la lectura mediante el análisis de la tipología de las bibliotecas a partir del período hispánico, pasando luego por la lectura y los lectores en 1810 y 1820, para arribar a la expansión de la cultura impresa en el Buenos Aires del Centenario (1910) y a sus "asaltos finales" durante el gobierno de Marcelo T. de Alvear (1922-1928).

Un libro donde el lector se conjuga a sí mismo en su participación gregaria con los otros, donde sus prácticas y representaciones sociales se integran dinámicamente en el mundo coral, ubicuo y laberíntico de la lectura.

## 21 CUADERNOS DE BIBLIOTECOLOGÍA



PUBLICACIONES DEL  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
BIBLIOTECOLÓGICAS  
(INIBI)

17. *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de la Gaceta Mercantil (1823-1828)* / ALEJANDRO E. PARADA. 1998.

18. *Índice de Inicial: Revista de la Nueva Generación* / MARTHA J. BARRATO. 2000.

19. *Publicaciones periódicas argentinas* / ELENA ARDISSONE. 2001.

20. *Itinerarios bibliográficos en la Literatura Argentina* / SUSANA ROMANOS DE TIRATEL. 2005.

21. *Cuando los lectores nos susurran* / ALEJANDRO E. PARADA. 2006.

*Información, cultura y sociedad : revista del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (semestral), 15 números.*

*De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1779-1812* / ALEJANDRO E. PARADA. 2002 (En co-edición con Ediciones Errejotapé)

*El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1829* / ALEJANDRO E. PARADA. 2005.

*Índice de publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras (Desde 1998)*  
[http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi\\_nuevo/home.html](http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/inibi_nuevo/home.html)

CUANDO LOS LECTORES NOS SUSURRAN se ubica dentro de una temática apasionante, la Historia de la Lectura, que ha concitado en los últimos años los intereses, los enfoques y las miradas múltiples de una gran variedad de disciplinas que se agrupan y coordinan dialécticamente: la microhistoria, la historia de la vida cotidiana, los estudios de género, la historia de las imágenes, por mencionar sólo algunas entre otras muchas.

Consciente de esta riqueza resuelta en una complejidad sustantiva, su autor, ALEJANDRO E. PARADA, nos brinda un panorama matizado del universo de los lectores en la Argentina, con sus prácticas y apropiaciones particulares de los distintos discursos impresos. Así, a través de una serie de capítulos, nos hace transitar por los umbrales de la lectura mediante el análisis de la tipología de las bibliotecas a partir del período hispánico, pasando luego por la lectura y los lectores en 1810 y 1820, para arribar a la expansión de la cultura impresa en el Buenos Aires del Centenario (1910) y a sus "asaltos finales" durante el gobierno de Marcelo T. de Alvear (1922-1928).

Un libro donde el lector se conjuga a sí mismo en su participación gregaria con los otros, donde sus prácticas y representaciones sociales se integran dinámicamente en el mundo coral, ubicuo y laberíntico de la lectura.

21

CUADERNOS  
DE BIBLIOTECOLOGÍA

